

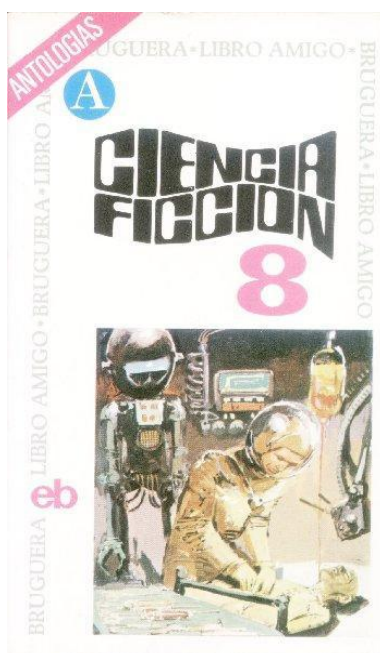


Ciencia Ficción 8

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original: *CIENCIA FICCIÓN. OCTAVA SELECCIÓN*



CONTENIDO

Samuel R. Delany • *ALTA TENSION*
Larry Niven • *EL ENTROMETIDO*
Sonya Dorman • *ASIGNACIÓN LUNÁTICA*
Isaac Asimov • *EL RACISTA*
Harlan Ellison • *UN CUCHILLO SIN FILO*
Fritz Leiber • *JEFES DESCARRIADOS*
Harvey Jacobs • *EL GRAN MUNDO DEL DEPORTE*
D. F. Jones • *PAUSA PARA EL CAFÉ*

PRESENTACIÓN

SF Y LITERATURA

Aunque pueda parecer extraño, a menudo se ha discutido si la SF era realmente una forma de literatura. Para impugnar la naturaleza literaria de la SF, se ha aludido con frecuencia a la falta de dimensión psicológica que denotan los personajes en la mayoría de las narraciones del género, a la estructura más ensayística que novelesca de muchas de sus obras, etc., etc.

Por lo que respecta a los comienzos de la SF, en los felices años veinte, y a las primeras etapas de su desarrollo, cuando el género solía centrarse de una forma parcial y unívoca en lo tecnológico, el punto de vista arriba expresado no carece de fundamento. Muchas narraciones (las llamadas gadget-stories: relatos-pasatiempo) eran simples pretextos para exponer una curiosa posibilidad científica, y estaban más cerca del artículo de divulgación que del literario.

Esto por lo que respecta a la SF más anecdótica. Pero incluso la más seria, la más inquieta, era de dudosa inclusión en la literatura, y algunos comentaristas opinaban, no sin razón, que muchas presuntas novelas eran en realidad ensayos novelados, donde los personajes y el argumento, apenas esbozados, eran simples aditamentos destinados a amenizar un texto básicamente ensayístico.

Pero la SF ha evolucionado. Tras lo que podríamos llamar el «sarampión tecnológico» de su etapa infantil por una parte, y la ensayística novelada por otra, la SF se ha convertido en verdadera literatura, sea cual sea la acepción que se dé a este ambiguo término. Estas consideraciones no implican un juicio de valor (un ensayo novelado puede ser mucho más válido que una novela propiamente dicha); me limito a constatar un proceso evolutivo.

El excelente autor británico J. G. Ballard (de quien pronto ofreceremos algún relato en estas selecciones) propugnó, ya en los años cincuenta, la necesidad del hecho que la SF se ocupara menos del espacio exterior para adentrarse en el espacio interior del hombre. Y la generación de escritores de SF británicos a la que Ballard pertenece dio impulso a una fecunda corriente (llamada New Thing: nueva cosa) que contribuyó notablemente a dotar al género de una dimensión específicamente literaria.

Los relatos incluidos en la presente selección pueden servir para ilustrar el proceso de literaturización de la SF, así como la inevitable osmosis entre este género y otras formas de narrativa.

Junto a un relato «clásico» como El Racista, donde los personajes son poco más que simples símbolos, pretextos para exponer una hipótesis, tenemos narraciones de honda subjetividad, casi poética, como Asignación Lunática o esa inquietante parábola que es Un Cuchillo sin Filo.

Pausa para el Café y El Entrometido, por otra parte, ilustran las posibilidades de interrelación de la SF con otros tipos de narrativa: el tradicional cuento de humor británico en el primer caso, y el relato policíaco en el segundo.

Por no hablar de El Gran Mundo del Deporte, donde los elementos ficticios son tan verosímiles, tan representativos de la sociedad actual, que casi no se puede considerar un relato de SF.

Y es que las clasificaciones son cómodas, incluso necesarias; pero no se puede pretender encasillar en compartimientos rígidos las obras del pensamiento, en continua transformación y evolución.

La SF, más que un género, es una perspectiva, una corriente que confluye con la gran corriente de la literatura contemporánea para aportar nuevos y fecundos planteamientos.

CARLO FRABETTI

ALTA TENSION

SAMUEL R. DELANY

El enfrentamiento entre una sociedad totalizadora —que en el nombre de una determinada idea de progreso y bienestar tiende a absorberlo y controlarlo todo— y los inadaptados que prefieren renunciar a las dudosas ventajas de la civilización para salvaguardar su individualidad: he aquí el tema de esta patética narración, en la que no se recurre —como es tan frecuente en este tipo de planteamiento— al mito del «buen salvaje», sino que se intenta dar una visión objetiva de los problemas y contradicciones que pueden acarrear cierto tipo de marginación, y de la violencia que implica todo sistema totalizador, por muy racionales y bienintencionadas que sean sus directrices.

* * *

«Bajo el influjo de una extraña fuerza, todos nosotros actuamos según una línea rigurosamente definida.»

I

«Sólo la oscuridad y sus gritos.»

Primero, de sus pies salen chispas, y éstas centellean y crepitan iluminando las piedras. Luego cesan los lamentos. Ella está a punto de caer, rígida, con sus polainas de plata. Pop, pop, pop. La luz aumenta, sus brazos se agitan (trato de decirme a mí mismo: «Ella ya está muerta...»), y el cuerpo oscila como una figura de papel plateado que se quema sobre un cable suspendido en el aire.

—Pensando en tu ascenso, ¿verdad?

—¿Eh, cómo? —dije, y alcé la vista mirando a Scott, quien me apuntaba con su dedo manchado. Grandes pecas de color castaño cubrían todo su cuerpo y se perdían bajo el dorado pelo rizado que cubría su pecho y su vientre.

—¿Qué se siente cuando se es jefe de sección? Hace dos años que estoy tratando de conseguirlo.

Los pecosos dedos chasquearon; luego Scott se recostó en su hamaca y metió una mano debajo de su cinturón de herramientas para rascarse el vientre.

—No, se trata de otra cosa —le contesté moviendo negativamente la cabeza—. Recordaba algo que ocurrió hace ya mucho tiempo. Nada importante en realidad.

La noche se extendía al otro lado de nuestras ventanas.

El Monstruo de Gila aceleró su marcha; la luz, tras inundar por un momento la estancia, se extinguió.

Scott se incorporó de improviso, empezó a frotarse los dedos gordos del pie, y dijo con el ceño fruncido:

—A veces presiento que voy a pasar el resto de mi vida trabajando como un simple operador de cable, de traje plateado, bailando entre esas malditas líneas —señaló con la barbilla hacia el gran plano de la sección de cruce de cables, y agregó—: Cuando cumpla los treinta y cinco años quisiera estar retirado; y faltan menos de diez años... ¿Qué podré decir entonces? ¿Que realicé bien mi trabajo? No, no lo hice lo suficientemente bien como para sacar algo en limpio. ¿Por qué un condenado tal y cual como tú llegó tres años después..., y le hicieron jefe de sección?

—Tú eres mejor operador que yo, Scott.

—No creas que no lo he pensado —contestó riéndose—. Déjame que te diga que ser un buen operador no significa que uno sea un tipo hábil. Son dos cosas diferentes, y se requieren cualidades muy distintas. Mira, Blacky, sin duda creerás, como tu amiga, que hablo demasiado. Dime, ¿cuándo abandonarás este alojamiento? Tendré que acostumbrarme a las rarezas de cualquier otro. ¿Piensas quedarte aquí, en este viejo Monstruo?

—Dijeron algo de trasladarme a Iguana. Aunque a causa del papeleo, eso no ocurrirá antes de dos semanas. Probablemente ayude a Mabel hasta entonces. Me proporcionó una habitación encima del motor; yo me quejé también de tus ronquidos, y entonces se convino que habría una mejora.

Scott se limitó a asentir con la cabeza.

Yo pensé un momento en lo que debía decir, y por fin declaré:

—Sabes que se me ha asignado un ayudante, y que puedo elegirlo...

—¡Condenación! —exclamó él, echándose de nuevo en la hamaca, de modo que sólo podía ver sus pies enfundados en blancos calcetines de lana—. Yo no soy ningún empleadillo. Vas a tenerme manejando computadoras, llevando la cuenta de lo que hagas, rellenando formularios de reclamación y buscando soluciones..., y todo ello para que me bajen el sueldo.

—Yo no te bajaría el sueldo.

—De todas formas, seguiré trepando a las alturas.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Tú sabías que me obligarías a decirlo.

—Bueno —dijo—, Mabel me ha pedido que me acerque por su oficina.

—Sí, claro —contestó Scott, más calmado—. Un demonio astuto, esa Mabel. Oye, seguramente tú vas a seleccionar entre los candidatos el que tiene que compartir conmigo esta habitación, ahora que te han dado un empujón hacia arriba. ¿No podrías hacer que viniese aquí una muchacha?

—Lo haré, si puedo —dijo sonriendo, y salió de la estancia.

Las entrañas del Monstruo de Gila...

Un kilómetro y medio de pasillos (mucho menos que la longitud de algunos transatlánticos de lujo); dos salas de máquinas que proporcionan energía a las bandas de rodamiento que nos llevan por la tierra y por el mar; cocina, cafeterías, una sala de electricidad, cuartos de navegación, taller de reparaciones, etcétera. Con todo eso en el vientre, el Monstruo de Gila avanza en la noche a una velocidad de crucero de ciento cincuenta kilómetros por hora, olfateando a lo largo de los grandes cables (cortesía de la Comisión Mundial de Energía) que cubren con su red el mundo en una actividad que se prolonga desde el amanecer hasta la noche, desde el anochecer al amanecer, y del ayer al mañana.

—Pasa, Blacky —dijo Mabel, contestando a los golpecitos que di en su puerta con los nudillos.

Se echó hacia atrás el plateado cabello sobre el cuello de metal (el pelo era natural), y cerró la puerta plegadiza. Luego agregó:

—Según parece, tendremos que detenernos justamente en la frontera canadiense.

—¿Has elegido la nueva compañera de Scott? —le pregunté yo.

—Es la cadete de Energía, Susan Suyaki, de diecisiete años. Se licenció con el número tres de su promoción el verano pasado.

—¿Diecisiete años? A Scott va a gustarle eso.

—Habría preferido que tuviese alguna experiencia. Los buenos alumnos salen de la escuela demasiado engreídos.

—Yo no era así.

—Tú lo sigues siendo.

—Bueno, Scott prefiere compañías que posean cierto espíritu.

—La llevarán en helicóptero hasta el lugar de nuestro próximo trabajo.

—¿Qué línea se ha roto?

—No es una rotura, sino una conversión.

—Notable experiencia para la novel señorita Suyaki —dije alzando las cejas—. Yo sólo tuve una ocasión similar; fue durante mis dos primeros meses en Salamandra. De eso ya hace mucho tiempo.

Mabel me observó de soslayo con mirada terriblemente clínica y dijo:

—Tú no llevas mucho tiempo en el Cuerpo de Energía. Eres sólo un miembro distinguido, y eso lo dice todo.

—De cualquier forma, para mí ya hace mucho tiempo. No todos poseemos tus treinta años de experiencia, señora.

—Yo siempre pensé que la experiencia podía ser suplida ampliamente por otras cualidades —manifestó, mientras se arreglaba las uñas con una lima—. De otra forma nunca te hubiera recomendado para un ascenso.

Sí, Mabel es un ser endiablado.

—Bien, gracias, gracias —declaré al tiempo que tomaba asiento y observaba el mapa del techo—. Una conversión... Recuerdo que el servicio de Salamandra cubría la mayor parte de Mongolia. Había que conectar una pequeña aldea del Tíbet con las líneas de energía eléctrica. Colocamos el cable horadando una capa rocosa condenadamente dura. En el pueblo se había desencadenado una epidemia que provocaba grandes ampollas supurantes, y el personal médico trató de solucionar todo al mismo tiempo. Trabajamos veinticuatro horas al día durante tres jornadas, tendiendo líneas, colocando tomas de corriente y conectando material. Tres días para traer al siglo XXI aquel primitivo lugar formado por cuevas y chozas de piel de carnero. No había allí nada parecido a un calefactor, y estaba nevando cuando llegamos.

Mabel se acarició la barbilla y comentó:

—Y pensar que habían estado viviendo de ese modo durante los últimos tres mil años.

—En realidad vivían así desde hacía sólo poco más de un siglo. La aldea fue fundada por refugiados de la guerra chino-japonesa. De todas formas, creo comprender tu punto de vista.

—¿Se sentían felices cuando ustedes se marcharon?

—Se sentían algo más felices —repuse—. De todas formas, cuando uno mira los mapas del trazado mundial de tendidos eléctricos, se hace difícil creer que aún existan algunos lugares que no han sido convertidos.

—Yo no soy tan soñadora como tú. Cada dos años aproximadamente, Gila o Iguana dan con una pequeña parcela del mundo que ha conseguido quedar al margen de la red. Y lo mismo ocurrirá, posiblemente, dentro de un siglo. Ciertas gentes se aferran a su atraso.

—Tal vez; pero, ¡en la frontera del Canadá...!

—Mira, muchacho, yo he dicho a todo el mundo lo competente que eres, y he procurado recomendar tu ascenso...

—Mabel, ¿cómo puede ser necesaria una conversión en la frontera del Canadá? Eso ocurre en aldeas de Anatolia Superior, en islotes perdidos del océano Índico, en el Tíbet. Pero en Norteamérica ya no hay más sitio donde tender un cable. ¿Es posible que haya allí una población que requiera ser enlazada con la red mundial de energía eléctrica?

Mabel asintió con la cabeza.

—No me gustan las conversiones —añadí—. Siempre me parecieron algo catastrófico. Si uno fuera a hacer caso de los libros, se diría que es una de las operaciones más fáciles.

—Ya me conoces, nunca me he guiado demasiado por los libros.

—Es cierto, muñeca. Tampoco a mí me gustan mucho. Cuando realizamos en Mongolia aquella conversión de la que te hablaba, tuvimos un accidente.

Mabel me interrogó con la mirada.

—Una persona quemada —proseguí diciendo—. En plena noche, una mujer se encontraba en el pozo, para arreglar las nuevas conexiones, cuando llegó la energía. Quedó como una polilla calcinada.

—¿Quién era ella? —inquirió Mabel.

—Mi esposa.

—Ah —se limitó a contestar, y luego agregó—: Eso de las personas quemadas es desagradable. Aunque sólo sea por la energía que se desperdicia. Cambiemos de tema. Me pregunto por qué elegiste ser compañero de habitación de Scott cuando llegaste al Monstruo de Gila, en lugar de elegir a Jane, Judith, o...

—Julia era la única mujer de mi vida por aquellos tiempos.

—Tú y tu mujer debieron salir juntos de la academia, ¿no es así? Debió ser terrible...

—Tienes razón.

—Yo no sabía eso —declaró Mabel con aire sincero.

—¿Acaso no lo habías imaginado?

—No bromeas; bueno, bromea, si quieres.

Mabel es una gran mujer, indudablemente. Después de una pausa, agregó, mientras movía la cabeza:

—Una conversión en la frontera con el Canadá... Blacky, tú y yo vamos a tener problemas.

—¿Por qué, señora?

—Me explicaré: tú vas a tener un problema conmigo, y yo lo tendré contigo.

—Sigo sin entender, amable dama.

—Tú eres un jefe de sección, lo mismo que yo. Tú llevas menos de seis horas en el cargo, y yo llevo más de dieciséis años. Pero según los reglamentos ambos tenemos igual posición y autoridad.

—Mi excelsa dama —dije sonriendo—, a fe mía que estás un poco trastornada, créeme.

—Eres uno de los pocos que no se guían por los textos, igual que yo. El poder y la autoridad divididos entre dos personas es algo que no resulta conveniente.

—Para que no te preocupes, te diré que aún te considero mi jefe. El mejor jefe que he tenido nunca. Y por si fuera poco, te tengo afecto.

Mabel miró al exterior, donde los rayos de la luna aún iluminaban las paredes y dijo:

—Blacky, hay algo ahí fuera, al otro lado de la frontera, que yo conozco mejor que tú. Tú piensas que se trata sólo de una conversión, y te extraña el lugar. Quiero advertirte esto: tú querrás llevar el asunto de una forma, y yo de otra distinta.

—Entonces lo haremos a tu manera.

—Lo malo es que no estoy segura de estar en lo cierto.

—Mabel...

—Márchate, moreno caballero. Nos encontraremos más allá de la frontera canadiense para celebrar el duelo.

Ella se puso en pie, procurando parecer más seria.

—Bien, si así lo quieres... —dije.

—Te veré por la mañana, Blacky.

Abandoné el despacho soñando con justas y torneos. Al llegar a mi cuarto comprobé que Scott estaba roncando, así que estuve leyendo hasta que la oscuridad exterior adquirió un tono grisáceo.

II

El cielo del alba, como un enorme blasón, era todo oro, gualda y azul. A la derecha, podían verse las montañas, y a la izquierda había un bosquecillo de encinas, numerosos pinos y unos pocos arces. El Monstruo de Gila se detuvo junto a un espejeante arroyuelo, más abajo de una cascada. Yo salí al mirador y recibí una rociada de agua cristalina. El costado de acero inoxidable de nuestro gran animal estaba empapado.

—¡Hola! ¡Eh, hola!

—¡Hola! —exclamé mientras agitaba una mano para contestar a la muchacha que bajaba hacia... ¡Eh! La joven ya estaba en el arroyo con el agua hasta las rodillas.

Ella lanzó un grito y subió a la orilla rocosa con aire desconcertado.

—¿La cadete Suyaki? —pregunté.

—Sí..., sí, señor.

La joven trató de secarse la pierna mojada. Los arroyuelos canadienses suelen estar muy fríos al amanecer.

Yo me quité la camisa, hice un lío con ella y la arrojé hacia donde estaba la muchacha.

—Jefe de sección Jones —le dije, presentándome brevemente, mientras ella pescaba al vuelo la prenda—. Pero bastará con que me llames Blacky. Aquí no andamos con cumplidos.

—Ah, gracias, señor.

La recién llegada se levantó las polainas plateadas y se quitó las botas para secarse unas hermosas pantorrillas.

Yo di un empujón a la escalera metálica, cuyos peldaños se desplegaron con estrépito. Entonces descendí hacia la orilla del arroyo.

—¿Hacía mucho tiempo que esperabas?

—No, acabo de llegar —contestó sonriendo.

Más allá de las rocas se oyó un rumor que confirmaba lo dicho por la joven: un helicóptero ascendía por encima de los árboles.

La cadete Suyaki se volvió hacia el aparato y saludó con el brazo. Alguien, dentro de la cabina, le contestó del mismo modo hasta que el reflejo rojizo lo hizo invisible.

—Les vimos cuando se detenían —dijo ella, y contempló el Monstruo de Gila en toda su longitud.

¿Acaso no lo he dicho aún? Crucen un campo de fútbol y un armadillo; hagan que un tanque maternal amamante a la cría resultante, y cuando llegue a la pubertad tendrán el Monstruo de Gila.

—¿Voy a trabajar bajo tus órdenes?

—Bajo las mías y las de Whyman.

Ella me miró inquisitivamente. Yo repuse:

—Es la jefe de sección Mabel Whyman quien tiene en realidad el mando. A mí me ascendieron a jefe de sección tan sólo ayer.

—¡Ah, felicitaciones!

—Oye, Blacky, ¿es ésa mi nueva compañera de habitación? —oímos gritar.

—Ahí tienes a tu camarada —dije, señalando a Scott, todo rubio y pecoso, que en ese momento se inclinaba sobre la barandilla—. Serán compañeros de cuarto.

Scott bajó descalzo la escalerilla, con su pantalón de trabajo roto a mitad del muslo y el cinturón rebosante de alicates, cintas métricas y ovillos de alambre.

—Susan Suyaki —dije presentándolos—, Scott Mackelway.

—Me alegro de conocerte —declaró ella.

Scott colocó sus grandes manos sobre los delicados hombros de la señorita Suyaki y respondió:

—Lo mismo digo, cielo, lo mismo digo.

—Vamos a trabajar juntos, ¿verdad? ¡Vaya, eso me gusta! —dijo la joven vivazmente, mientras apretaba uno de los antebrazos de Scott—. Sí, creo que vamos a llevarnos muy bien.

—Claro que sí. Yo... —empezó a decir él, pero vi que se interrumpía, y que se le ponían coloradas las orejas—. Yo también lo creo.

—¡Eh, esos dos operadores, suban al nido del camaleón!

Scott se volvió, reteniendo una de las manos de Sue, y señaló hacia el mirador mientras decía:

—Ahí está la jefa. ¡Oye Mabel! ¿Vamos a algún sitio donde deba ponerme los zapatos?

—Sólo a hacer una exploración. Vamos, pronto.

—Tenemos el camaleón sobre la puerta del costado de babor —manifestó Scott, y condujo a Sue hacia abajo, donde estaban los grandes eslabones de la cadena de rodadura del monstruo, que eran tan altos como un hombre.

No pude dejar de pensar que, veinticuatro horas antes, si Mabel hubiese gritado «esos dos operadores» se habría referido a Scott y a mí.

Toda de plata, Mabel descendió la escalera.

—De modo que sonríes antes del desafío, ¿eh? —le dije.

—Blacky, estoy convirtiéndome en una vieja tonta.

Cuando hubo llegado abajo, se acercó, me puso un dedo contra el pecho, lo bajó despacio hacia el estómago y por fin me abrochó el cinturón de trabajo.

—Eres hermosa, y conste que no me burlo —repuse, y le rodeé los hombros con un brazo.

Avanzamos sobre la capa de agujas de pino, ella con las manos en los bolsillos plateados y yo sintiendo su cadera en mi muslo, su hombro en mi costado y su cabello sobre mi brazo. Examinaba atentamente los helechos y los robles, las rocas y el agua, la montaña y los lados del Monstruo de Gila, los rayos del sol matinal que se filtraban entre las ramas.

—Eres un jefe de sección, de modo que hay cosas que puedo decirte a ti y que carecerían de sentido para los demás —declaró, e hizo una señal hacia donde habían desaparecido Sue y Scott.

—Espero tus palabras con ansiedad —repuse.

Mabel señaló al Monstruo y dijo:

—Blacky, ¿sabes tú lo que son realmente el Monstruo y las líneas por las que ronda?

—Por el tono de tu voz, señorita Leyes y Reglamentos, yo diría que no estás interesada en una respuesta del tipo de las que dan los libros.

—Pues bien, son los símbolos de una forma de vida. La empresa Líneas Mundiales de Energía mantiene muchos cientos de millares de unidades de refrigeración funcionando en torno al ecuador para facilitar el almacenamiento de alimentos. Han hecho el Ártico habitable. Ciudades como Nueva York y Tokio redujeron su población a una tercera parte

de la que tenían hace un siglo. Entonces la gente temía que el crecimiento demográfico los echase fuera del planeta, o que perecieran por falta de alimentos. Y sin embargo, en el mundo se estaba trabajando menos del tres por ciento de los terrenos cultivables, y estaban pobladas menos del veinte por ciento de las tierras. Líneas Mundiales de Energía hizo que los hombres fuesen capaces de residir en cualesquiera de las zonas del planeta, así como también en muchos lugares bajo las aguas. Los límites de las naciones solían constituir una excusa para las guerras. Hoy sólo son detalles cartográficos. Al viajar en las entrañas del Monstruo, resulta irónico que nos encontremos muy lejos de esa forma de vida a la que contribuimos más que nadie. Y a pesar de todo, recibimos algunos beneficios.

—Sí, eso creo.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo nos beneficiamos?

—Con buena enseñanza, tiempo libre —sugerí—, retiros en edad más temprana...

—Y mucho más aún, Blacky —dijo Mabel, riéndose suavemente—. Los hombres y las mujeres trabajamos juntos. Nuestro navegante, Falteaux, es uno de los mejores poetas en lengua francesa que hay en la actualidad. Su fama literaria es internacional, y no obstante, es el mejor navegante que tuve nunca. Y Julia, que nos tiene tan bien alimentados, que puede pilotar el Monstruo con tanta competencia como yo, y que es tan pésima pintora, trabaja contigo, conmigo, con Falteaux y con Scott en la misma sección de mantenimiento. También está el hecho que puedas marcharte de la habitación de Scott un día, y que al siguiente entre allí la pequeña señorita Suyaki con una facilidad que hubiera asombrado a tus remotos antepasados de África tanto como a los míos de Finlandia. Todo eso es lo que significa esta huevera de acero.

—Está bien —contesté—. Me siento conmovido.

Dimos la vuelta en torno al gran cubo de la rueda. Scott estaba levantando la segunda puerta del garaje del camaleón y señalaba a Sue el lugar donde se hallaban el gato y el grafito.

—A algunas personas —prosiguió diciendo Mabel cuando le hube quitado el brazo de los hombros— les disgusta profundamente esta forma de vida. Y ésta es la razón por la que vamos a tratar de realizar una conversión aquí, en la frontera canadiense.

—¿Una conversión? —intervino Sue—. ¿No se refiere eso a cuando se conecta una zona a la red mundial...?

En ese preciso momento, Scott se arrojó sobre Mabel. Ella lanzó un grito y cayó sobre las hojillas de pino.

Yo di un salto hacia atrás, y Sue emitió un extraño grito gutural.

Algo silbó en dirección al cubo de la rueda, y después de chocar contra ella se desvió hacia los helechos. Algunos de éstos cayeron segados.

—¡Miren! —exclamó Sue.

Yo estaba ya examinando el gran raspón de veinte centímetros que se apreciaba en el duro caparazón del Monstruo de Gila, justo en el lugar donde había estado un momento antes el cuello de Mabel.

Al otro lado del arroyo subía precipitadamente por las rocas un chico rubio que iba tan poco vestido como Scott.

Sue corrió entre las hierbas, recogió el cuchillo y dijo:

—¿Acaso trataban de matar a alguien?

Mabel se encogió de hombros y repuso:

—Cadete Suyaki, será mejor que vayamos a examinar el lugar de la conversión. ¡Cielos, esa arma tiene muy mal aspecto!

—Yo solía cazar en mi país con un cuchillo filipino —dijo Sue, cautamente—. Pero uno de éstos...

Eran dos hojas de hierro remachadas que formaban una cruz, con las puntas afiladas.

—También es la primera vez que veo algo así, y espero que sea la última —dijo Mabel y miró hacia el claro del bosquecillo—. Siempre soy optimista; y me alegro de conocerte, Suyaki. Bien, pongamos en marcha a Nelly, y entremos de una vez.

El camaleón medía poco más de tres metros. Estaba casi todo hecho de plástico transparente, lo cual quería decir que desde su interior podía verse el mar, el cielo y la tierra.

Scott condujo el aparato; Mabel se sentaba a su lado y Sue y yo viajábamos atrás.

Encontramos una vieja carretera de deteriorado asfalto, y trepamos monte arriba.

—¿Adónde..., adónde nos dirigimos? —preguntó Sue.

—Pequeña —le respondió Mabel—, te lo diré cuando hayamos llegado.

A continuación, y con un leve gruñido significativo, Mabel colocó la cuchilla en la guantera del vehículo.

III

Sue se inclinó sobre la portezuela, al tiempo que exclamaba:

—¡Oh, miren! ¡Miren abajo!

Habíamos subido lo bastante, serpenteando por aquella abominable carretera, como para poder mirar abajo, a través de los claros. Más allá de los árboles y las rocas se alcanzaba a ver el Monstruo de Gila.

—¡Bueno, lo que nos faltaba! —dijo Scott, y redujo la velocidad del camaleón.

Un árbol de buen tamaño había caído atravesándose sobre la carretera. Delante del árbol se hallaba un hombre sumamente sucio, y a su lado, atisbando por entre las raíces del tronco caído estaba el muchacho que había tratado de decapitar a Mabel.

—¿Quiénes son?... —murmuró Sue.

—Scott y Sue, permanezcan aquí y mantengan la puerta abierta, de modo que podamos entrar rápidamente —dijo Mabel—. Blacky, vamos fuera.

El pelo del hombre, debajo de la capa de grasa, era del color del latón. Tenía una herida en el pómulo izquierdo, tan mal cosida que todavía se apreciaban perfectamente las grandes puntadas en la piel. El lóbulo de la oreja izquierda era un jirón de carne. Su camisa tenía rasgadas las mangas, carecía de botones y era demasiado corta para introducirla en el pantalón. Un segundo costurón le cruzaba el velludo torso, deformaba el pezón derecho y desaparecía bajo la prenda.

Mientras nos acercábamos, Mabel se colocó delante. Yo la aparté hacia un lado, pero ella me dio un leve empujón y volvió a ponerse a la cabeza.

Era un hombre de aspecto duro. Por encima de la hebilla de cadena que empleaba para asegurarse el cinturón claveteado podía verse una barriga incipiente. Usaba zapatos diferentes en cada pie: en uno calzaba una bota hasta el tobillo que tenía la suela destrozada, mientras que en el otro llevaba una sandalia negra. Dos dedos de su mano derecha, el medio y el meñique, estaban cercenados.

Nos observábamos atentamente. Yo iba sin mi camisa, que seguía enrollada en torno a la pantorrilla de Sue. Mabel era la única que tenía un aspecto pulcro y adecuado.

El hombre miró a Mabel, después a mí, y de nuevo a Mabel. Luego inclinó la cabeza, carraspeó con fuerza y dijo:

—¿Qué hacen ustedes por aquí, eh?

Carraspeó de nuevo y arrojó una flema amarilla que fue a dar unos veinte centímetros delante de la bota de Mabel, y a unos quince centímetros de su propio pie desnudo. Alzó la cabeza, y su labio inferior, húmedo y reluciente, dejó ver sus largos dientes amarillos.

—Buenos días —repuse tendiéndole la mano, que él se quedó mirando—. Estamos reconociendo el terreno.

Sacó su mano del rasgado bolsillo y estrechó la mía. Mucha grasa y muchos callos; era la mano de un hombretón que se mordía las uñas desde muy pequeño.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y para qué hacen eso?

—Pertenece a la Comisión de Energía Mundial.

Noté que llevaba un espléndido anillo hecho con una pepita de oro irregular y en bruto...

—Me lo figuraba. Ya he visto su aparato abajo, en la carretera.

«Era una pepita de oro tres veces más grande de lo que el buen gusto o la lógica podía aconsejar para un anillo...»

—Nos han informado que en esta zona cierto número de personas carecen de energía eléctrica.

«Y en el centro de la pepita se había practicado el agujero para pasar el dedo...»

—Aquellos condenados de Hainesville deben haber enviado una reclamación. Bueno, nosotros no vivimos en Hainesville; no veo por qué se molestan ustedes.

«Llevaba engarzado en el oro un ópalo tan grande como su..., como mi pulgar...»

—Tenemos que comprobarlo. La falta de energía no hace bien a nadie.

«Con pequeños diamantes incrustados en los tres vástagos que se curvaban para sujetar la gema...»

—¿Usted cree?

«Y completado con trocitos de espodúmeno, piropo y espinela que rellenaban las irregularidades del dorado metal; todo ello heterogéneo, todo magnífico.»

—Escuche, amigo —declaré—, el informe de Hainesville dice que habitan más de dos docenas de personas en este monte; pero la Comisión Mundial de Energía no registra una sola toma de corriente.

El hombre se introdujo las manos en los bolsillos traseros del pantalón y dijo:

—Creo recordar que no he visto ninguna, ahora que lo mencionan ustedes.

Entonces intervino Mabel, manifestando:

—La ley establece qué cantidad de energía y de tomas corresponden a cada persona. Vamos a tender líneas en estos lugares esta tarde y mañana por la mañana. No estamos aquí para ocasionar problemas, y tampoco queremos encontrarlos.

—¿Qué les hace creer que pueden encontrar problemas?

—El hecho que ese amigo suyo haya tratado de cortarme el cuello.

El hombre frunció el ceño y echó una mirada a través de las raíces. De pronto se inclinó sobre el tronco y dio un golpe al tiempo que exclamaba:

—¡Fuera de ahí, Pitt!

El muchacho lanzó un chillido. Alcancé a ver su pelo lacio y los numerosos puntos de acné que tenía en la mejilla y en la aguda barbilla. Advertí entonces que se trataba de una chica, y llevaba colgadas de la cintura varias cuchillas arrojadizas. La muchacha desapareció entre la espesura.

Cuando el hombre se volvió observé que llevaba tatuado en la espalda un dragón alado que se enroscaba en torno a una svástica y la mordía.

Mabel agregó, ignorando todo lo ocurrido:

—Terminaremos de inspeccionar el monte esta misma mañana, y por la tarde comenzaremos el tendido de líneas.

Él asintió a medias, y al bajar la cabeza ya no la levantó. Entonces me di cuenta que el asunto no resultaba de su agrado.

—Deseamos hacerlo con facilidad —dije—. No estamos aquí para perjudicarle a usted.

Sus manos volvieron a apoyarse en la cintura.

—Puede ayudarnos comunicándoselo a los demás —añadí—. Si alguien quiere saber algo respecto a lo que estamos haciendo, con gusto se lo aclararemos. Yo soy el jefe de sección Jones. No tiene más que preguntar por Blacky.

—Mi nombre es Roger...

Siguió un apellido imposible de pronunciar, que parecía polaco y comenzaba con Z.

—Si tiene usted problemas —manifestó—, puede venir a verme, aunque no sé si podré hacer algo.

Una buena evasiva para terminar. Pero Roger se quedó donde estaba. Mabel, a mi lado, tenía en el rostro un gesto de manifiesta desaprobación.

—¿Dónde vive la mayor parte de la gente en este lugar? —inquirí para romper el silencio.

El hombre señaló con la cabeza.

—Allá, en High Haven —dijo.

—¿Hay alguna autoridad, un alcalde o algo similar, con quien yo pueda hablar?

Roger me miró con evidente desagrado y contestó:

—Para eso he venido aquí, a hablar con usted.

Estuve a punto de decir: «¿Usted?», pero no lo hice. En cambio manifesté:

—En tal caso tal vez podamos subir allá y ver la comunidad. Me gustaría saber cuántos son ustedes. Así podría calcular el equipo necesario, y planear la forma de llevar a cabo la operación.

—¿Quiere usted subir a High Haven? —inquirió él.

—Si es posible, sí.

El hombre cerró la mano, y se rascó el cuello con los resaltes de su anillo.

—Está bien —contestó, y señalando el camaleón agregó—: pero no podrán subir camino arriba con eso.

—¿Nos guiará usted, entonces?

Reflexionó un momento, y al fin dijo, mientras sonreía, dejando ver la amarilla jaula de sus dientes:

—Y también les acompañaré a la vuelta.

Una pequeña victoria, en suma.

—Aguarde un momento —terció Mabel— mientras vamos a decírselo al conductor.

Nos dirigimos hacia el camaleón y comenté:

—No parece muy feliz con mi tentativa de lograr la paz.

—¿He dicho algo?

—Por eso lo digo. Pero, ¿te imaginas cómo deben ser esas gentes, si el tal Roger es el más importante?

—Sí, no es difícil imaginarlo.

—Tiene tan mala traza como aquellos aldeanos del Tíbet. ¿Y no viste a la pequeña? ¡Que esto ocurra a mediados del siglo veintiuno!

—Y más aún en la frontera con el Canadá —comentó Mabel, y como habíamos llegado al camaleón, dijo a Scott—: Llévanos a Sue y a mí de vuelta al Monstruo. —Luego, dirigiéndose a mí, agregó—: Blacky, si no estás de regreso al mediodía vendremos a buscarte.

—¿Cómo? Entonces, ¿no vienes conmigo?

Scott frunció el ceño al escuchar mis palabras.

—No te preocupes —le dije—, volveré. Sue, ¿puedes devolverme mi camisa?

—¡Oh, no sabes cuánto lo siento! Aquí la tienes. Debe estar algo húmeda.

—Si subiéramos los dos, Mabel...

—Mira, Blacky, llevar a cabo esta operación con dos jefes de sección presenta evidentes riesgos, y realizarla sin ninguno es igualmente inadecuado. Tú eres un jefe, sabes lo que hay que hacer, de eso estoy segura, aunque te considere algo aturdido.

—Mabel...

—Vete ya; y demuestra toda la buena voluntad que puedas. Si consigues evitar sólo una décima parte de los problemas que según preveo van a surgir en las próximas doce horas, te quedaré eternamente agradecida.

Mabel subió con aire resuelto al camaleón. La siguieron Sue y Scott, que parecían desconcertados.

—Ah, devuélveles esto —dijo entregándome la cuchilla de cuatro puntas y agregó—: Nos veremos hacia el mediodía.

El camaleón se alejó carretera abajo. Yo me puse la camisa, coloqué la hoja en mi cinto, y volví a donde estaba esperando Roger.

Éste echó una ojeada a las cuchillas, y ambos nos sentimos incómodos.

—Vamos —me dijo, y trepó por encima del tronco, siguiéndole yo detrás.

Detenido al otro lado del árbol caído se hallaba una especie de viejo pterociclo de dos turbinas. Roger lo enderezó tomándolo por un ala negra y cromada, cuya forma recordaba la de los murciélagos. El cromado estaba bastante desgastado. Con una mano tomó el manillar e hizo girar el botón de arranque. La otra mano se deslizó sobre el ala con la indiferencia que solemos emplear cuando queremos pasar inadvertidos.

Roger sonrió y me dijo:

—Súbase a mi escoba volante y le llevaré donde los ángeles tienen su refugio.

Al oír «los ángeles» yo interpreté varias cosas. De modo que concebí el breve ensayo que sigue, acerca de un fenómeno corriente hace medio siglo. (Época en que se tendieron los primeros cables y los operadores comenzaron a husmear por todo el mundo con sus armaduras de plata, enmendando averías, reparando conexiones y reemplazando cubiertas desgastadas. Establezcan las correspondientes relaciones sociológicas, por favor.) Fue entonces cuando se popularizaron los primeros pteracilos como medios de transportes a corta (a veces no tan corta) distancia. Por aquellos días surgió repentinamente un grupo de seres asociales, que se llamaban ellos mismos individualistas. Disgustados con la sociedad, actuaban en bandas, luciendo símbolos que se usaron en épocas más destructivas: como una calavera y dos tibias, unas fascas, la svástica y la guillotina. Se los acusó de realizar actos vandálicos y depravados, unas veces con razón y otras sin ella. Se les dio el nombre genérico de Ángeles (Ángeles de la Noche, Ángeles Rojos, Ángeles del Infierno, Ángeles Sangrientos. Uno de estos grupos derivaba de otro similar, pero difundido cincuenta años antes. Sin embargo, la mayor parte de su acervo mítico procedía de otras fuentes). Explicación sociológica: se los consideraba como una respuesta al intento de dispersar la población humana, como el último elemento de violencia en un mundo neutral. Otro elemento importante era el pterociclo. ¿Cómo podríamos describirlo? Bueno, consiste en dos turbinas de levas, un asiento entre las alas, un bastidor metálico alargado, de algo menos de dos metros de longitud, que uno lleva entre las piernas y maneja con ellas (de ahí el apodo «mango de escoba»), y nada más que unas antiparras entre el conductor y el cielo. Ya puede uno figurárselo. Acotaciones finales: los Ángeles eran un producto de fin de siglo. Nadie oía hablar de ellos desde hacía treinta años. Se esfumaron junto con los tubos de neón, el resfriado común y los pantaloncitos cortos de cinilo transparente. ¡Ah, los jovenzuelos del siglo veintiuno sí que veían algo bueno! Y aquí termina mi breve ensayo.

Me acomodé en el asiento trasero. Roger hizo lo propio en el delantero, pulsó con el dedo del pie uno de los botones del estribo (para volar con destreza se requiere oprimir

rápidamente algunos botones, por lo cual hay que llevar el pie descalzo), giró el anillo de arranque, y una nube de hojas ascendió entre mis piernas. El pterociclo avanzó camino arriba, rebotó un par de veces en los baches, y luego se desvió hacia un costado, en el vacío. Descendimos unos tres metros antes de tomar la corriente de aire, y describimos un prolongado arco hacia arriba. Roger no usaba gafas de vuelo.

—¿Cuántas personas viven en High Haven? —pregunté.

—¿Cómo?

—Digo que cuántas personas habitan en...

—Unas veintisiete.

La curva nos alejaba de la montaña, llevándonos hacia atrás.

El Monstruo de Gila relució un momento debajo, y luego desapareció entre las rocas. Ante nosotros se abría en la montaña una enorme grieta. En el fondo de ésta, sobre una bóveda que cubría el arroyo de la hondonada, alguien había edificado una casa. Era una antigua monstruosidad de hormigón y cristal del pasado siglo veinte (anterior a las líneas de energía). Sobre la roca se escalonaban cuatro pisos con terrazas. Buena parte de los vidrios estaban rotos. Los lugares que habían sido jardines estaban ahora invadidos por hierbajos y maleza. Una espectacular escalera metálica ascendía en espiral desde la piscina, situada hacia el final de un camino que parecía ser el mismo que habíamos seguido con el camaleón, y llegaba hasta el porche; parecía una serpiente de lomo oxidado.

La mansión aún conservaba algo de su descabellada grandeza. Alineados contra un antepecho de ladrillo había una veintena de pterociclos (qué mejor lugar de lanzamiento que el gran alero de hormigón, pese al mal estado en que se hallaba). Uno de los pterociclos se encontraba fuera del soporte, y ante él se arrodillaba un hombre con las piezas del motor en torno suyo. Otro, con los brazos en jarras, estaba aconsejándole.

Volamos sobre el desfiladero. Un tercer individuo colocó la mano en forma de visera para mirarnos mejor. Una pareja se detuvo al borde de la piscina. También apareció una muchacha.

—¿Es High Haven? —inquirí.

—¿Qué? —preguntó Roger, pues los pterociclos hacen mucho ruido.

—¡Que sí es High Haven!

—En efecto.

Planeamos entre las rocas, recibimos unas salpicaduras de los peñascos mojados por el riachuelo, y ascendimos hacia el vidrio y el hormigón. Luego el cemento raspó la parte inferior de los patines, y por fin nos detuvimos.

Dos hombres salieron por uno de los ventanales rotos, y otros dos bajaron las escaleras. Alguien miró brevemente desde el porche superior, luego desapareció, y volvió a aparecer en compañía de otros cinco, entre los cuales había una mujer.

Estaban muy sucios, llevaban el pelo muy largo, y vi bastantes pendientes de oro (conté cuatro orejas desgarradas más, por lo que de haber usado yo semejante adorno, me habría cuidado mucho de enzarzarme en una pelea). Un muchacho de abundante pelo rojizo, que aún no tenía barba, montó a horcajadas sobre el soporte de uno de los pterociclos, y tras apartar su chaquetón de cuero se rascó el vientre desnudo con sus negras uñas. Llevaba tatuado en el pecho un dragón rodeando la cruz gamada.

Descendí del pterociclo por la izquierda, y Roger lo hizo por la derecha.

—¿Quién es ése? —preguntó alguien.

Algunos hombres se apartaron para que pudiéramos ver a quien había hablado. Era una mujer que se hallaba junto a la pared de cristales rotos.

—Es de la Comisión Mundial de Energía —dijo Roger, señalándome con el pulgar—. Se encuentran estacionados montaña abajo.

—Puedes decirle que se vuelva al infierno, de donde ha venido —repuso la mujer.

No era joven, pero sí hermosa.

—No necesitamos nada de lo que vende —agregó.

Los demás murmuraron y se movieron inquietos.

—Cállense —ordenó Roger—. Éste no vende nada.

Yo seguí inmóvil; me sentía incómodo, pero recordaba que había logrado ganarme a Roger.

—Ésa es Fidessa —me dijo.

La mujer traspuso los ventanales. Tenía los pómulos anchos y altos, boca oscura y ojos aún más oscuros. Desearía describir sus cabellos como de color ambarino, pero era un tono de ámbar tan oscuro que sólo la luz solar directa le arrancaba destellos rojizos. La luz de la mañana caía de lleno sobre ella, ensanchando sus esbeltos hombros. Parecía tener las manos cubiertas de harina, y al avanzar hacia mí, sus caderas esparcieron una nube de polvillo blanco.

—¿Fidessa? —dije.

—Es de fiar —dijo Roger, como respuesta a la mirada inquisitiva de la mujer.

—¿Seguro?

—Sí. Y no insistas más —dijo Roger, y empujó a Fidessa, que estuvo a punto de chocar contra uno de los hombres; éste se hizo a un lado respetuosamente, a pesar de lo cual la mujer le lanzó al pobre individuo una fiera mirada que quería decir: *neli me tangere*.

—¿Quiere ver este lugar? —preguntó Roger, y como avanzara, yo le seguí.

Uno de los presentes, que parecía estar acostumbrado a la tarea, tomó el pterociclo de Roger y lo llevó hasta el soporte, colocándolo allí.

Fidessa venía siguiéndonos, y cuando entramos en la casa, ella hizo lo mismo.

—¿Cuánto tiempo lleva este grupo aquí? —pregunté.

—En High Haven hay ángeles desde hace cuarenta años. Unos vienen y otros se van. La mayor parte de éstos se encuentran aquí desde que empezó el verano.

Cruzamos una estancia donde los desaprensivos, el tiempo y el fuego habían dejado profundas huellas. Las paredes posteriores de las habitaciones estaban labradas en plena roca. En un tabique divisorio de madera se leían infinidad de nombres y palabras obscenas. Había en aquel lugar motores antiguos desmontados, un montón de leños, ropas hechas jirones y numerosas cadenas.

—Aquí no queremos energía —dijo Fidessa—; no la necesitamos.

Su voz estaba cargada de violencia y tensión.

—¿De qué viven ustedes? —inquirí.

—Cazamos —respondió Roger mientras los tres descendíamos una escalera cuyas paredes relucían—. Hainesville está a unos quince kilómetros de aquí. Algunos de nosotros vamos a trabajar allí cuando lo necesitamos.

—¿Cuando lo necesitan? —dije, y vi que la boca de Roger adoptaba una expresión dura.

—Sí, cuando lo necesitamos.

Noté olor a carne asada y a pan recién hecho.

De nuevo observé las caderas de Fidessa, manchadas de harina. Se balanceaban al compás de sus pasos. Yo no desvié la mirada.

—Fíjense en la instalación de energía que tienen aquí —dije, deteniéndome a tres pasos de la puerta, mientras la luz, al reflejarse sobre mi uniforme, dificultaba mi visión.

Roger y Fidessa se detuvieron también.

—Son ustedes dos docenas de personas —añadí—, y aseguran que hay gente aquí desde hace cuarenta años; pero, ¿cómo cocinan?, ¿qué calefacción tienen en invierno? ¿Y si se vieran ante algún caso médico de urgencia? No teman a la ley; está hecha para ustedes, más que para nosotros.

—¡Váyase al demonio! —dijo Fidessa, y se dispuso a alejarse, pero Roger la retuvo tomándola del hombro.

—No sé cómo viven ustedes aquí —agregué, porque vi que al menos Roger estaba escuchándome—. Pero el invierno ya está llamando a la puerta. Ustedes usan combustible líquido para sus mangos de escoba, y podrían adaptarlos para que funcionaran con acumuladores, con lo cual el gasto sería tres veces menor que ahora. Los acumuladores les permitirían recorrer doscientos kilómetros más que un tanque lleno de combustible líquido.

Fidessa, evidentemente disgustada, comenzó a bajar las escaleras. Me pareció que Roger perdía la paciencia, porque se volvió hacia ella. Yo les seguí de nuevo.

En el cuarto inferior reinaba un calor sofocante.

Del techo colgaban cadenas, y vi dos hornos encendidos. Habían excavado las bocas de éstos en el suelo, y el techo presentaba como unas lenguas oscuras, causadas por el humo. Una ráfaga de aire caliente aleteó sobre mi rostro, que pronto se humedeció con el sudor.

Miré extrañado, en busca de los alimentos.

—Ésta es nuestra fragua —dijo Roger, al tiempo que tomaba un martillo de herrero y golpeaba con él una plancha de hierro que estaba apoyada contra la pared; luego añadió—: ¡Eh, Danny, ven aquí!

Descalzo y manchado de hollín, el joven aparecía empapado de sudor. El fuelle y el martillo habían dejado sus músculos tensos, tan bien tallados y definidos que cada uno parecía contraerse con independencia de los demás. Bañado y con el pelo cortado sería un muchacho apuesto, me dije. ¿Qué edad podía tener? ¿Veinte, veinticinco años? Se acercó frotándose el ojo izquierdo con el puño. El derecho era de un extraño color azul grisáceo que destacaba vivamente, lo que le daba un aspecto realmente sorprendente, debido a su piel morena.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —exclamó Roger, y agregó en voz más baja, dirigiéndose a mí—: Dan es bastante sordo.

El aludido retiró el puño de su rostro y señaló detrás de nosotros.

Entonces yo contuve la respiración.

Lo que se había estado frotando no era un ojo; era una herida y una costra desprendida en parte. Debajo de la ceja izquierda sólo había una llaga supurante.

Seguimos a Danny entre fuegos y yunques hasta llegar a un banco de trabajo que había atrás. Vi montones de cuchillas arrojadizas (como la que tenía en mi cinto), que se hallaban en distintas etapas de fabricación. Sobre las tablas, entre martillos, punzones y navajas, se veían montoncitos de pepitas de oro, de piedras preciosas, y tres lingotes de plata. Junto al pequeño yunque de orfebre vi unos pendientes de aro, así como anillos y una gran hebilla preparada para engastar gemas en ella.

—¿Trabajas en esto ahora? —preguntó Roger, recogiendo la hebilla con sus dedos grasientos, acostumbrados a sopesar el oro.

Me incliné para ver, y en vez de la hebilla admiré el anillo de Roger. Éste movió la cabeza y agregó:

—Danny hace muchas cosas para nosotros. También es un excelente mecánico. Todos entendemos aquí bastante de turbinas, pero él nos supera. A veces le llevamos en el pterociclo hasta Hainesville, y trabaja allí un tiempo.

—¿Es otra fuente de ingresos?

—En efecto.

En ese instante apareció Pitt entre las llamas de las bocas de los hornos. Traía media pieza de pan.

—¡Eh, Danny! —gritó, con voz adecuada para sordos—. Te traigo un poco de...

Al vernos, la muchacha se interrumpió de improviso.

Dan la miró, sonrió, y al tiempo que rodeaba los hombros de la chica con un brazo, tomó el pan con la otra mano y lo mordió.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Pitt.

El temor se atenuó en el rostro de la muchacha, mientras miraba al tuerto herrero que se comía el pan. Entonces casi parecía hermosa.

Eso me alegró.

Dan se volvió nuevamente hacia el banco, reteniendo siempre a la muchacha contra su cuerpo. Después de hurgar entre los anillos, encontró uno lo bastante pequeño para la chica y se lo colocó sobre la palma de la mano.

—Oh —murmuró Pitt, y su rostro se estremeció de gozo, al tiempo que en su cintura resonaban las cuchillas arrojadizas.

Siempre silencioso, Dan tenía el aire abstraído del que disfruta con la felicidad que puede proporcionar a los demás.

Fidessa habló en ese momento.

—¿Ya han sacado todos los de la primera hornada? —inquirió.

Mientras hablaba miró el trozo de pan que comía Dan, e hizo un gesto desdeñoso. Luego se volvió bruscamente y se marchó de allí.

—Dime —le pregunté a Pitt—, ¿estás a gusto aquí?

Ella dejó caer el anillo sobre el banco, y al mirarme volvió a manifestarse el miedo en sus facciones.

Creo que Dan no me había oído, pero no dejó de advertir el sobresalto de la muchacha. Nos observó alternativamente, y su semblante fue adquiriendo una expresión de asombrada ira.

—Vamos —dijo Roger, y me sorprendió al darme un golpe en el hombro—; dejemos solos a los chicos. Salgamos de aquí.

Yo iba a protestar por verme así empujado, pero pensé que aquello era habitual en él. Abandonamos la fragua.

—Escuche. Quiero que comprenda algo —dijo Roger, mirando al suelo mientras caminábamos—. Aquí no queremos energía eléctrica.

—Eso salta a la vista —contesté, procurando ser tan sincero como él—. Pero existen las leyes.

La franqueza es mi forma preferida de mostrarme belicoso.

Roger se detuvo delante de un ventanal cuyo vidrio estaba intacto, se metió las manos en los bolsillos traseros y observó el riachuelo espumeante de la hondonada.

Pensé que era el mismo junto al cual se hallaba detenido el Monstruo de Gila, un kilómetro y medio más abajo.

—No sé si sabe que soy nuevo en estas funciones, Blacky —me dijo Roger, después de un momento—. Tan sólo llevo un par de semanas como Arcángel. La única razón por la que aceptara tal responsabilidad es que tenía algunas ideas acerca de cómo desempeñar el cargo mejor que el que estaba antes. Una de esas ideas consistía en actuar creando el menor número de complicaciones posible.

—¿Quién mandaba antes?

—Sam fue Arcángel antes que yo, y Fidessa era su Serafín. Ellos llevaban los asuntos de este lugar, y los llevaban con dureza.

—¿Y Sam?

—Tome usted un montón de maldad e introdúzcalo en un pellejo tres veces más feo que el mío. Así era Sam. Él le sacó el ojo a Danny. Cuando le echamos mano a un par de cajas de bebida, lo pasamos bastante movido por aquí arriba. Sam bajó a la fragua a revolver un poco. Calentó el extremo de un tubo y lo agitó frente a los demás. Le gustaba verlos saltar y gritar. Ése es su tipo de maldad. A Danny no le gusta que la gente ande con sus

herramientas y sus cosas. Además, Sam persiguió a Pitt, y Dan quiso protegerla. El otro, entonces, golpeó a Dan en la cabeza, con el tubo al rojo vivo.

Roger hizo girar su espléndido anillo y agregó:

—Cuando vi aquello me dije que debía intervenir. Eso fue hace dos semanas —se echó a reír y bajó las manos—. ¡Aquel día hubo una batalla en High Haven!

—¿Qué sucedió? —pregunté a Roger, que estaba mirando hacia el agua.

—¿Ha visto usted el porche superior? —inquirió—. Pues en medio de la lucha lo arrojé desde allí a la segunda terraza. Luego descendí y lo tiré a la primera. Por fin lo eché de cabeza al río. Después dije a los muchachos que lo llevaran monte abajo, donde yo no volviera a verle nunca más.

Me di cuenta que Roger estaba haciendo girar su anillo detrás de la espalda. Luego dijo:

—No he vuelto a verlo. Tal vez se marchó a Hainesville.

—Y Fidessa..., ¿estuvo de acuerdo con su ascenso?

—Sí —contestó, mientras volvía a llevar adelante sus manos, con lo cual la luz relumbró en las irregularidades del metal—. No creo que yo hubiese aceptado el cargo, de haberse opuesto ella. Es una gran mujer.

—Mata al rey y quédate con la reina —dije.

—Yo había tomado a Fidessa primero. Luego tuve que matar al rey... Así son las cosas en Haven.

—Escuche, Roger...

Él no me miró.

—Escuche, tiene usted un muchacho, ahí en la fragua, que necesita asistencia médica. Dice usted que siente afecto por él. ¿Cómo puede entonces dejarle que vaya por ahí con ese ojo? ¿Qué pretende usted?

—Sam solía decir que estábamos tratando de vivir lo suficiente como para demostrar a la maldita gente lo malos que podíamos ser. Yo me limito a decir que estamos tratando de vivir lo suficiente.

—Suponga que la infección que tiene Danny en el ojo se le extendiera. No digo esto para conseguir algo en relación con mi tarea. Le pregunto, en cambio, si usted puede hacer realmente lo que desea.

Él siguió jugando con el anillo.

—Usted vengó a Dan y ganó a la dama —añadí—; pero, ¿qué piensa acerca de esa infección?

Roger se volvió hacia mí. La cicatriz se crispaba en su mejilla y unas arrugas coléricas aparecieron en su frente.

—¿Cree usted de verdad que no tratamos de llevarle a un médico? —me preguntó—. Pues sepa que le trasladamos a Hainesville, luego a Kingston, después de nuevo a Hainesville y por fin a Edgeware. Pasamos toda la noche de un lado para otro con ese pobre chico, que no dejaba de gritar, medio loco de dolor.

Hizo una pausa, señaló en dirección a la fragua y agregó:

—Danny creció en un instituto; si cuando está asustado se le lleva a una ciudad, hará todo lo posible por escapar. No podíamos traer aquí a un médico.

—¿No huyó él de aquí cuando le quemaron el ojo?

—No. Vive en este lugar. Se ha conseguido un puesto para hacer las pocas cosas que hace bien. Tiene una mujer, comida y gente que le cuida. Lo que ocurriría con Sam es que ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba. Cuando uno pasea por un bosque y cae un árbol y le rompe la pierna, no huye uno del bosque. Danny no comprendió que él era más importante en Haven que el gran Sam, con todas sus fanfarronadas y sus amenazas. Pero trate usted de explicarle eso a Dan.

Volvió a hacer un ademán en dirección a la fragua, mientras contemplaba su anillo, en el que la luz jugaba sobre la superficie de las gemas. De nuevo comenzó a hacerlo girar, y añadió:

—Danny hizo este anillo para Sam. Yo se lo quité a éste en la terraza inferior.

—Aún sigo interesado por saber lo que piensan hacer con Danny —dije.

Vi que Roger arrugaba el entrecejo, luego repuso:

—Cuando no conseguimos llevarle al consultorio de un médico en Edgware, nos trasladamos a la ciudad, hicimos levantar a un médico a las dos de la madrugada y lo llevamos a las afueras para que examinase a Dan. El doctor le puso un par de inyecciones de antibióticos, y le recetó un emplasto, que Pitt le aplica todos los días. El médico dijo que no le vendaran la herida porque cicatrizaría mejor al aire. La próxima semana lo llevaremos de nuevo para que le examine.

Como si no le importase mi respuesta, cambió de tema, añadiendo:

—Dijo usted que le gustaría examinar este lugar. Puede mirar, si quiere. Cuando haya terminado le llevaré de vuelta abajo y dirá a los demás que no queremos en absoluto líneas eléctricas aquí arriba.

Sacudí el dedo ante mi rostro mientras decía las seis últimas palabras.

Yo anduve un rato por aquellos lugares, y mientras ascendía las empinadas escaleras me dije que hasta los ángeles en su refugio tienen su porción de infierno. Procuré parecer satisfecho, y aparentar que gozaba con el sol y la brisa. Miré por encima del hombro a los que trabajaban en sus pterociclos. Pero la gente dejaba de hablar cuando yo pasaba, y al volverme notaba que alguna mirada se desviaba hacia otra parte. Si levantaba la cabeza hacia las terrazas, alguien se apartaba de las barandillas.

Llevaba deambulando cerca de veinte minutos cuando en una habitación encontré a Fidessa, que me sonreía.

—¿Tiene hambre? —preguntó.

Tenía una manzana en una mano y en la otra media pieza de pan moreno, aún caliente.

—Sí —repose; y me senté a su lado en el largo banco de troncos.

—¿Miel? —añadió, tendiéndome un bote oxidado en los bordes, con un cuchillo dentro.

—Gracias.

Extendí la miel sobre el pan, que corrió sobre la miga caliente. Ese fue mi desayuno. La manzana estaba tan fría que me hizo daño en los dientes.

—Es usted muy atenta.

—De otro modo no haríamos más que perder el tiempo. Ha venido usted a echar una mirada a este sitio. Está bien; ¿qué ha visto?

—Fidessa —dije después de una breve pausa, durante la cual traté de relacionar su sonrisa con la última frase que me había dirigido poco antes («Váyase al infierno», ¿no era eso?), y no lo conseguí—. Fidessa, yo no soy una persona de mentalidad cerrada. No desapruuebo que ustedes vengán a vivir lejos del mundo. Las cadenas y los chaquetones de cuero no son precisamente de mi gusto; pero no he visto aquí a nadie menor de dieciséis años. Eso quiere decir que tienen ustedes edad suficiente para votar, o dicho de otro modo, que pueden vivir su propia vida. Incluso podría afirmar que esta existencia abre senderos realmente valiosos para algunos miembros de la humanidad. He oído hablar a Roger y me ha impresionado, incluso me ha conmovido la gran semejanza que hay entre su sentido de responsabilidad y el mío. También yo soy nuevo en mi puesto. Pero lo que no alcanzo a comprender es que suscite tanta ira el tendido de media docena de líneas de energía eléctrica. Hemos venido en son de paz, y nos marcharemos dentro de un par de horas. Déjenos las llaves, márchense a hacer un poco de ruido en alguna tranquila aldea y cuando vuelvan nos habremos ido. Ni siquiera se darán cuenta que hemos estado aquí.

—Escuche, operador...

Una abuela mía de ochenta y siete años, que había tomado parte en los disturbios raciales de Detroit, en mil novecientos sesenta y nueve, debió emplear el mismo tono al hablar con un rubio defensor de los derechos civiles en medio de los disparos, defensor que se convirtió en abuelo mío tres años más tarde: «Óyeme, hombre blanco...» Ahora comprendí lo que mi abuela había querido decirme con su anécdota.

—Escuche, operador; usted no sabe lo que ocurre por aquí. Lleva media hora dando vueltas, y nadie más que Roger y yo le hemos hablado. ¿Qué cree haber comprendido?

—Por favor, no me llame operador.

—Lo que usted ha visto no es más que una parte de un proceso. ¿Tiene la menor idea de lo que era esto hace cinco, diez o quince años? Cuando llegué aquí por vez primera, hace casi diez años...

—¿Usted y Sam?

Algunos pensamientos encontrados animaron su rostro, pero no alcanzó a expresarlos.

—Cuando Sam y yo vinimos a este lugar, había cerca de ciento cincuenta ángeles viviendo aquí. Ahora somos veintiuno.

—Roger me dijo que eran veintisiete.

—Seis se marcharon después de la pelea entre Sam y Roger. Éste cree que volverán. Yoggy puede que lo haga, pero los otros, no.

—¿Y qué pasó durante esos años?

Ella movió significativamente la cabeza.

—¿No lo entiende? —dijo—. No es necesario que nos eliminen echándonos de este lugar. Nos estamos muriendo.

—Nosotros no pretendemos matarles.

—Pero van a hacerlo.

—Cuando me vaya de aquí voy a hacerles propaganda.

Di otro mordisco al trozo de pan y me sacudí las migas de la brillante solapa.

Fidessa volvió a mover la cabeza, ahora con expresión triste. Quisiera que las mujeres no me sonrieran con aire de tristeza.

—Usted es amable, atractivo, puede que hasta sea bueno. Y está aquí para traernos la muerte.

Yo dije algunas palabras de protesta.

Ella me tendió la manzana; le di un mordisco y la mujer se echó a reír.

Su risa cesó de pronto; yo alcé la vista.

En la puerta se encontraba Roger, que tenía cierto aire desconcertado.

—¿Puede llevarme de vuelta abajo? —le dije, poniéndome en pie—. No le prometo nada, pero trataré de hacer que Mabel se olvide de este asunto y se lleve su armatoste plateado a otro sitio.

—Trate de hacer eso... —contestó él—. Está bien, vamos.

Mientras Roger sacaba su pterociclo del soporte, yo eché un vistazo sobre el borde de la terraza.

En la piscina, Pitt había logrado atraer a Danny y ambos jugueteaban en el agua. Fuera no debía hacer mucho más de quince grados, pero los dos chapoteaban y reían como dos cachorrillos felices.

IV

El Monstruo de Gila entra en Actividad

Seis soportes hidráulicos con cilindros tan gruesos como bidones de gasolina ajustan el nivel, metro y medio más arriba, para permitir el trabajo de excavación. Desde la parte anterior el «arado», algo más grande que el cráneo de un triceratop, se hunde en la tierra. Lo que antes era un sonido espasmódico se convierte en un rugido. Unas placas en los costados se deslizan hacia atrás.

Entonces Mabel, con la mayor dotación a su cargo, sube en un ascensor telescópico para echar una mirada por encima del hombro del Monstruo, con una cámara de televisión y fotografía a distancia.

La plateada tripulación se esparce luego sobre la capa de agujillas de los pinos cercanos, igual que las bruñidas esferitas escapadas de un cojinete. El Monstruo retrocede arrastrando el «arado» (que guía uno de los mejores poetas contemporáneos en lengua francesa). Un pozo de unos tres metros y medio de ancho por otros tres de profundidad se abre en la tierra. Dos mandíbulas metálicas se extienden ahora, con unas escobillas de alambre que van limpiando ruidosamente la parte superior de la caja enrejada donde se enrolla un cable de cinco metros de largo; se abren unas portillas laterales, y por encima de la cadena de rodadura de babor, la grúa deja caer unos arpeos magnéticos.

Una de las carreteras más rectas del mundo es la que va desde Leningrado a Moscú. Cuando pidieron al Zar de aquel tiempo que indicase por dónde debía atravesar aquel camino, él sorprendió a ingenieros y políticos tomando una regla y trazando una línea entre las dos ciudades.

—Así debe ser —dijo, en su equivalente ruso. Y con esta única indicación se construyó la famosa carretera rusa a mediados del siglo diecinueve.

Excepto en algunas de las fosas más profundas del océano Pacífico y en ciertos difíciles pasos del Himalaya, la colocación de los mayores cables, y buena parte de los menores, se realiza de la misma forma. El único momento en que un cable se curva lo suficiente como para poder verlo es cuando se coloca una conexión. En aquella ocasión estábamos montando una conexión.

Dentro del pozo, los operadores Julio, Bill, Frank y Dimitri están preparando la pinza, una sección de cable en forma de U que mide tres metros desde la curva hasta los extremos. En éstos se colocan unos acoplamientos muy complicados. Los operadores inspeccionan dichos acoplamientos con gran minuciosidad, ya que la pinza soporta toda la corriente mientras se está insertando la conexión.

Las grúas comienzan a chirriar arriba, en la torre, cuando Mabel pulsa el botón correspondiente. La pinza sale de las entrañas del monstruo, y oscila por encima del refulgente borde del aparato mientras Scott se coloca junto a la cuerda y cabalga sobre la pinza como si fuera un jinete infernal.

Frank y Dimitri salen de detrás de las bandas de rodadura para reunirse con Sue en el exterior, y luego el semicírculo de la pinza se desliza sobre el cable precisamente en el lugar señalado con tiza. A continuación, Scott se escurre dentro y hace equilibrios sobre el cable, llevando en la mano un taladro. Sue baja con otro. En cada uno de los dos extremos de la pinza hacen perforaciones para los acoplamientos, que se hunden a diversas profundidades en el cable.

—La chica utiliza bastante bien esa herramienta —dice Frank.

Y Dimitri contesta:

—Bueno, tal vez enseñen algo útil en la, academia, en estos últimos tiempos.

—Te quieres lucir porque eres nueva, ¿eh, Sue? Vamos a ver si trabajas tan bien con el torniquete que te enviamos.

La gran pieza de dos metros de largo desciende hasta penetrar en el núcleo central. Por allí pasarán sesenta mil voltios. La pieza, algo mayor, va en terreno más hondo. Sirve de retorno para una línea de tres cables de alto voltaje que desde el núcleo central envían más

de trescientos mil voltios. Entre las dos juntas pueden suministrar energía eléctrica a ciudades de dos a seis millones de habitantes. La pieza siguiente conecta la corriente de alta frecuencia. Luego se hace lo mismo con la de baja frecuencia. Viene a continuación una capa de circuitos de comunicación que permiten a aquellos que requieren este servicio conectar con el vasto sistema de computadores de alcance mundial. Después se aplican los conductores para las emisiones de radio y televisión. A continuación vienen las pequeñas antenas que transmiten directamente al Monstruo de Gila los datos de los circuitos de comprobación. Y así se prosigue a lo largo del tendido de la conexión, que alcanza cinco metros.

La herramienta de Scott emite un chasquido al completar el último acoplamiento (dirá más tarde que dejó ganar a Sue por una conexión). Entonces alguien hace una señal a Mabel; ésta ha descubierto que van atrasados un minuto y medio respecto al plan establecido, y se preocupa por ese detalle.

Otra grúa baja una placa doble. Los dientes muerden el metal y las chispas se reflejan en los plateados uniformes. Los operadores se echan atrás.

Dimitri y Scott llevan rodando el disco de conexión hasta el borde del pozo.

—¡En, Sue! —grita Scott—. ¡Cuidado, nena, que esta pieza sólo pesa ciento treinta kilos!

Un momento después se retiran las cabezas de perforación, y se coloca la sección del cable debajo del Monstruo de Gila.

El acoplamiento, que pasa conexiones para tomas de corrientes del cable principal, de modo que puedan conectarse los cables para High Haven, es llevado rodando hasta el lugar de las operaciones. Nuevos trabajos de perforación, en los que esta vez colabora todo el personal especializado.

Por fin, Mabel suspira y se seca el sudor de la frente: han concluido las operaciones sin haberse producido un solo apagón en todo el mundo, y no ha habido heridos o bajas. Lo único que falta es retirar la pinza en forma de U, para que todo vuelva a su cauce normal. Resulta difícil que algo salga mal en ese trabajo.

Roger me dejó allí en el momento en que extraían la pinza en forma de U. Yo bajé trotando por la pendiente rocosa y agité un brazo saludando a la gente. Tropecé con la escalerilla a causa de la brillante iluminación; y entré en el Monstruo de Gila, protegiéndome los ojos con una mano.

Poco después ascendía por la escalera lateral y sacaba la cabeza por la trampilla.

—¡Eh, Mabel! —dije—. Adivina qué es lo que hay allá arriba, en High Haven.

Creo que no me esperaba, porque tuvo un ligero sobresalto.

—Bueno, ¿qué hay? —respondió.

—Una nidada de ángeles conductores de pterociclos que parecen salidos de la prehistoria. Tatuajes, pendientes de aro y hasta chaquetones de cuero. A decir verdad, no creo que puedan comprarse otro atuendo. Viven bastante modestamente.

—Interesante —repuso Mabel, frunciendo el ceño.

Subí y me senté en el suelo. Luego añadí:

—En realidad no son malas personas. Algo excéntricos sí lo son. Sé que acabas de establecer las conexiones; pero, ¿qué me dices si recogemos nuestros trastos y nos marchamos a alguna otra parte?

—No estás en tu sano juicio —repuso, mientras su entrecejo se arrugaba aún más.

—Escúchame: ellos están tratando de vivir sus propias vidas. Larguémonos de aquí.

—De ningún modo.

—Consideran este asunto como una tentativa de eliminarlos. ¿Por qué no podemos irnos?

—Porque pienso eliminarlos.

—¿Ah, sí? Vaya, no me digas que de pequeña te maltrataron algunos de estos ángeles, y desde entonces les has odiado en secreto.

—Ya te dije que discutiríamos, Blacky —dijo, volviéndose en su sillón giratorio—. La última vez que hubo una conversión me encontré con una secta de vegetarianos que se había refugiado en las Montañas Rocosas. Sólo comían carne una vez al año, en la víspera del equinoccio de otoño. Nunca olvidaré la expresión de aquel muchacho. La primera flecha clavó su camisa al tronco de un roble.

—¡Pobre San Sebastián! —comenté—. Pero debes saber, Mabel, que éstos no son caníbales.

—En la conversión que hicimos anterior a ésa nos encontramos con un grupo de socialistas utópicos que habían establecido su campamento en los Alpes suizos. No creo que pudiera achacarles directamente una muerte... Sí, ahora recuerdo: no contaba a tres de mis hombres que murieron cuando el asunto degeneró en lucha abierta. Como ves, a su lado los vegetarianos se quedaron cortos. Siguiendo con la conversión precedente...

—Mabel...

—Supongo que me interrumpes porque has comprendido que tengo razón.

—Antes hablabas de formas de vida. ¿No se te ha ocurrido pensar que puede existir más de una forma de vida?

—Eso es demasiado necio para que me moleste siquiera en contestarte. Vamos, levántate del suelo.

Hice caso.

—Si vamos a empezar nuestras discusiones con perogrulladas —agregó—, ten en cuenta ésta: el trabajo no daña a la máquina humana, que ha sido hecha para eso. Pero trabajar duro estando desnutrido, o hacerlo para que alguien viva espléndidamente mientras uno pasa privaciones, o carecer de trabajo y ver cómo los demás se mueren de hambre, eso sí que es desastroso para la máquina humana. Si, con fines estadísticos, ponemos diversos grupos de personas en situaciones semejantes, al cabo de un par de generaciones empezarán las guerras, junto con las neurosis que tales circunstancias suelen acarrear.

—Primer premio a la perogrullada.

—Cuando todos los integrantes de la humanidad estaban estrechamente relacionados, doscientos millones de personas murieron de hambre en Asia, y tales calamidades no tuvieron ningún efecto sobre la psicología y la sociología de los doscientos millones de personas bien nutridas y educadas de los Estados Unidos durante la época de nuestros abuelos.

—Segundo premio a la trivialidad.

—Conclusión...

—Por la cual obtienes automáticamente el tercer premio.

—Con nuestro modo actual de vida no ha habido guerras en cuarenta años. Sólo hubo seis asesinatos en Nueva York el pasado año, y nueve en Tokio. El mundo posee un índice de alfabetización del noventa y siete por ciento. Por lo menos un ochenta y cuatro por ciento de la población mundial es bilingüe. El factor más influyente ha sido sin duda Líneas Mundiales de Energía. Ello se debió a que la gente no ha tenido que trabajar con exceso para ganar un sueldo mísero. Ese problema ha podido aliviarse notablemente. La situación actual se ha logrado en el tiempo que tarda un niño en llegar a abuelo. La generación que vivía cuando se fundó Energía Mundial había engendrado un interesante conjunto de neuróticos como segunda generación, quienes, no obstante, tuvieron inteligencia y desinterés suficiente como para procrear una saludable prole de la que provenimos nosotros.

—¿Hemos hecho ya todo lo que podíamos hacer?

—No seas ingenuo. Mi opinión es, sencillamente, que en un mundo en que millones de seres humanos morían a consecuencia de las guerras, y cientos de miles a causa de otros medios menos eficaces, existía quizá una justificación para decir respecto a una injusticia: «¿Qué podemos hacer?» Pero eso no ocurre ahora. Posiblemente sabemos demasiado acerca de nuestros abuelos y su mundo, y por ello siempre esperamos que las cosas ocurran del mismo modo. Pero cuando las estadísticas resultan ser como en la actualidad, aquellos hechos no son más que una excepción.

—Lo que yo vi allí arriba...

—Manifiesta violencia, brutalidad y crueldad de una persona hacia otra, incluso asesinato. Sí, la criminalidad potencial en todos ellos. ¿Me equivoco?

—¡Pero ésta es la vida que han elegido! Poseen un sentido auténtico del honor y la responsabilidad. Tu no lo has visto, Mabel, pero yo sí. No van a perjudicar...

—Escucha, testarudo. Alguien trató de matarme esta mañana con ese objeto que llevas al cinto.

—¡Mabel! —exclamé, y el grito no tenía nada que ver con nuestra discusión.

Ella tomó rápidamente el micrófono y oprimió el botón.

—¡Scott! ¿Qué demonios estás haciendo?

Su exclamación, amplificada por el altavoz, llegó hasta todos los operadores que trabajaban abajo.

He aquí lo que Scott estaba haciendo:

Había subido a la pinza en forma de U para dirigir su introducción en el Monstruo. Luego tomó una línea de conexión de alto voltaje, probablemente después de decir a Sue: «¡Oye, apuesto a que nunca has visto esto!», y la fijó a la cubierta metálica. En ese punto sólo hay una fracción de amperio, de modo que no era posible esperar grandes daños. El efecto del alto voltaje en la cubierta provoca una descarga de chispas de igual longitud que el cable no cubierto. Resulta impresionante. Cerca de un metro de chispas restallando por todas partes, y Scott sonriendo y con todo el pelo erizado. Como un cerco de platino...

Como un río de diamantes...

Como una serpiente cubierta de gemas...

Lo peligroso del asunto, y esto es lo que inquietó a Mabel, es que, si algo sale mal, con semejante voltaje, las consecuencias serán más serias. Por otra parte, la pinza en forma de U está conectada a la grúa; ésta, a su vez, va unida a la cabina de la grúa y ésta al bastidor de la misma, de donde surge la posibilidad de originar graves daños.

—¡Condenado Scott!...

La consecuencia menos peligrosa habría sido una acumulación de energía en el lugar donde Scott había fijado el conductor. Y creo que es lo que sucedió, porque él apartó la mano violentamente, como si hubiera recibido una descarga.

Mabel se acercó a los mandos y bajó lentamente la palanca del reóstato, con lo cual se interrumpió el flujo eléctrico.

—¡Saben perfectamente que no me gusta desperdiciar la corriente! —dijo por el altavoz, y agregó en seguida—: A ver, ustedes, idiotas vestidos de plata, entren de una vez. ¡Basta por hoy!

Noté que estaba muy alterada, y por ello no quise proseguir la conversación.

Con tiempo de sobra, eché a andar junto a las excavaciones que había hecho el Monstruo de Gila. Luego me senté un rato, y a continuación volví a pasear. En realidad tenía que haber estado rellenando formularios en el cuarto de navegación, pero durante casi todo el tiempo en que estuve paseando me pregunté si no sería mucho más feliz si cambiase las ropas de plata por las de algodón, y me fuera a las alturas cerca de las nubes. ¿Para qué recorría yo el mundo con aquellos condenados operadores, cuando podía ser

muy dichoso expresando mi resentimiento a los vientos de la noche, y haciendo mi santa voluntad? Y lo cierto es que todos mis resquemores se concretaban en Mabel.

Salí al mirador, y al apoyarme sobre la barandilla escuché una conversación.

Sue y Pitt se encontraban cerca de la base del Monstruo.

—Bueno, te diré que a mí me gusta trabajar aquí —decía Sue—. En dos años de academia, después de la escuela secundaria, uno aprende todo lo que hay que aprender acerca de ingeniería, electrónica y disciplinas afines. Da gusto porque aquí uno viaja mucho.

Debo decir que Sue no hacía más que repetir textualmente el prólogo del folleto del curso de estudios de la academia. Y hay que reconocer que es un buen prólogo.

—A propósito —terminó diciendo, y me di cuenta que había estado pensando en ello mucho tiempo—, ¿qué le ha ocurrido a tu amigo en el ojo?

Pitt escarbó con el pie en la tierra, y luego dijo:

—Bueno, tuvo una pelea y quedó malherido.

—Sí, claro —contestó Sue—; eso es evidente.

Las dos muchachas miraron hacia el bosque, y Sue agregó:

—Puede venir aquí cuando quiera. Nadie va a molestarle.

—Pero es tímido —dijo Pitt—, y no oye bien.

—Comprendo entonces que quiera quedarse ahí.

—Debe ser muy agradable viajar por todas partes en un monstruo como éste. Creo que me gustaría mucho hacerlo.

—¿Quieres entrar a verlo? —preguntó Sue.

—No, no. Tengo que regresar a High Haven.

Y Pitt (que sin duda no me había visto en la barandilla) dio media vuelta y echó a correr hacia los árboles.

—¡Adiós! —le gritó Sue—. ¡Da las gracias a tu amigo por haberme llevado a dar una vuelta en torno a la montaña! ¡Me he divertido mucho!

Un momento después vi un pterociclo que ascendía por encima de la arboleda.

Regresé al despacho. Mabel estaba sentada ante mi escritorio, examinando los formularios que yo no había rellenado.

Pensé en los diversos temas que podía tratar para no iniciar una discusión con la jefa.

—Exige mucho esfuerzo encontrar algunas palabras que eviten una polémica —dijo Mabel—. Creo que será mejor terminar con el asunto.

—Me parece bien, sólo que no he tenido una oportunidad para discutir.

—Adelante entonces.

—No, sigue tú. La única forma de ganarte una discusión sería amordazándote.

—Escucha bien esto. Es la última perogrullada del día. Supón que colocamos las líneas y las tomas de corriente en esta zona. Yo pienso que no tienen por qué usarlas si no quieren, ¿no crees?

—Vamos, Mabel; todo esto no es más que un asunto de principios.

—Con eso no me vas a amordazar.

—Mira, tú eres el jefe. Ya te dije que lo haríamos a tu gusto. Y ahora me marchó. ¡Buenas noches!

Y sintiéndome algo frustrado, pero al menos limpio con mi atuendo de plata, salí del despacho.

Frank Falteaux me dijo que la frase francesa apropiada es *l'esprit d'escalier*: el espíritu de la escalera secreta. Hablamos de cuando uno piensa en lo que debiera haber dicho una

vez que ha pasado la ocasión. Yo estaba tendido en la hamaca de mi nueva habitación, pensando en lo que habíamos hablado poco antes.

Afuera, la noche arrojaba hojas secas contra mi ventana, y hacía penetrar su tenue fulgor dorado a través de los vidrios. Como me sentía inquieto, me puse en pie y salí al exterior.

Ya en la orilla del riachuelo, me entretuve arrojando piedras al agua pegándoles con la bota. Observé los remolinos de la corriente, y paseé aguas arriba, escuchando el sonido de la cascada. Detrás oía las risas de algunos operadores, sentados sobre las bandas de rodadura del Monstruo, mientras tomaban cerveza.

Luego, alguien llamó a los operadores y éstos entraron. Me quedé solo con la noche y el agua.

Y escuché una carcajada encima de mi cabeza.

Alcé la vista hacia la cascada.

Fidessa estaba sentada sobre una piedra, moviendo acompasadamente las piernas.

—Hola —le dije.

Ella movió la cabeza contestando a mi saludo; tenía el aspecto de una mujer que guarda un secreto. Luego saltó hacia abajo y empezó a dar brincos entre las piedras.

—¡Eh, cuidado! No vaya a resbalar en...

No resbaló.

—Blacky...

—Sí..., ¿qué puedo hacer por usted?

—Nada. ¿Quiere venir a una reunión de amigos? —me preguntó mientras le brillaban los ojos castaños.

—¿Cómo?

—Arriba, en High Haven.

Yo pensé que el hecho que aún no hubiéramos colocado los cables allá arriba había sido interpretado como una victoria.

—Debe saber que no he ganado ninguna victoria aquí, todavía.

Ah, ese equívoco «todavía»... Me rasqué el cuello con aire indeciso.

—Son ustedes muy atentos al proponerme que asista a la reunión —añadí.

—En realidad soy yo quien se lo pide —dijo, con mirada conspiradora—. ¿Por qué no trae también a alguna de las muchachas?

Durante un segundo pensé que se trataba de una invitación sin mayor trascendencia.

—Roger tal vez pudiera enfadarse si cree que le he invitado sólo a usted a nuestro refugio —añadió.

Alto, muy moreno y apuesto, en muchas ocasiones he recibido un trato especial parecido por parte de las mujeres, aun en este esclarecido siglo.

Por ello no me sentí desconcertado.

—Claro; iré con mucho gusto —dije.

Mi intención era llevar conmigo a Mabel para que comprobase la razón de mi punto de vista. Pero pronto abandoné la idea.

Me sentía muy belicoso. Demonios, ¿quién quiere llevar a su antagonista a una fiesta?

Miré de nuevo hacia el Monstruo, y vi a Sue sentada en lo alto de la escalerilla, leyendo.

—¡Eh, Sue!

La muchacha alzó la vista. Yo le hice un ademán para que se acercara. Ella dejó el libro y vino hasta nosotros.

—¿Qué está haciendo Scott? —le pregunté.

—Está durmiendo.

Uno de los motivos por los cuales Scott no será nunca un buen operador es porque duerme en cualquier parte y en cualquier momento. Un operador de energía debe ser capaz

de estar preocupado toda la noche con un problema. Sin que esto signifique que al día siguiente se muera de sueño o rinda menos en su trabajo.

—¿Quieres venir a una fiesta? —le pregunté.

—Desde luego.

—Fidessa nos ha invitado a ir a High Haven. Tendrás ocasión de ver de nuevo a tu amiga, Pitt.

Sue me tomó por el brazo y apoyó la cabeza en mi hombro, mientras fruncía el ceño. Las leves arrugas del rostro de una chica de diecisiete años son encantadoras.

—Pitt es una extraña muchacha —dijo—. Pero me gusta. ¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo —repuso Fidessa, y comenzamos a trepar por las rocas—. ¿Han montado alguna vez en un palo de escoba? —inquirió la mujer.

—Yo solía llevar y traer a mi mujer a clase en pterociclo cuando estábamos en la academia —dije, y resulta interesante que hiciera semejante confesión en aquellos momentos; luego pregunté—: ¿Quiere que conduzca?

Me situé delante, frente a los mandos; Sue en medio, con la barbilla apoyada en mi espalda, y Fidessa detrás de ella. Tras un despegue algo torpe, trazamos una hermosa espiral en torno a la montaña.

—Por allí —dijo Fidessa, y nos dirigimos hacia la abertura del desfiladero.

—¡Ah, me encanta montar en estos aparatos! —exclamó Sue—. Es mejor que una montaña rusa.

Creo que no estaba refiriéndose a mi forma de volar. Tampoco olvida uno cómo se maneja una bicicleta. Entramos en la boca rocosa, y poco después descendíamos en el porche alto de High Haven. Nuestro aterrizaje fue mejor que el realizado con Roger.

Al fin hallé el lugar donde habían cocinado por la mañana. Fidessa nos condujo entre los árboles, más arriba de la casa. Percibí un aroma a carne asada. Al avanzar por entre la maleza de la mano de Sue, vi que nuestro novel cadete arrugaba la nariz.

—¿Cerdo a las brasas? —dijo.

Habían excavado un agujero poco profundo. En la ennegrecida parrilla se veía un cerdo extendido sobre los carbones, que nos contemplaba con mirada bizca. Tenía las orejas carbonizadas y sus labios se curvaban hacia atrás a causa de la forma de los dientes. Exhalaba un olor apetitoso.

—¡Ah! ¿Han venido a la reunión? —dijo Roger, saludándonos desde el otro lado del agujero con un bote de cerveza que tenía en la mano.

—Eso creo —contesté.

Uno de ellos llegó cargando una caja de cartón. Era el muchacho pelirrojo del dragón tatuado en el pecho.

—Oye, Roger —manifestó—. ¿No necesitas algunos limones? Estuve en Hainesville, y birlé esta caja de limones...

Un amigo le tomó con ambas manos por el cuello del chaquetón de cuero y le dio un empujón. La caja cayó al borde del agujero y los limones se esparcieron por el suelo.

—¡Condenación, terminen de una vez...!

Media docena de limones cayeron entre los hierros de la parrilla. Alguien dio una patada a la caja de cartón, y otra media docena de limones rodaron pendiente abajo.

—¡Eh...!

Medio minuto más tarde vi venir por el aire dos botes de cerveza. Los pesqué al vuelo y alcé la vista. Delante, Roger se reía alegremente. Quitó las tapas con movimiento de torsión (antes no se hacía así; son cosas del progreso), y después de entregar un bote a Sue, alcé el mío en señal de brindis.

Fidessa se había colocado detrás de Roger, y estaba riendo también.

Sue bebió y dijo con aire intrigado:

—¡Eh! ¿Dónde está Pitt?

—Abajo, en la casa.

Ella me miró, al mismo tiempo que sonreía con aire de complicidad. Comprendí, y asentí con la cabeza.

—Lláname cuando el asado esté listo —me dijo, y se alejó saltando sobre las rocas.

«¿Adónde conducirá esta montaña, más arriba de High Haven?», me pregunté. Como no lo sabía, me alejé de los parrilleros, y subí por entre la maleza y las peñas. El viento atravesaba las frondas de pinos y llegaba hasta mí, atenuado. Miré desfiladero abajo, más allá de los atestados techos de High Haven. Sentado sobre un tronco me sentía lleno de paz.

Oí detrás el ruido de unos pasos sobre las hojas secas, pero no me volví. Unas manos cubrieron mis ojos, y escuché la risa de Fidessa. La tomé por una muñeca y tiré hacia delante. La risa se esfumó en su cara. Ella tenía un gesto de curiosidad; ambos nos miramos.

—¿Por qué se ha vuelto tan amistosa? —le pregunté.

Su rostro de altos pómulos adquirió una expresión pensativa.

—Tal vez se deba a que reconozco lo bueno cuando lo veo —repuso.

—¿Lo bueno?

—En efecto —dijo, sentándose a mi lado—. Nunca he comprendido cómo se hace para enfrentarse al poder en este mundo. Cuando luchan dos personas, el más poderoso es el que gana. Yo era muy joven cuando conocí a Sam. Me quedé con él porque creí que era poderoso. ¿No suena eso ingenuo?

—Al principio, puede ser. Pero cuando se piensa en ello...

—Sam insistió en vivir de una forma totalmente diferente de como lo hace la sociedad. Eso requiere poder...

Asentí con la cabeza.

—Aún no sé si finalmente él perdió ese poder. Tal vez, sencillamente, Roger tenía más. Pero yo tomé una decisión antes que pelearan. Y me uní al mejor.

—Usted no es una necia.

—No, no lo soy. Pero se acerca otra pelea. Y creo saber quién va a ganar.

—Yo no lo sé.

Fidessa bajó la mirada y dijo:

—Además, ya no soy tan joven. Estoy cansada de vivir con los ángeles. Mi mundo se desmorona, Blacky. He conseguido a Roger. Comprendo que Sam perdiese, pero no entiendo por qué venció Roger. En la lucha que se avecina, usted vencerá y Roger saldrá perdedor. Eso tampoco lo entiendo.

—¿Es una invitación para que yo, con mi plateado atuendo, la lleve lejos de todo esto?

Ella frunció el ceño y repuso:

—Vuelva a High Haven y hable con Roger.

—En la víspera de la batalla, los generales enemigos suelen reunirse —dije—. Unos y otros se explican los grandes perjuicios que la guerra acarreará a todos. Y a pesar de ello, rompen las hostilidades.

Fidessa me miró con extrañeza.

—Cité a un autor —aclaré.

—Baje usted y hable con Roger.

Me puse en pie y me dirigí de nuevo a la casa, a través de los bosques. Llevaba cinco minutos caminando cuando oí que me llamaban.

—Blacky...

Me detuve junto a una encina cuyas raíces se aferraban a una gran peña. Cuando los árboles crecen demasiado en terrenos como aquél, no tienen dónde sujetarse y se agarran donde pueden.

—Me pareció que era usted el que andaba por aquí.

—Roger —contesté—, las cosas no marchan muy bien en el Monstruo de Gila.

Él echó a andar a mi lado.

—¿No puede evitar que traigan las líneas aquí arriba? —inquirió mientras daba vueltas a su anillo en el dedo lleno de cicatrices.

—La ley así lo establece. Pero escuche: aunque coloquemos esas líneas, ¿por qué tienen ustedes que usarlas? No comprendo por qué este asunto resulta tan perjudicial para ustedes.

—¿No lo entiende?

—Como ya he dicho, simpatizo con...

Roger se metió las manos en los bolsillos. Allí, entre los árboles, la luz no era lo suficientemente clara para que pudiera ver su expresión. El tono de su voz me sorprendió.

—Dice usted que no comprende lo que ocurre aquí, ¿no es cierto? Fidessa así lo dijo. Yo creía que usted...

Parecía estar cansado. Su mente derivó hacia otro asunto; luego dijo:

—Estas líneas de energía eléctrica... ¿Sabe usted lo que mantiene a mis muchachos aquí? No lo sé muy bien, pero me doy cuenta que es algo menos fuerte de lo que uno podría creer.

—Fidessa asegura que algunos se han marchado.

—Yo no puedo evitar que un hombre haga lo que le parezca bien. Sam tampoco lo consiguió. Ese es el pobre poder que él tenía y que yo tengo. Si ustedes colocan líneas, ellos las usarán. Quizá no lo hagan al principio, pero lo harán. Al cabo de poco tiempo, todos habrán bajado.

Más allá de los árboles alcanzaba a ver el agujero del asado.

—Tal vez sea conveniente que usted ceda.

Él movió negativamente la cabeza en la oscuridad.

—No llevo en mi puesto mucho tiempo; de modo que no resultará difícil perderlo. Pero no cederé.

—Roger, usted no va a perder nada. Cuando las líneas lleguen hasta aquí, ignore...

—Estoy hablando de poder; de mi poder.

—¿Cómo dice?

—Ellos saben lo que está sucediendo —dijo, y señaló al resto de los ángeles—. Saben que se trata de una lucha y que yo voy a perder. ¿Sería mejor que actuase como lo hubiera hecho Sam? Él habría tratado de romperle la cabeza a usted. O si no, sin duda hubiese intentado destrozarle el uniforme plateado, y la mayor parte de nosotros hubiéramos terminado en la cárcel.

—Es muy probable.

—¿Ha perdido usted alguna vez algo tan importante que no es capaz de decir a los demás la enorme trascendencia que tenía? Algo que se marcha, que usted ve alejarse, y que por fin desaparece del todo...

—Sí, me ha ocurrido eso.

—¿Sí? ¿Y qué perdió?

—A mi mujer.

—¿Le dejó para marcharse con otro?

—Se quemó en un cable que estaba al aire libre, una noche, en el Tíbet. Yo lo vi. Yo vi cómo desaparecía.

Después de un momento de silencio, Roger dijo:

—Usted y yo tenemos mucho en común, ¿sabe? Me pregunto qué pasará cuando yo pierda a Fidessa..., también.

—¿De modo que piensa eso?

Sus anchos hombros se encogieron. Roger inclinó la cabeza, y luego respondió:

—A veces, por la forma en que actúa una mujer, uno se da cuenta... Sam lo comprendió de ese modo. Pero estoy diciendo tonterías, ¿verdad?

Oímos unos pasos sobre las hojas. Nos volvimos.

—Fidessa... —dijo Roger.

Ella se detuvo en la semioscuridad. Me di cuenta que ella se sentía sorprendida por habernos dado alcance.

Roger me miró, y luego miró a su mujer. A continuación le preguntó:

—¿Qué hacías por aquí?

—Me había sentado un momento —repuso ella, antes que lo hiciera yo.

Nos quedamos unos instantes en silencio, envueltos en la oscuridad. Luego Roger se volvió, apartó las ramas de los arbustos y salió al claro. Yo le seguí de cerca.

Ya habían cortado en trozos el cerdo. Buena parte de una pata estaba cortada en tajadas. Roger tiró del hueso y se volvió hacia mí.

—¡Esto es una fiesta, Blacky! —exclamó, entre carcajadas—. ¡Tome! ¡Aquí tiene esto!

Me arrojó un hueso caliente a la mano. Sentí que me quemaba dolorosamente.

Roger, con un brazo en torno a los hombros de uno de ellos, se balanceaba con aire festivo. Alguien me alcanzó una cerveza. El hueso, que yo había arrojado sobre el lecho de hojillas de pino, recibió algunas patadas de los ángeles.

Comí en abundancia, y bebí bastante.

Recuerdo que me había detenido en el porche superior de High Haven, y que me apoyé sobre lo que quedaba de la baranda.

Sue estaba sentada junto a la piscina. Reluciente con el sudor de la forja, Danny se encontraba inclinado cerca de la muchacha.

Entonces oí decir detrás de mí:

—¿Quiere volar? ¿Quiere volar a la luna, al cielo? ¡Veo tres estrellas allá arriba! ¿Quién las ha puesto allí?

Roger se tambaleó delante del estacionamiento de pterociclos, y con los pies separados sacudió un puño hacia el firmamento.

—¡Voy a volar! —gritó—. ¡Voy a volar hasta que mi escoba haga un agujero en la noche! ¿Me escuchan, dioses? ¡Vamos hacia ustedes! ¡Les vamos a apalear con nuestros mangos de escoba hasta matarles, y revolveremos el cielo antes de volver a bajar!...

Hubo gritos a su alrededor. Un pterociclo rugió. Luego, dos más.

Roger saltó hacia un lado cuando la primera escoba levantó el vuelo. Algunos ángeles cayeron al suelo. El artefacto avanzó inseguro, traspuso el borde de la casa, voló entre las ramas y luego por encima de ellas con las negras alas extendidas.

—¿Viene a volar conmigo?

Yo me encogí de hombros.

Su mano golpeó mi cuello sin demasiada fuerza.

—Allá arriba hay dioses a los que debemos visitar. ¿Quiere que vayamos a verlos?

El humo nos envolvía, y también los vapores de la cerveza.

—Los dioses no son otra cosa que un poco de azúcar en la sangre —contesté—. San Agustín, el tótem de los indios, todo es parecido...

Roger volvió la mano, de modo que su dorso quedó contra la piel de mi cuello.

—¡Volar! —exclamó de nuevo. Si hubiera retirado la mano con rapidez, el anillo me habría arrancado un par de centímetros de yugular.

Otros tres pterociclos despegaron.

—Bueno, ¿por qué no? —dije.

Él se volvió para sacar su ciclo del soporte.

Yo monté detrás de Roger. El hormigón raspó la parte inferior del artefacto, y pasamos sobre el borde del porche. El vacío oprimió mi estómago. Las ramas nos arañaron. Otras pasaron a nuestro lado sin tocarnos.

Subimos más alto que la casa; más alto que la montaña que domina High Haven.

El viento me echaba la cabeza hacia atrás, y entonces miré hacia arriba. Los ángeles evolucionaban sobre nuestras cabezas.

—¡Eh! —gritó Roger, volviéndose para que pudiera oírle—. ¿Ha hecho alguna vez un barrido de cielo?

—¡No! —le contesté.

Roger me hizo una seña con la cabeza para que mirase.

Aproximadamente a un centenar de metros por delante y por encima, un ángel volvió las alas hacia la luna, apuntó luego hacia abajo, y con los codos completamente separados del cuerpo, hizo girar los anillos de aceleración y de improviso detuvo el funcionamiento de ambas turbinas.

El pterociclo se hundió en la noche.

Y bajó. Y bajó.

Por fin creí que le perdería de vista entre la oscura alfombra verdosa de la montaña. Durante un momento estuvo perdido.

Luego, una llama diminuta iluminó tenuemente unas minúsculas alas que salían del tortuoso descenso. A pesar de su pequeñez, alcanzaba a percibir la tensión que curvaba las alas. Se encontraba tan cerca de la copa de los árboles que por un momento se hicieron visibles las hojas bajo el veloz chorro de luz. Era tan minúsculo...

—¿A qué condenada altitud estamos? —pregunté a Roger.

Éste se inclinó sobre el manillar y seguimos ascendiendo.

—¿Adónde vamos?

—A subir lo bastante alto para hacer un buen barrido —me contestó.

—¿Yendo dos aquí montados?

Y continuamos subiendo.

Ya no había ángeles por encima de nuestras cabezas.

Lo único que nos superaba en altura era la luna. En ella se dibujaba un rostro.

Un rostro que se reía, mirándonos de soslayo.

Alcanzamos el punto superior de la curva ascendente. Entonces los codos de Roger golpearon sus costados.

De nuevo se me contrajo el estómago. Una extraña sensación: las vibraciones del asiento y del apoyo para los pies han desaparecido. Lo mismo que el rugido de las turbinas.

Es un descenso silencioso.

Hasta el ruido del viento sobre las alas desaparece hacia atrás demasiado rápidamente para percibirlo. Delante, abajo, sólo está la montaña.

Y abajo. Y más abajo.

Por fin tomé por los hombros a Roger, me incliné hacia delante y le dije al oído:

—¡Supongo que se estará divirtiendo!

Dos pterociclos se apartaron rápidamente para dejarnos pasar.

Roger volvió la cabeza, me miró, y sin forzar la voz, porque con las turbinas apagadas no es necesario gritar, dijo:

—Oiga, ¿qué estaban haciendo usted y mi mujer allá en el bosque?

—Recogiendo setas.

—Cuando hay una lucha de poderes, no me gusta perder.

—¿Le gustan las setas? —inquirí—. Le voy a dar un cesto lleno hasta el borde cuando estemos de nuevo en High Haven.

—Yo no bromearía si estuviera sentado tan lejos del acelerador como lo está usted.

—Roger...

—Uno puede adivinar las cosas por la forma en que actúa una mujer, Blacky. He estado observándoles mucho. A usted, a Fidessa, incluso a esa chica que ha traído a Haven esta noche. Apostaría que tiene la misma edad que Pitt. Pero Pitt no aguanta muy bien una comparación con ella. Y no me refiero a su aspecto, sino a la posibilidad de sobrevivir que poseen ambas, colocadas abajo en el mundo. Yo tengo treinta y tres años, Blacky. ¿Y usted?

—¿Yo? Treinta y uno.

—Tampoco nosotros hacemos buena pareja.

—¿Qué le parece si subimos?

—Me está haciendo daño en el hombro.

Le quité la mano y vi el sudor de la palma impreso en la tela de algodón.

—Quiero bajar hasta ver cuánto aguanta usted.

—Si no sube, nunca tendrá ocasión de comprobarlo.

—¡Cállese! —dijo Roger, y sus codos se separaron de los costados.

El pterociclo empezó a vibrar.

Los árboles se abalanzaban sobre nosotros. Podía ver la bifurcación de las ramitas. Entonces la fuerza del giro casi me arrojó fuera del asiento. ¿He dicho antes que podía ver las alas curvarse? Pues ahora también podía oírlas. Chirriaban y crujían en medio del rugido de las turbinas.

Por fin, comenzamos a ascender suavemente; una vez más miré hacia arriba y respiré hondamente. La noche tenía ecos resonantes; era fría y maravillosa.

Como una miniatura por encima de nuestras cabezas, otro ángel descendió y lo vimos pasar ante el disco de la luna. Se acercó a nosotros mientras remontábamos con el viento.

Roger lo notó antes que yo.

—¡Eh, ese chico está en un aprieto! —gritó.

En lugar de mantener los brazos pegados al cuerpo, el muchacho los movía frenéticamente, como tratando de enroscar algo suelto.

—¡Tiene el acelerador congelado! —exclamó Roger.

Otros ángeles se habían dado cuenta de la avería y volaban en círculo siguiendo hacia abajo al muchacho, que pasó velozmente a nuestro lado.

Su rostro era todo dientes y ojos, mientras luchaba con el manillar. El dragón se retorció sobre su pecho desnudo. Era el pelirrojo.

El grupo le siguió en su descenso.

El muchacho estaba por debajo de nosotros. Roger aceleró en picado para pasarle, y lo consiguió. En seguida, el chico volvió a pasarnos.

Controlaba parcialmente una de las alas. Pero eso no le servía de mucho, porque cada vez que accionaba aquel alerón lo único que lograba era cambiar de dirección, pero seguía en picado.

De nuevo las ramas...

De pronto algo pareció deshacerse en el ciclo averiado. Su caída se atenuó a la vez que salían unas llamas de las turbinas.

Durante tres segundos creí que lo iba a conseguir.

El fuego chamuscó la copa de los árboles a lo largo de unos diez metros. Vimos una llamarada más intensa, y, después, nada.

Un minuto más tarde encontramos un claro, donde los ángeles se posaban como hojas inquietas. Echamos a correr a través de los árboles.

No estaba muerto. Estaba quejándose.

Había sido lanzado a siete metros de su pterociclo, sobre una capa de hojas y ramitas. Tenía las dos piernas y un brazo rotos. Sus ropas estaban destrozadas, lo mismo que buena parte de su piel.

Roger se olvidó de mí. Demostrando su competencia, improvisó una camilla entre dos pterociclos y llevó velozmente al pelirrojo hasta Hainesville. El muchacho lloraba cuando el médico le hizo dormir.

Despegamos de nuevo desde las calles del suburbio, todas cubiertas de hojas, y ascendimos hacia las terrazas de High Haven.

El desfiladero era una serpiente de plata.

La luna refulgía en las ventanas de la casa iluminada; alguien había regresado ya, llevando la noticia.

—¿Quiere una cerveza? —me preguntó Roger.

—No, gracias. ¿Ha visto a la chica que traje conmigo? Creo que es hora que regresemos.

Pero Roger ya se había alejado. La fiesta aún continuaba.

Me encaminé hacia la casa, subí las escaleras, y como no encontraba a Sue, volví a bajar. Me hallaba en la mitad de la escalera de la fragua cuando oí un chillido.

Vi salir a Sue por la puerta; al subir precipitadamente las escaleras chocó conmigo. Yo la sostuve en el momento en que el tuerto Danny trasponía el umbral. Detrás, corriendo igualmente, apareció Pitt. Llevaba una cuchilla en la mano y parecía decidida a arrojarla.

Se detuvo de repente.

—¿Por qué no me dice alguien qué demonios está pasando aquí? —pregunté—. Vamos, baja de una vez el arma, Pitt.

¿Recuerdan la cuchilla que yo llevaba al cinto? Pues ahora la tenía en la mano. Pitt y yo bajamos el brazo al mismo tiempo.

—¡Oh, Blacky, vayámonos de aquí! —susurró Sue.

—Está bien —le contesté.

Volvimos a subir las escaleras, y salimos al porche. Sue aún se recostaba sobre mi hombro. Cuando hubo normalizado su respiración, me dijo:

—¡Están locos!

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé; es decir...

Vaciló un momento, y luego prosiguió diciendo:

—Dan estaba hablando conmigo, mientras me enseñaba la forja y las hermosas joyas que hace. Quiso flirtear un poco... No sé cómo..., con ese ojo. Yo trataba de disuadirle por todos los medios cuando llegó Pitt...

Sue miró hacia el borde de la terraza.

—Ese muchacho que cayó... —dijo—. ¿Le han llevado al médico?

Asentí con la cabeza.

—Era el pelirrojo, ¿no es cierto? —añadió, con gesto apenado—. Me dio un limón.

Fidessa apareció por detrás y me preguntó:

—¿Quieren marcharse?

—Sí —contesté.

—Tomen aquel ciclo. El dueño está dentro, borracho perdido. Mañana iré a recogerlo.

—Gracias.

Un vidrio saltó en pedazos. Alguien había arrojado un objeto a través de una de las ventanas de la casa.

La fiesta tomaba un cariz violento.

Aun hallándose en medio del agitado grupo, Roger nos observaba.

Fidessa le miró un momento, y, empujándome por un hombro, dijo:

—Váyanse.

Regresamos por encima de las aguas blancas de espuma, desfiladero abajo.

Scott abrió un ojo y arrugó la pecosa nariz. Se hallaba tendido en su hamaca.

—¿Dónde... —se interrumpió para bostezar—, han estado?

—En una fiesta. No te preocupes. La he traído sana y salva —repuse.

—¿Se han divertido? —inquirió al tiempo que se frotaba la nariz con un puño.

—Sociológicamente ha sido algo maravilloso, de eso estoy seguro.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me despertaron? —dijo, apoyándose sobre un codo y mirando a Sue, que estaba echada tranquilamente en su hamaca.

—Te estuvimos sacudiendo durante quince minutos, pero lo único que hiciste fue tratar de golpearme.

—¿Es posible? No, no lo creo.

—No te preocupes más por eso. Duérmete otra vez. Buenas noches, Sue.

Ya en mi habitación, me adormecí evocando el rugido de los pterociclos.

Luego, tal vez media hora más tarde, me despertó el ruido de uno de esos artefactos, que se acercaba al Monstruo.

Oí el rascar de los patines sobre el techo.

Me puse el traje plateado y salí a la terraza del Monstruo. Cerca de la baranda escuché algunos golpes hacia la derecha, y vi a Danny deslizarse desde arriba. Su ojo bueno parpadeó rápidamente.

—¿Qué están haciendo aquí? —le pregunté con voz demasiado baja para que pudiera oírme.

En ese momento miré hacia la pared curvada del Monstruo y vi bajar a Fidessa. Danny la ayudó.

—¿Quieren decirme qué les trae aquí a estas horas de la madrugada?

Después de unos segundos de silencio, tuve la impresión que ella me estaba gastando una broma. Me dije que era víctima de una extraña maniobra.

Pero Fidessa estaba aterrada.

—Blacky...

—¡Eh! ¿Qué le ocurre?

—Yo... —movió la cabeza, vacilante—. Roger...

—Vamos, pase y siéntese.

Ella tomó por un brazo a Dan, miró al cielo y dijo al fin:

—Entra. Entra, Danny, por favor.

Torpe, con aire de no comprender, el joven entró en el Monstruo. Luego tomó asiento sobre una litera.

Fidessa se quedó de pie, dio unos pasos y se detuvo.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha sucedido en High Haven?

—Nos vamos de allí —respondió ella, y pareció esperar mi reacción.

—Cuénteme lo que ha pasado.

La mujer se puso las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas en seguida.

—Roger trató de matar a Danny.

—¿Cómo?

Los dos miramos al silencioso herrero, que parpadeó y esbozó una sonrisa.

—Roger se volvió loco cuando ustedes se marcharon.

—¿Estaba borracho?

—¡Loco! Se llevó a todos a la fragua y empezó a destrozar lo que había.

Después habló de matar a Danny. Dijo que Sam había tenido razón; por último aseguró que me mataría.

—Parece una broma de mal gusto.

—No era una broma.

Fidessa parecía luchar por encontrar las palabras.

—Y por eso les dio miedo y se marcharon, ¿verdad? —dije yo.

—En aquel momento yo no tenía miedo —dijo con voz cada vez más baja, mientras miraba hacia arriba—. Ahora sí lo tengo.

Tras balancear suavemente las piernas, Danny enfrentó sus plantas desnudas y entrecruzó los dedos gordos.

—¿Por qué trajo a Danny con usted?

—Él había escapado. Después de lo que ocurrió en la forja, huyó al bosque. Yo le dije que viniera conmigo.

—Ha sido usted muy prudente al venir aquí.

Ella pareció irritarse; luego el enfado dio paso nuevamente al temor.

—No conocíamos otro lugar a donde ir —repuso, estrujándose las manos—. Y además vine porque quería ponerte sobre aviso.

—¿Acerca de qué?

—Respecto a Roger... Creo que él y los demás ángeles vendrán a armar una gresca aquí.

—¿Qué?

Ella asintió.

—Bueno, de pronto esto se ha puesto serio. Vamos a decírselo a la jefa.

Abrí la puerta del pasillo y añadí:

—Ustedes también.

Danny pareció sobresaltarse, y separó las manos y los pies.

—¡Sí, tú también! —exclamé.

Mabel estaba ejercitando su maligno talento.

Tenía el cenicero lleno de colillas y había desparramado papeles por todas partes. Con un lápiz detrás de la oreja, Mabel mordía otro lápiz. Era la una de la mañana.

Entramos en el despacho, yo primero, luego Fidessa y por último Danny.

—¡Ah, Blacky, hola! ¡Dios santo...!

La última exclamación se debía al ojo de Danny.

—Hola, Mabel. ¿Qué tal van esos estudios a altas horas de la madrugada?

—Son horas muy apropiadas para trabajar con tranquilidad —contestó mientras fruncía la frente y observaba detenidamente a Dan.

Reponiéndose a la sorpresa sonrió y dijo:

—¿Qué le pasó a ese chico en la cara?

—Te presento a Fidessa y a Danny, de High Haven. Acaban de escapar de allí y vienen a advertirnos que los ángeles piensan atacarnos.

—Esto parece grave —dijo con aire cansado—. El Monstruo de Gila es un taller de mantenimiento, no una fortaleza. ¿Qué resultado han dado tus esfuerzos en pro de la buena voluntad, Blacky?

Yo iba a contestar con una evasiva, cuando Fidessa dijo:

—Si Blacky no hubiese subido a hablar con Roger, como lo hizo, habrían bajado aquí ayer por la mañana.

Yo le envié un beso mentalmente.

—¿Y qué le ocurrió a él? —preguntó Mabel, señalando a Danny con la cabeza—. ¿Qué le ha pasado en el...?

—¿Dónde demonios llevaste a esa pobre chica? —irrumpió Scott, mientras entraba en la habitación.

—¿Qué chica? —pregunté.

—Sue. Me dijiste que habías ido a una fiesta. ¡Yo no diría eso!

—¿De qué estás hablando?

—Tiene en la pierna dos moretones tan grandes como mi puño, y otro en la espalda aún mayor. Dijo que un condenado tuerto trató de violarla...

Dejó de hablar para observar con el ceño fruncido a Dan, que le sonrió con aire burlón.

—Ella me dijo —contesté a Scott— que el muchacho sólo quería flirtear un rato.

—¿Con patadas y puñetazos? Pues Sue me dijo que no quería decirte a ti —añadió, señalándome con el pecosito dedo— lo que realmente sucedió, para que no fueras demasiado duro con ellos.

—Mira, no quiero discutir acerca de lo que...

En ese instante Mabel se puso en pie.

Reinó el silencio.

Algo golpeó contra la claraboya. Unas grietas aparecieron en el vidrio, si bien éste no se rompió. Saltamos de nuestros asientos, y Scott lanzó una maldición. Encima del cristal se veía una cuchilla de cuatro puntas.

Yo me incliné sobre el escritorio de Mabel y pulsé un botón.

—¿Qué hace? —preguntó Fidessa.

—Reflectores —contesté—. Ellos pueden vernos, con luces o sin ellas, pero de este modo les veremos nosotros también si se acercan a menos de cincuenta metros.

Empleábamos aquellos reflectores —de luz especial— para nuestros trabajos nocturnos.

—Voy hacer que la cabina suba hasta donde podamos echar un vistazo a lo que está ocurriendo —le dije a Mabel.

Ésta se apartó a fin de dejarme libres los mandos.

Cuando la cabina empezó a ascender, la sonrisa de Danny se esfumó. Fidessa le dio unos golpecitos tranquilizadores en el brazo.

Detuve el ascenso de la plataforma.

—Espero que sepas lo que estás... —comenzó a decir Scott.

Mabel le ordenó que se callara con un leve movimiento de la cabeza.

Más allá de la ventana, los pterociclos llameaban como cerillas en medio de la noche.

El agua susurraba en la cascada, y las hojas más próximas se estremecían como escamas fosforescentes. El gran cable reflejaba la luz igual que una enorme costilla.

Unas formas aladas descendieron barriendo la tierra. Vi aterrizar a tres.

—Ése es Roger —dijo Fidessa, que estaba a mi izquierda. Mabel se hallaba a mi derecha.

El pterociclo de Roger sobrevoló el cable, y tomó tierra en un lugar oscuro, directamente sobre la línea conductora de energía. Oí el roce de unos patines deslizándose sobre la cubierta del cable. Otra media docena de ángeles había aterrizado a ambos lados de la zanja.

Roger, situado en el extremo más alejado del cable, cerca de unas rocas, desmontó del pterociclo y lo dejó caer de lado. Luego avanzó lentamente.

—¿Qué quieren éstos? —preguntó Scott.

—Voy a salir fuera —declaré.

—Tienes allí el intercomunicador —dijo Mabel, refiriéndose al equipo de comunicación con el exterior, que estaba conectado con el pozo.

En ese momento me acordé de lo que había sucedido unas horas antes y dije:

—¡Eh! ¿No recuerdan la gracia que hizo Scott esta tarde? ¿Podrías repetirla desde aquí, Scott?

—¿Una descarga de alto voltaje en la cubierta del cable? Claro que puedo.

—¡Aún parecerá mucho más impresionante por la noche! —añadí—. Voy a salir para hablar con Roger. Si algo no marcha bien, daré un grito por el micrófono. Tú entonces inicias el chisporroteo. Nadie resultará afectado, pero les asustará tanto que me dará tiempo a escapar.

Conecté el intercomunicador y me encaminé a la puerta de la trampilla. Detrás, en el altavoz de la sala, escuché un rumor de conversaciones de los ángeles.

Mabel me detuvo colocándome una mano sobre un hombro, y me dijo:

—Blacky, sabes que puedo provocar una descarga inofensiva desde aquí, y que también puedo achicharrar a una persona que esté en el cable...

La miré y respiré profundamente. Luego salí de la cabina y me dejé caer sobre el techo del Monstruo de Gila. Corrí por encima del casco plateado, alcancé la parte delantera, entre dos de los reflectores, y miré hacia abajo.

—¡Roger! —llamé.

Éste se detuvo y miró bizqueando hacia la intensa luz.

—¿Blacky? —preguntó.

—¿Qué hace usted aquí? —dije a mi vez.

Antes que él me contestara, di un puntapié a la traba de la grúa y trepé al gancho de medio metro de alto. Iba a dar un grito a Mabel para que me bajara, pero ella ya estaba mirando. La grúa emitió un zumbido, el brazo se volvió hacia fuera, y yo comencé a descender.

Cuando llegué cerca del cable me dejé caer. Un reflector iluminaba mis espaldas. Recuperé el equilibrio encima de la cubierta del cable y dije:

—Roger...

—¿Sí?

—¿Qué hace usted en este lugar?

Los demás ángeles se hallaban de pie sobre la tierra amontonada junto a la zanja. Avancé hacia ellos por encima del cable.

—Y bien, ¿qué ha venido a hacer? Vamos, es la tercera vez que se lo pregunto.

Cuando la cuerda floja sobre la que uno anda tiene un diámetro de cinco metros, la exhibición no presenta dificultades. A pesar de ello...

Roger dio un paso adelante, y yo me detuve.

—No va usted a llevar arriba esos cables, Blacky —me dijo al fin.

Tenía un aspecto terrible. Era evidente que había intervenido en una pelea. No podría decir si había ganado o perdido, dadas sus magulladuras.

—Roger, vuélvase a High Haven.

Sus hombros bajaron, vi que tragaba saliva. Algunas cuchillas tintinearón en su cinturón.

—Usted cree que ha ganado la partida, Blacky.

—Yo creo...

—Pero no es así. No le dejaremos que se salga con la suya. No dejaremos que lo haga.

Entonces miró a los ángeles, que nos rodeaban. Aulló:

—¿Verdad que lo haremos, muchachos?

Yo me detuve en seco ante su rugido. Los otros no contestaron. Se volvió de nuevo hacia mí y masculló:

—No le dejaremos.

Mi sombra cubrió sus pies. La sombra de él se extendía hacia atrás, sobre la cubierta del cable.

—Ha venido aquí a crear conflictos, Roger. ¿Qué va a sacar de todo esto?

—La posibilidad de verle retorcerse bajo mi mano.

—Ya lo ha conseguido una vez, en esta noche.

—Eso fue antes... —dijo, mirándose el cinturón, y mientras mi estómago se contraía—, antes que Fidessa se marchara. Ahora que ha huido, es distinto.

Tan visible como la cicatriz de su mejilla, la angustia se reflejaba en sus facciones.

—Lo sé —repuse, y eché una mirada sobre mi hombro hacia la cabina, que oscilaba lentamente por encima del Monstruo.

En la ventana se perfilaban cuatro siluetas de...

—¿Está ella allí arriba? —preguntó, y la ira reemplazó a la confusión—. ¡Ha venido con usted!

—Ha venido con nosotros. ¿Cómo voy a conseguir que meta eso en su dura cabeza? Él bizqueó de nuevo al mirar más allá de las luces y preguntó:

—¿Quién está con ella? ¿Danny?

—En efecto.

—¿Por qué?

—Fidessa dijo que él deseaba escapar.

—Sí, no tengo que preguntarle. Sé por qué fue.

—Nos están escuchando. Puede preguntarles a ellos, si quiere.

Roger frunció el entrecejo, luego echó atrás la cabeza y dijo en voz alta:

—¡Danny! ¿Por qué has huido de mí?

No hubo respuesta.

—¿Vas a marcharte de Haven dejando a Pitt, y todo lo demás?

Tampoco contestaron.

—¡Fidessa!

—¿Sí..., Roger?

Su voz, tan firme personalmente, sonaba quebrada a través del altavoz.

—¿Es verdad que Danny quiere quedarse aquí con los apoderadores?

—Sí..., es cierto, Roger.

—¡Danny!

Una vez más, no hubo respuesta.

—¡Sé que puedes oírme! ¡Haz que me escuche, Fidessa! ¿No recuerdas, Danny...?

Silencio.

—Danny: si quieres puedes salir de ahí, y volver a casa conmigo.

La inquietud de Roger aumentaba junto con el silencio. Me dije que del mismo modo que Danny no había sido capaz de comprender la brutalidad de Sam, ahora tampoco entendería la actitud generosa de Roger.

—Fidessa...

—¿Roger?

—Vuelve a High Haven conmigo.

En su voz no se apreciaba el menor matiz de interrogación o de exigencia.

—No, Roger.

Cuando éste se volvió, me dio la impresión que todos los huesos de su cabeza estuvieran rotos, metido en el saco que era su rostro.

—Y usted... ¿Subirá los cables mañana? —preguntó.

—Así es.

La mano de Roger partió de su costado. Dio un paso adelante y me golpeó.

—¡Ahora, Mabel!

Cuando volvió a golpearme lo hizo entre el fuego. El cable se puso blanco de estrellas. Todo nuestro cuerpo chisporroteaba. Yo vacilé, estuve a punto de perder el equilibrio, y lo recuperé.

Por entre el fulgor vi que las chispas hacían retroceder a los ángeles. La descarga había atemorizado a todos, menos a Roger.

Nos asimos de la ropa. Los tornasolados estallidos eléctricos erizaban el pelo de Roger y resplandecían en sus ojos hirientes. Luchábamos en medio del fuego. Él trató de arrojarme fuera del cable.

—¡Voy a... partirte... en dos! —exclamó.

Seguimos luchando. Me agaché y giré de nuevo para enfrentarme con él. Aun cuando los demás ángeles se habían alejado, Roger advirtió que los chispazos eran fuegos artificiales.

Se llevó una mano al cinturón.

—¡Voy a matarte!

La cuchilla era una cruz reluciente en su puño levantado.

—Aun cuando haga eso, Roger, no podrá impedir que...

—¡Te mataré!

La cuchilla silbó en el aire.

Yo me agaché, y erró el blanco.

—¡Basta, Roger, baje esa hoja!

Volví a esquivar, pero esta vez la cuchilla me dio en el brazo. La sangre corrió por el interior de la manga.

—¡Roger, van a achicharrarle!

—¡Es mejor que corras! —me gritó.

La tercera hoja salió silbando con la última palabra. Entonces, le vi agazapado por el impulso de la tercera cuchilla que había enterrado en la tierra donde estuviera mi vientre un segundo antes.

Yo había conseguido extraer la cuchilla de mi cinturón y mientras se la arrojaba (supe que iba mal dirigida; pero eso haría detener por un momento a Roger), grité con voz dominada por la ira y la desesperación:

—¡Mabel, quémale!

La hoja que estaba a punto de lanzarme vibraba en su mano.

Mi vida estaba sujeta de un hilo.

Entonces, mientras las chispas estremecían la cubierta, vi que Mabel movía el reóstato dentro de la cabina.

Roger se puso rígido.

Agitó los brazos mientras gritaba enloquecido.

Luego, el grito se extinguió.

La primera llama osciló en sus pantalones.

La cadena de su tobillo se puso incandescente y echó un humo espeso al quemar la piel.

La cuchilla se encendió en su mano.

Oí que los pterociclos gruñían sobre nuestras cabezas; los ángeles se batían en retirada. Yo me tendí boca abajo tosiendo.

Luego traté de incorporarme (¡aquel olor de carne quemada!), pero sólo pude hacerlo a medias, pues las fuerzas me habían abandonado a causa del brazo herido. Caí junto a la zanja, y comencé a deslizarme hacia el cable. Tenía la boca llena de tierra; intenté ascender por el declive, pero seguía resbalando. Entonces mi pie tocó la línea eléctrica.

Me hice un ovillo contra la cubierta del cable.

Temblaba violentamente, y lo único que se me ocurrió pensar fue: «A Mabel no le gusta desperdiciar corriente». Estaba llorando.

Gualda, Azul y Oro..., Todo el Firmamento

—¿Seguro que te encuentras bien?

Yo me toqué el vendaje debajo de la rasgada prenda plateada y dije:

—Mabel, tu preocupación me halaga. Pero no exageres.

Ella miró más allá de la fría cascada.

—¿Quieres subir a High Haven antes que empecemos a trabajar? —me preguntó; le advertí que tenía los ojos enrojecidos por el cansancio.

—Sí —repuse.

—Está bien. Ahí hay un pterociclo. Ven conmigo.

En ese momento el camaleón se lanzaba por el camino. En su interior iba conduciendo Scott, ahora debidamente uniformado.

—Eh, los he llevado a la ciudad —dijo, mientras se asomaba por la ventanilla—. El médico ha examinado el ojo de Danny.

—Está bien, entonces vete a dormir.

—¡Por tan sólo veinte minutos!

—Para más de media hora probablemente.

—Eso es mejor que nada —contestó Scott, y se rascó la cabeza—. He tenido una conversación con Danny. No, no te preocupes. Aún está con vida.

—¿Qué le has dicho?

—Sólo importa que le dije todo lo que tenía dentro, y él me escuchó.

Se retiró de la ventanilla, nos sonrió e hizo girar el camaleón para regresar al interior del Monstruo. Cada uno vive a su modo.

Mabel y yo ascendimos al techo; Fidessa y Danny habían dejado allí el pterociclo. Yo traté que se lo llevaran, pero se negaron. Mabel vaciló antes de subir a la vieja máquina.

—Es imposible llegar hasta allí con el camaleón —dije con voz lacrimosa.

Las turbinas zumbaron, y nos elevamos por encima de las frondas.

Rodeamos dos veces la montaña. Cuando High Haven estuvo ante nosotros, comenté:

—El poder, Mabel... ¿Cómo puede delegarse para que actúe en favor de uno? ¿Cómo puede establecerse de modo que no se nos vuelva en contra y origine el caos?

—Limitate a mirar bien el lugar por donde volamos —replicó.

En High Haven no había ningún ángel. El soporte de los pterociclos estaba volcado, y no se veía ningún artefacto por la terraza. En la fragua se vislumbraba el resplandor de los fuegos encendidos. Ascendimos por la escalera de metal, entre tarros de cerveza y botellas rotas. Arriba, junto al pozo del asado, di una patada a un limón que había entre las cenizas.

—Llegamos del infierno tan sólo para comprobar que los ángeles han huido.

—Eso parece.

Una vez en el porche superior, Mabel dijo:

—Retornemos al Monstruo de Gila.

—¿No has pensado dónde pondrás las tomas de corriente?

—Aquí todo el mundo parece haber pensado que el lugar resultaba incómodo, y se han marchado. De modo que si no hay nadie que viva en este sitio, tampoco hay razón para traer la corriente eléctrica..., según la ley. En fin, tal vez Roger haya ganado, después de todo.

—Un momento...

—He estado pensando muy a fondo esta mañana, Blacky.

—Lo mismo hice yo.

—En tal caso, comunica a esta dama el objeto de tus reflexiones.

—Acabamos de matar a una persona. Y de acuerdo con las actuales estadísticas...

Mabel se alisó el cabello plateado y dijo:

—Defensa propia y todo eso, ¿verdad? Yo aún me pregunto si esta mañana me estimo tanto como ayer.

—¿No vas a tender las líneas?

—No.

—Escucha; sólo porque...

—No se debe a eso. Se debe, sencillamente, a lo que los ángeles me han enseñado acerca de mí misma. No hay nadie aquí. Voy a volver a mis libros.

—Está bien, regresemos.

Yo no me sentía demasiado conforme; pero comprendí. Es necesario respetar a quien procede según sus sentimientos. Y en tal situación, por menos de acuerdo que estemos, más comprensivos debemos ser.

Volamos montaña abajo de regreso.

Al término de aquella semana me trasladaron a Iguana.

Seis semanas más tarde supimos que Mabel se había retirado, de modo que la comisión mundial de energía perdió otra buena colaboradora. Iguana actúa principalmente por el estrecho de Drake, olfateando en el continente Antártico y en el Cabo de Hornos. Con frecuencia me quedo sentado hasta altas horas de la noche en mi despacho, recordando el pasado, mientras el gélido viento del sur barre la claraboya...

Me olvidaba de algo: la visión del cuerpo de Roger. Estaba caído.

Después de transcurridos los sucesos relatados, fui junto al cable. Deseábamos que el Monstruo de Gila le sepultase allí mismo.

Pensé que el anillo se habría fundido. Pero aquella mano era lo único que había escapado al fuego.

Quitó el anillo del dedo y trepé fuera de la zanja. Cuando me encontraba entre los matorrales, percibí una silueta.

—¿Pitt? —dije.

Ella corrió hacia mí; luego cambió de parecer y comenzó a retroceder.

—¿Quieres entregar esto a Danny? —le pregunté, y le tendí el anillo.

La muchacha se aproximó de nuevo; vio lo que tenía en la mano. Jadeó, dio media vuelta y huyó corriendo hacia el bosque.

Yo guardé la joya en un bolsillo.

En ese momento vi a Sue, que con ojos soñolientos, pero sonriente, se apoyaba en la barandilla del mirador. Bostezó y me dijo:

—Hola, Blacky.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, no del todo bien... —repuso flexionando un brazo y agregó—: Me duele la espalda. Pero no es algo que me impida hacer mi trabajo.

—Me alegro.

—Blacky, ¿qué fue el alboroto de esta noche? Me desperté un par de veces y vi mucha luz. ¿Acaso Mabel envió a todo el mundo a trabajar?

—No fue eso, pequeña. Procura estar alejada de la zanja hasta que la cubramos de nuevo. Han surgido algunas complicaciones esta noche.

—¿Cómo? ¿No nos salió todo perfectamente...?

—Te he dado una orden.

—Oh, sí, señor.

Obedeció llena de asombro, pero no hizo preguntas. Yo entré para ayudar a Mabel en los preparativos para la marcha.

Conservé el anillo, y después de mi traslado lo seguí guardando. Aún lo llevo conmigo.

A menudo, casi tan a menudo como recuerdo aquel invierno en el Tíbet, vuelve a mi mente aquel octubre en las montañas de la frontera canadiense; un lugar donde el sol entona su canto inmutable y los ángeles han dejado de volar; un lugar donde, aún hoy, los árboles pierden sus hojas, el viento se arremolina, y el riachuelo baja lleno de espuma por el desfiladero.

EL ENTROMETIDO

LARRY NIVEN

Los escasos relatos de SF que son a la vez historias de detectives, suelen estar protagonizados por sedentarios investigadores cuyo lado fuerte es la deducción. Tal es el caso, por no citar más que un ejemplo, de Wendell Urth, personaje creado por Isaac Asimov, que es una especie de Nero Wolfe de la SF.

El protagonista de este relato de Niven, por el contrario, está más cerca de los dinámicos detectives y agentes secretos popularizados por el cine y la televisión. El Entrometido es una historia de intriga, acción..., y algo más.

* * *

Había alguien en mi habitación.

Debía ser alguno de los muchachos de Sinc. Un necio probablemente, pues yo siempre dejaba apagadas las luces. El resplandor amarillo que se filtraba por debajo de la puerta lo delataba.

Pero no había entrado por la puerta, pues las hebras de hilo que suelo dejar estaban en su sitio. Por lo tanto, debió haber subido por la escalera de incendios y entrado por la ventana del dormitorio.

Extraje mi pistola, retrocedí un poco en el pasillo para tomar impulso, y luego (lo había practicado lo bastante como para poner frenéticos a los dueños) abrí de una patada la puerta y penetré violentamente en la habitación.

El otro tenía que haber estado detrás de la puerta, o agazapado debajo de una mesa, o escondido en el armario de pared, mirando por el ojo de la cerradura. Pero no; en vez de eso se hallaba en medio del cuarto de estar, mirando hacia el lado opuesto. Estaba empezando a volverse cuando ya le había metido cuatro plomos de la «Gyrojet» en el cuerpo. Vi que los impactos sacudían su camisa. Uno de ellos precisamente a la altura del corazón.

Aquéel estaba liquidado.

De modo que ni siquiera perdí tiempo en mirar cómo caía. Crucé la sala a la carrera y aterricé detrás del sofá. No podía estar solo; tenía que haber otros con él. Si uno de ellos se hubiese encontrado detrás del diván, me habría atrapado. Pero no ocurrió eso. Eché una ojeada a la pared detrás de mí y no vi nada sospechoso. De modo que me quedé inmóvil, aguardando, escuchando.

¿Dónde estarían? El que había baleado no podía ser el único.

Me sentí irritado contra Sinc. Ya que enviaba a sus matones por mí, podía mandar algunos que supieran lo que se traían entre manos. El tipo contra el que había disparado ni siquiera había tenido tiempo de enterarse que estaba metido en una gresca.

—¿Por qué ha hecho eso?

Era imposible, pero la voz procedía del lugar en donde había caído mi visitante. Me arriesgué a echar un rápido vistazo y bajé la cabeza con celeridad.

La imagen que quedó en mi retina me indicaba que el otro no se había movido. No vi sangre en él, y tampoco alcancé a ver una pistola, aunque no se le veía la mano derecha.

¿Un chaleco a prueba de balas? Los chicos de Sinc no se andaban con esas finuras. Pero no podía ser otra cosa. Me puse en pie repentinamente y le disparé apuntando entre los ojos.

La bala hizo blanco en su ojo derecho. Volví a agacharme y procuré tranquilizarme.

Silencio. A pesar de todo tenía la impresión de no estar solo.

—He preguntado por qué ha hecho usted eso.

Un leve tono de curiosidad daba color a su voz un tanto aguda. No se movió cuando me puse en pie, y pude ver que no tenía herida alguna.

—¿Que por qué he hecho qué? —pregunté astutamente.

—¿Por qué se ha puesto a hacerme agujeros en el cuerpo? Mi agradecimiento por su regalo en metal, desde luego, pero...

Se interrumpió de improviso, como si hubiera hablado de más, y se hubiese dado cuenta en seguida. Pero yo tenía otras preocupaciones.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

—Sólo estamos nosotros dos. Le pido que me perdone por esta intrusión. Espero poder indemnizarle...

Se detuvo otra vez, como antes; y luego prosiguió diciendo:

—¿A quién esperaba usted?

—A los muchachos de Sinc. Supongo que usted no es uno de ellos. Esos chicos quieren hacerme agujeros *a mí*.

—¿Por qué?

La pregunta me pareció completamente estúpida.

—¿Para qué va a ser? ¡Para matarme! ¡Para eliminarme!

Puso cara de sorpresa; y luego de hombre enfurecido. Estaba tan irritado que no le salían más que ruidos de la garganta. Al fin exclamó:

—¡Debí ser informado! ¡Alguien ha sido imperdonablemente imbécil!

—Sí, yo. Creí que usted era de los de Sinc. No debí dispararle. Lo siento.

—No es nada —me contestó sonriendo, instantáneamente calmado.

—Pero le he arruinado el traje... —dije apenado.

En efecto, tenía algunos orificios en la chaqueta y la camisa. Sin embargo, no había señales de sangre.

—Dígame, ¿qué es usted? —le pregunté.

Medía poco más de metro y medio. Era un hombrecillo rollizo, vestido con un anticuado traje de color castaño, chaqueta de un solo botón, completamente calvo, y ni siquiera tenía pestañas. Ni granos, ni arrugas, ni pliegues en la piel. Era uno de esos tipos de facciones redondas por todas partes, como si alguien se hubiera olvidado de completar los detalles.

Él extendió unas manos prolijamente manicuradas y contestó:

—Soy un hombre, como usted.

—¡Bah, tonterías!

—Bueno —repuso con aire irritado—, usted no tiene más remedio que dudar. Evidentemente, el equipo de investigación preliminar no ha terminado el trabajo como es debido.

—¿Es usted..., un marciano?

—Claro que no soy un marciano. Yo soy...

Sus palabras volvieron a trabarse.

—Bueno, yo, además, soy antropólogo. Créame. Estoy aquí para estudiar su especie.

—¿Viene del espacio exterior?

—Exterior y mucho. La dirección y la distancia son secretas, claro está. Mi propia existencia debería ser un secreto.

Puso gesto enfurruñado. «Cara de goma», pensé, sin saber ni la mitad de lo que pasaba.

—Vaya, no hablaré —le dije, para tranquilizarle—. Pero ocurre que ha venido en mal momento. Ahora Sinc se figurará lo que ha pasado, y entonces esto va a convertirse en un campo de batalla. Lamento decírselo, pero nunca he conocido a un..., bueno, lo que sea.

—Yo también debo terminar esta entrevista, puesto que usted ya sabe quién soy. Pero primero hableme de su rivalidad. ¿Por qué quiere Sinc hacerle esos agujeros?

—Se llama Lester Dunhaven Sinclair III, y dirige todas las pandillas de esta ciudad. Espere, tenemos tiempo para echar un trago... Tengo whisky escocés y norteamericano...

El otro se estremeció y dijo:

—No, se lo agradezco.

—Sólo trataba que usted se hallase más a gusto —repuse, sintiéndome un tanto desairado.

—En tal caso adoptaré una forma más cómoda mientras usted bebe si no le importa.

—Eso, póngase cómodo.

Me acerqué al pequeño bar y me serví whisky norteamericano con agua y sin hielo. La casa de apartamentos se hallaba envuelta en el silencio más absoluto. No me extrañaba. Llevaba viviendo allí más de dos años, y los demás inquilinos conocían la rutina. En cuanto empezaba el tiroteo, ellos se acurrucaban debajo de las camas y se quedaban allí quietitos.

—¿No le impresionará lo que voy a hacer? —dijo mi visitante con voz un tanto preocupada—. Por favor, si le desagrada dígamelo en seguida.

Entonces se derritió. Yo me quedé allí, mirándole con el vaso de papel entre los labios. Lo vi fundirse por entre su traje con chaqueta de un solo botón y adoptar la forma de una pelota de playa de color gris, medio desinflada.

Me eché el whisky al gaznate y volví a servirme más, pero sin agua. Mis manos estaban firmes, a pesar de todo.

—Soy un detective privado —le dije al marciano.

Éste estaba proyectando hacia fuera algo raro con forma de oreja. Yo continué con mi historia.

—Cuando Sinc inició sus actividades hace unos tres años y tomó el mando de las pandillas, yo me mantuve apartado de su camino. Me dije que tarde o temprano intervendría la ley. Entonces él compró a la ley y yo me encogí de hombros. No soy ningún mártir.

—¿Mártir?

Su voz había cambiado. Ahora era profunda, y sonaba como si estuviera burbujeando a través de una cuba llena de alquitrán.

—No tiene importancia. Lo cierto es que procuré mantenerme alejado de Sinc; pero de nada me valió. Hizo matar a un cliente mío que se llamaba Morrison. Yo vigilaba a la mujer de Morrison, a fin de conseguir pruebas para el divorcio. Ella estaba pasando el rato

con un tipo cuyo nombre era Adler. Tenía yo todas las pruebas necesarias cuando Morrison desapareció. Entonces supe que Adler era la mano derecha del tal Sinc.

—¿La derecha? No creía que en esto estuviesen mezcladas la sociología y la política.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Eso es algo que el equipo de Investigación Preliminar hubiera debido informarme. Pero continúe hablando.

—Yo seguí trabajando en el asunto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Morrison era cliente mío, y estaba muerto. Recogí numerosas pruebas contra Adler y se las entregué a la policía. El cadáver de Morrison no apareció, pero lo que yo tenía en mi poder era suficiente. Lo cierto es que a los individuos que liquida Sinc nunca se los encuentra. Se esfuman, eso es todo.

»Como he dicho, entregué los datos a los polizontes. Pero, misteriosamente, las pruebas se extraviaron. Y a mí terminaron dándome una paliza.

—¿Una paliza?

—Sí, una serie de golpes que a los seres humanos suelen hacernos daño.

—Claro —dijo entre gorgoritos—. Debe ser a causa de esa agua que tienen ustedes.

—Es posible. Pues bien, en mi oficio hay que curarse pronto. Y como la gota había hecho rebosar el vaso, me puse a buscar pruebas contra el propio Sinc. Hace una semana envié fotocopias a los federales. Y dejé que uno de los chicos de Sinc se hiciera con un par de copias. Pruebas de soborno; nada serio, pero lo suficiente para que escociera. Imaginé que Sinc no tardaría en saber de dónde procedían las copias. La máquina copiadora que alquilé era de uno de los establecimientos de su propiedad.

—Asombroso. Creo que con esto haré agujeritos a la Dama de Investigación Preliminar.

—¿Y eso duele?

—Bueno, ella es una... —emitió un ruido inarticulado—. En fin, es...

Esta vez lanzó un silbido agudo, como el de un pájaro.

—Creo que le entiendo. Bien, lo cierto es que ya ve usted lo ocupado que estaré. Demasiado ocupado para hablar de antropología. En cualquier momento tendré a los muchachos de Sinc pegados a mis talones, y en cuanto mate a uno me seguirán los policías. Tal vez los de la bofia vengan primero. Todo podría ocurrir.

—¿Puedo quedarme a mirar? Le aseguro que no intervendré.

—¿Y para qué quiere ver lo que pasa?

El individuo paró la oreja, en caso que fuera eso y dijo:

—Le pondré un ejemplo. Su especie ha creado un eficaz sistema de ingeniería mediante el empleo de la corriente alterna. Nos ha sorprendido lo lejos que transmiten ustedes la electricidad, y los muchos usos a que la destinan. Incluso vale la pena imitar algunos.

—Eso es interesante, pero no comprendo.

—Pues, sencillamente, tal vez haya otras cosas que podamos aprender de ustedes.

Yo moví negativamente la cabeza y contesté:

—Lo siento, pero la fiesta va a resultar un tanto agitada, y no quisiera que hubiera heridos por curiosar. Pero, ¿de qué demonios estoy hablando? Los agujeros de bala no le hacen nada, ¿verdad?

—Casi nada. Mis antepasados perfeccionaron hace tiempo un completo proceso genético para mejorar su estructura corporal. Mis mayores debilidades son una gran susceptibilidad a determinados venenos y un apetito voraz.

—Está bien; entonces puede quedarse. Tal vez cuando todo haya terminado, usted pueda hablarme acerca de Marte o de donde demonios haya venido.

—De donde vengo es algo secreto. Pero le puedo hablar de Marte, si eso le interesa.

—Perfectamente. ¿Y qué le parece si hacemos una incursión a la nevera mientras esperamos? Si usted tiene tanta hambre continuamente... Espere.

Escuché unos pasos furtivos.

Habían llegado. Y eran un puñado de ellos, aunque pretendían disimularlo. Además, tenían que ser los de Sinc, puesto que todos los vecinos estaban debajo de la cama en esos momentos.

El marciano también los oyó.

—¿Qué puedo hacer? —me dijo—. No puedo tomar la forma humana con suficiente rapidez.

Yo me escondí detrás del sillón y le contesté:

—Entonces intente otra cosa. Una forma que le resulte más fácil de imitar.

Un instante después había delante del sillón dos almohadones de cuero para apoyar los pies, en lugar de uno. Los dos eran iguales; yo esperaba que el detalle pasara inadvertido.

Echaron abajo la puerta; pero nadie apareció en el umbral.

El hueco estaba vacío.

La salida de escape contra incendios se hallaba en mi habitación, pero aquella ventana estaba cerrada, atrancada y llena de aparatos de alarma. No podían entrar por aquel sitio, a menos que...

—¡Oiga! —dije en un susurro—. ¿Por dónde entró usted aquí?

—Por debajo de la puerta.

Bien, entonces los aparatos de alarma aún seguían funcionando.

—¿Le vio alguno de los vecinos?

—No.

—Me alegro.

Ya tenía bastantes quejas de los propietarios para que encima protestasen por *eso*.

Nuevos rumores atenuados llegaron del otro lado de la puerta. Luego una mano y una pistola aparecieron un instante, dispararon al azar y desaparecieron. Vaya, otro agujero en la pared. Pensé que tal vez me hubieran localizado. Corrí inclinado hasta el sofá. Volvía ya con la mirada en la puerta, cuando escuché una voz que decía tras de mí:

—Póngase de pie, lentamente.

No había más remedio que admirar al tipo. Había entrado a través de los mecanismos de alarma de la ventana limpiamente y llegado hasta la sala de estar sin hacer el menor ruido. Era un individuo alto, de tez olivácea, pelo liso y moreno, y ojos negros. Mantenía la pistola apuntada directamente hacia el puente de mi nariz.

Yo dejé caer la «Gyrojet» y me puse en pie. De haberme resistido, sólo hubiese conseguido que me mataran.

El otro parecía estar muy seguro de sí mismo.

—Esa es una «Gyrojet», ¿verdad? —me preguntó—. ¿Por qué no usa un arma corriente?

—Me gusta ésta —respondí, con la esperanza que se acercase lo suficiente a mí, desviase la mirada, o hiciera cualquier otra cosa—. Es liviana como una pistola de juguete y sin retroceso. Las balas tienen casi la misma fuerza que las de una pistola del cuarenta y cinco.

—¡Pero amigo, si esas balas cuestan un dólar y medio cada una!

—Bueno, yo no mato a mucha gente.

—A semejante precio, no es raro. Bien, ahora vuélvase lentamente, con las manos en alto.

No había apartado sus ojos de mí ni un segundo.

Me volví de espaldas. «Ahora viene el cachiporrazo», me dije.

Algo duro dio contra mi cabeza, pero muy suavemente. Yo giré con rapidez y lancé un golpe contra su mano y otro contra su laringe. Pura costumbre. Ataqué en el momento en que presentí que estaba a mi alcance.

Retrocedió con una mano en la garganta. Uno de mis puños se le hundió en el vientre, y el otro le golpeó en la barbilla. El tipo cayó hecho un ovillo. Y, como había previsto, empuñaba una cachiporra.

Pero, ¿por qué no me había golpeado con ella? Por lo que podía recordar, había dejado caer la cachiporra sobre mi cabeza como si temiera que se rompiera.

—Vamos, levante los brazos —escuché nuevamente.

La mano y la pistola habían entrado por la puerta, seguidas por un metro ochenta de apuesta figura. Reconocí a Handel. Era igual que los héroes de cine, rubios y sin mollera. Sólo que éste tenía mollera y no era un héroe.

—Va usted a lamentar haber hecho lo que hizo —añadió el recién llegado.

El cojín que había detrás de él comenzó a cambiar de forma.

—Vaya, eso no es jugar limpio —dije.

Handel hizo un gesto de cómica sorpresa, y luego sonrió afablemente.

—¿El qué? ¿Que haya dos contra uno? —inquirió.

—No. Estaba hablando con el cojín de mi sillón.

—Vamos, vamos, dé la vuelta. Tenemos orden de llevarlo ante el jefe, si podemos. Aún puede salir con vida de este asunto.

Me volví y declaré:

—Me gustaría pedir disculpas.

—Ahórreselas para Sinc.

—No, de verdad. No tenía intención que se mezclase alguien en esto. Sobre todo...

De nuevo sentí un roce contra un lado de la cabeza. El marciano debía estar haciendo algo para aminorar el impacto.

Podía haber atacado a Handel en aquel momento. Pero no me moví. No me parecía correcto romperle el cuello cuando no podía moverse. Me importa poco pelear dos contra uno, especialmente cuando ese uno es otro, y no yo. En ocasiones dejo que algún mirón me ayude, si veo que no va a salir perjudicado. Pero aquello...

—¿El qué no es jugar limpio? —preguntó una voz aguda, con evidente disgusto.

Handel chilló como una mujerzuela. Yo me volví a tiempo de verle correr ciegamente hacia la puerta, chocar contra el marco de la misma, retroceder un poco y salir por fin huyendo por el pasillo.

Entonces vi el cojín.

Ya estaba cambiando de forma otra vez, suavizando sus contornos. Pero me imaginé lo que Handel había visto. No es de extrañar que eso le hubiera trastornado, pues yo mismo sentí que se ablandaban mis huesos y se derretía la médula dentro de ellos. Cerré entonces los ojos y musité:

—¡Maldición, habíamos quedado en que usted se limitaría a observar!

—Pero me dijo que los golpes le hacían daño.

—Eso no importa. A los detectives siempre nos aporrean en la cabeza. Es inevitable.

—¿Cómo voy a aprender algo, si su pequeña guerra termina tan pronto?

—Bueno, ¿y qué va a aprender si está entrometiéndose continuamente?

—Debe usted tener los ojos muy abiertos.

Así lo hice, y vi que el marciano volvía a su forma semihumana. Ahora sólo llevaba un par de calzoncillos de color naranja.

—No comprendo sus objeciones —declaró—. Ese Sinc le hará matar, si puede. ¿Es eso lo que quiere?

—No, pero...

—¿Cree usted que obra correctamente?

—Sí, pero...

—En ese caso, ¿por qué no acepta mi ayuda?

Yo mismo no estaba seguro del motivo. Sentía como si jugase sucio, como si estuviera colocando un maletín con una bomba en casa de Sinc para volarla.

Pensé en todo eso mientras examinaba el vestíbulo. No había nadie allí. Cerré la puerta y la afirmé colocando una silla debajo del picaporte. El hombre de tez morena estaba aún con nosotros. En ese instante trataba de incorporarse.

—Escúcheme —le dije al marciano—; tal vez pueda explicarle por qué no deseo su ayuda, o tal vez no pueda explicárselo; pero si no me da su palabra respecto a que se mantendrá al margen de esto, me marcharé de la ciudad. Lo juro. Abandonaré este maldito asunto, ¿me entiende?

—No.

—Pero, ¿me lo promete?

—Sí.

El sudamericano se frotaba el cuello y miraba sorprendido al marciano. Era perfectamente lógico. Vestido del todo, el extraterrestre podía pasar por un hombre; pero nunca con sólo aquel par de calzoncillos anaranjados. En el pecho no tenía pezones ni pelo alguno. Ni siquiera tenía ombligo. El sudamericano sonrió débilmente y preguntó:

—¿Quién es ése?

—Soy yo quien hace las preguntas. A ver, ¿quién es usted?

—Me llamo Domingo —repuso, con suave acento hispanoamericano exento de preocupación, al menos en apariencia—. Oiga, ¿cómo no se desmayó cuando le golpeé?

—Dije que yo soy aquí el que...

—La cara se le está poniendo roja. ¿Acaso hay algo que le incomoda?

—Escuche, Domingo, ¿dónde está Sinc? ¿Dónde tenían que llevarme ustedes?

—A un sitio.

—¿Qué sitio? ¿Bel Air?

—Ése es uno. Pero recuerde que tenemos uno de los más tercios...

—¡No importa esto!

—Está bien, está bien. Y ahora, ¿qué piensa hacer conmigo?

Yo no podía llamar a la policía, de modo que le contesté:

—Creo que voy a dejarle atado. Cuando esto haya concluido, le acusaré de agresión.

—Cuando esto haya concluido no podrá hacer usted muchas cosas, me parece, pues tendrá un tiro en la cabeza. Pero cómo...

—¡Cállese de una vez!

El marciano salió de la cocina. Llevaba en la mano un bote de carne en conserva, y se estaba engullendo el bote sin abrir, con hojalata y todo. Domingo lo miraba con los ojos muy abiertos.

De pronto la habitación pareció estallar.

Se trataba de una bomba incendiaria. Media sala de estar quedó en llamas en un instante. Yo levanté la pistola.

La segunda bomba estalló en el vestíbulo. Un fogonazo derribó la puerta hacia dentro, lanzando la silla que había puesto como refuerzo al otro lado de la habitación.

—¡No! —gritó Domingo—. ¡Handel tenía que haber esperado! ¿Ahora qué hago?

«Ahora nos achicharraremos», pensé, intentando eludir las llamas. Una tranquila voz de tenor preguntó:

—¿Padece usted un calor excesivo?

—¡Maldición, sí, claro que sí! —exclamé.

Una gran pelota de goma me golpeó en la espalda arrojándome contra la pared. Yo adelanté los brazos para atenuar el golpe, pero antes de llegar al muro, éste desapareció. Era la pared de la calle. Perdido totalmente el equilibrio, salí por el boquete, que medía

más de dos metros de diámetro, y caí en la oscuridad de la noche, seis pisos por encima del asfalto.

Apreté los dientes para no gritar. El suelo se abalanzaba hacia mí; pero, ¿dónde infiernos estaba el suelo? Abrí los ojos. Todo estaba ocurriendo con movimiento retardado. Era un segundo que parecía prolongarse una eternidad. Tuve tiempo de ver a los peatones que se volvían para mirar hacia arriba, y descubrí a Handel cerca de una esquina del edificio, apretándose con un pañuelo la nariz que le sangraba. También tuve tiempo de ver por encima de un hombro a Domingo. Su figura se recortaba contra el fondo en llamas del orificio de dos metros de diámetro que había en la pared de mi apartamento.

Las llamas lamieron las ropas de Domingo. Éste saltó.

¿Movimiento retardado?

Domingo pasó a mi lado como una caja de caudales que cae. Le vi estrellarse. Le oí estrellarse. No es un sonido muy agradable. Como en noviembre de 1968 yo vivía en Wall Street, escuché ese ruido noche tras noche durante las semanas que siguieron a las elecciones. Nunca pude acostumbrarme.

A pesar de lo que mi estómago y mi cabeza indicaban, no parecía estar cayendo. Más bien me sumergía en una masa de agua. Media docena de personas contemplaban mi caída. Todos tenían la boca abierta. Algo me golpeó en un costado. Le di una palmada y me encontré aferrando una bala del «45». Luego aparté otra bala de mi mejilla. Handel estaba disparando contra mí.

Yo contesté, pero sin apuntar bien. Si el marciano no hubiera estado «ayudándome», le habría volado la cabeza a Handel sin pensarlo dos veces. No obstante, Handel dio media vuelta y echó a correr.

Al fin toqué tierra y me alejé caminando. Una docena de ojos curiosos me siguieron. Pero nadie intentó detenerme.

No veía señal alguna del marciano, ni me seguía nadie. Transcurrió un buen rato antes que me tranquilizase un poco. Luego entré en un pequeño bar.

Mis cejas habían desaparecido, lo que supongo me daba un extraño aspecto.

Observé mi imagen reflejada en el espejo del bar, para ver si tenía alguna señal de haber estado en una gresca.

Mi rostro, que nunca fue una hermosura, se ha visto condecorado con unas cuantas cicatrices a lo largo de los años, mientras que mi pelo castaño claro jamás se mantiene en su lugar. Además, tuve que cambiar el sitio de la raya hace un año para ocultar el surco dejado por un proyectil en el cuero cabelludo.

Las cicatrices estaban todas, pero no pude encontrar rastro de nuevos magullones o heridas. Las ropas se hallaban intactas. No tenía el menor rasguño. Todo aquello resultaba irreal y poco satisfactorio.

Pero mi encuentro con Sinc no sería irreal.

Tenía la «Gyrojet» en mi poder y un puñado de peligrosas balas en mi bolsillo. La mansión de Sinc se hallaba mejor protegida que Fort Knox, y él estaría esperándome. Si me conocía un poco, sabría que yo no huiría.

Sabíamos bastantes cosas el uno del otro, aunque nunca nos habíamos visto.

Sinc era abstemio, pero no un fanático. En su mansión-fortaleza había bebidas alcohólicas, pero no le gustaba tenerlas a la vista.

Una mujer solía acompañarlo en su casa. Tenía un gusto excelente y cambiaba de dama con frecuencia. Ellas nunca se marchaban disgustadas, lo cual no parece lógico. Pero es que tampoco las dejaba en la pobreza.

Yo tuve algunos devaneos con un par de ex amigas de Sinc, y las dejé que hablaran de él. He aquí sus opiniones resumidas:

Sinc era un buen tipo, un derrochador ingenioso y entusiasta. Y se caracterizaba especialmente por el hecho que nunca se volvía atrás en nada.

Además, pagaba bien. Era capaz de sacar a un hombre de la cárcel si se le presentaba la ocasión. Nunca había censurado a nadie, y lo que es más extraño, nadie le había criticado a él.

Pero había procedido mal con Domingo. Y eso nos tomó por sorpresa a ambos.

Dicho de otro modo: alguien había notificado a Domingo, y éste esperaba que le salvaran, no que le tirasen bombas. Lo mismo creí yo. Sinc acostumbraba sacar del atolladero a sus muchachos cuando se quemaban.

O bien Domingo había sido condenado en contra de las órdenes dadas por Sinc, o también existía la posibilidad que Sinc se hubiera tomado muy en serio lo de liquidarme.

Yo conozco a toda clase de personas. Es lo que a mí me gusta. Ahora sé lo bastante de Sinc como para desear saber más, mucho más. Tenía muchísimas ganas de conocerle personalmente. Y me habría gustado mucho también deshacerme del marciano, porque...

Pero, ¿qué era lo que me preocupaba acerca del marciano?

No era lo extraño de su persona, pues como he dicho nada me asusta. El modo en que cambiaba de forma podría haber espantado a cualquier otro, pero no a mí.

¿Sus modales? Casi era demasiado cortés. Y muy amigo de ayudar.

Excesivamente amigo de ayudar.

Eso era lo extraño del asunto. Se habían establecido los términos de la batalla... Y entonces algo había venido desde el espacio extraterrestre. Se trataba del *deus ex machina*: el ángel que desciende del cielo para arreglarlo todo.

El verme asediando a Sinc con la ayuda del marciano era algo que no terminaba de gustarme. Me parecía incorrecto, y, más que nada, le quitaba al caso todos sus alicientes, como si nada importase ya.

Me encogí de hombros con aire irritado y pedí otro trago. El dueño del bar estaba por cerrar. Apuré la copa y me marché entre un grupo de cansados borrachos.

En mi coche había herramientas de todo tipo. Pero también podía haber una bomba colocada en el motor. Tomé un taxi y le di una dirección de Bellagio situada a un par de manzanas de la casa de Sinc, si es que puede considerarse que hay «manzanas» en aquella zona. En realidad, no hay más que colinas, y las calles pueden volverle a uno loco. La mansión de Sinc estaba en una gran parcela triangular de lados irregulares. Debieron costarle un ojo de la cara las obras de jardinería. Una tarde yo había pasado por delante de ella, sin advertir que allí había una casa. No se veía más que la puerta del jardín, y aun ésta y la verja se hallaban cubiertas de espesa hiedra. Escondidos en la hiedra había detectores de alarma.

Esperé a que el taxi se hubiera marchado, y cargué mi «Gyrojet». Luego eché a andar. Aún tenía algunas balas en el bolsillo.

En aquella vecindad siempre había algún sitio en donde poder ocultarse cada vez que pasaba un coche: árboles, setos y portales con macizas columnas. Cuando veía unos faros me escondía por si se trataba de los matones de Sinc vigilando por los alrededores. Una corta caminata me llevó hasta un lugar desde donde podía ver la verja cubierta de hiedra. Un poco más y me hubieran localizado. De modo que me introduje en la propiedad de uno de los vecinos de Sinc.

El lugar era una verdadera rareza. Tenía una piscina rectangular con una caseta en un extremo; la mansión era en ángulo recto, y entre ambas había un sinuoso arroyuelo con un puentecillo y árboles que se inclinaban sobre el agua. El sector de bosque semisalvaje cuadraba muy mal con los ángulos rectos de la casa cercana. Como es natural, yo seguí el riachuelo.

Aquella parte era la más fácil. Una acusación por robo con escalo no era lo peor que podía ocurrirme.

Encontré una valla. Más allá había un camino asfaltado, farolas y la barrera de hiedra de los dominios de Sinc.

Las cizallas para cortar el alambre estaban en el coche, y yo habría sido un blanco perfecto si hubiera intentado pasar por encima. Seguía avanzando a lo largo de la valla. Al final de la misma encontré una portezuela llena de herrumbre y persuadí a la cerradura para que se abriese. Unos segundos después me encontraba al otro lado de la calle, acurrucado entre la hiedra, en un lugar donde me había tomado el trabajo de anular varios detectores de alarma.

Diez minutos más tarde pasaba por encima de la valla.

Tuve entonces una clara visión de la casa, enorme y oscura en su mayor parte. En los segundos anteriores al momento en que salvé la valla, alguien también pudo haber tenido una clara visión de mi persona, iluminado como estaba por los focos colocados cerca.

Me dejé caer entre la valla interior y la exterior, y me puse a pensar. Yo no esperaba que hubiese una cerca interior. Se trataba de metro y medio de recio muro de ladrillo, coronado por una alta alambrada que parecía estar electrificada.

¿Y ahora qué haría?

Tal vez pudiera encontrar algo con que pasar por encima de la valla. Pero podían descubrirme en el momento de realizar la maniobra.

O bien podía volver a salir para tratar de anular los detectores de la puerta principal del jardín. El caso es que tenía que entrar. Por su parte, Sinc debía sentir tanta curiosidad acerca de mi persona como yo la sentía por él. Todo lo que sabía respecto a Sinc concernía al tiempo presente. De su pasado lo desconocía casi todo. Tal vez ya estuviera enterado del hecho que había caído flotando grácilmente desde un sexto piso, al estilo de Mary Poppins. Tenía que lograr introducirme en la casa, por lo menos para averiguar qué aspecto tenía el famoso Sinc. O bien...

—Hola. ¿Qué tal marcha su guerra?

Lancé un suspiro. El marciano acababa de aterrizar a mi lado, aún con forma de hombre y vestido con traje oscuro. Advertí mi error cuando estuvo más cerca. En realidad había alterado el color de su piel para darle la apariencia de una vestimenta completa. Pero no llevaba ropas. A cierta distancia podía pasar, e incluso de cerca no tenía nada que fuera necesario ocultar.

—Creía haberme librado de usted —le dije con acento cansado—. ¿Ha crecido?

A simple vista me pareció el doble de grande.

—Sí, tenía hambre.

—Veo que no mentía cuando habló de su apetito.

—En cuanto a la guerra —me recordó—, ¿está proyectando realizar una invasión?

—Lo proyectaba. No sé nada acerca de esta valla.

—¿Puedo yo...?

—¡No! No debe usted hacer nada. ¡Limítese a mirar!

—¿Qué tengo que mirar? Usted no ha hecho nada desde hace varios minutos.

—Ya pensaré algo.

—Sí, claro.

—Pero haga lo que haga, no utilizaré su ayuda, ni ahora ni después. Si quiere observar, está bien, sea mi invitado; pero no intervenga.

—No comprendo por qué no quiere mi ayuda.

—Es como intervenir el teléfono de una persona. Sinc tiene ciertos derechos, aun siendo un bribón. Es inmune a los castigos que se les aplicaba a tipos corrientes. El FBI no puede

intervenir su teléfono. Tampoco se le puede condenar, a menos que se le encuentre infringiendo una ley, lo cual no es corriente.

—Pero si Sinc quebranta claramente una ley...

—También hay reglas para quienes quebrantan una ley —repuse tajante.

El marciano no contestó. Se hallaba a mi lado, ahora con más de dos metros de alto y siempre rechoncho. Era una masa oscura con forma humana, que se percibía a la tenue claridad procedente de la casa.

—Oiga —le pregunté—, ¿cómo realiza todas esas cosas que hace? ¿Son cualidades naturales?

—No, llevo mis herramientas.

Algo salió de su pecho liso como el de un niño recién nacido. Era un objeto duro que relucía como si fuera metal.

—Esto, por ejemplo, atenúa la inercia. Otros artefactos portátiles disminuyen la atracción de la gravedad, o renuevan el aire de mi pulmón.

—¿Y los lleva todos dentro?

—¿Por qué no? Tengo espacio, y puedo fabricar dedos de todos los tamaños dentro de mí.

—Ah.

—Ha dicho usted que hay reglas para castigar a aquellos que vulneran las leyes. Sin embargo, usted ha invadido una propiedad privada. Usted ha huido del escenario de un accidente grave, el lugar donde murió Domingo. Usted ha...

—Está bien.

—Entonces...

—Está bien, lo intentaré de nuevo.

Estaba desperdiciando demasiado tiempo. Pasar por encima de la valla era importante. Y en cierto modo el marciano tenía toda la razón del mundo, pues lo que yo estaba haciendo quebrantaba las normas legales.

—En realidad —le contesté—, lo que aquí cuenta es el poder. Sinc se ha apoderado de esta ciudad, y más tarde querrá dominar muchas otras. Por esa razón alguien debe hacer algo para detenerle. Y usted quiere darme excesivo poder. La persona que tiene demasiado poder pierde la cabeza. No me fio de mí mismo estando usted a mi lado. Yo soy un detective, y si quebranto una ley, sólo puedo esperar que me encarcelen, a menos que justifique mi proceder. Eso me obliga a actuar con muchas precauciones. Si detengo a un corpulento bribón, quizá salga con algunas contusiones. Si disparo contra un inocente, me mandan a la silla eléctrica. Todo esto me obliga a ser muy cauteloso. Pero estando usted junto a mí...

—Pierde usted la prudencia, ¿verdad? —dijo el bulto oscuro que estaba a mi lado; y lo hizo con un tono susurrante, mucho más humano que antes—. Puede usted verse tentado a hacer uso de mayor poder que el aconsejable. No imaginaba que su especie fuera tan sensata.

—¿Creía entonces que éramos unos necios?

—Tal vez. Pensé que estaría muy contento aceptando cualquier ayuda que yo pudiera ofrecerle. Ahora comienzo a entender su actitud. También nosotros tratamos de compensar el poder asignado a los individuos... Pero, ¿a qué se debe semejante ruido?

Era un ruido sordo, pero en modo alguno furtivo.

—No sé lo que puede ser eso.

—¿Ha decidido lo que va a hacer ahora?

—Sí. Voy a... ¡Maldición, son perros!

—¿Qué son perros?

De pronto aparecieron ante nosotros. En la oscuridad no podía decir a qué raza pertenecían, pero eran grandes y no emitían ningún ladrido. Con un rumor de garras raspando el cemento, tomaron la curva de la pared de ladrillos. Venían por ambos lados, a una velocidad tremenda. Yo extraje la «Gyrojet», pero me di cuenta que había muchos más perros que balas en mi pistola.

Las luces se encendieron, repentinamente y cegadoras, iluminando el parque. Yo disparé, y un dedo de fuego alcanzó a uno de los perros, que cayó en medio de la jauría.

De improviso, las luces adquirieron un tono rojo oscuro, sangriento. Los perros se inmovilizaron y el ruido cesó. Uno de los animales, el más cercano, quedó totalmente suspendido en el aire, en medio de un salto, con sus fauces abiertas y mostrando los afilados dientes.

—Me parece que le he quitado algún tiempo —dijo el marciano—. Permítame que le compense por ello.

—¿Qué ha hecho usted?

—He utilizado el artefacto que atenúa la inercia. El efecto es el mismo que si el tiempo se hubiera detenido para todos menos para nosotros. En vista de la situación, he actuado. No podía hacer otra cosa.

Perros a la derecha, perros a la izquierda, y luces por encima de todo aquel condenado lugar. Vi también individuos con rifles, inmóviles como estatuas y distribuidos por el extenso césped.

—No sé si procederá usted bien o mal —declaré—. Pero lo cierto es que yo estaría muerto si usted no hubiera hecho esto. Sin embargo, es la última vez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Me trasladaré hasta la parte posterior de la casa. Entonces usted hará que todo quede como antes. Así tendré tiempo de encontrar un árbol.

Avanzamos, entonces, y yo eludí con todo cuidado las fieras estatuas de los perros. El marciano venía flotando detrás como un gigantesco y voluminoso fantasma.

El corredor que había entre las vallas interior y exterior pasaba ante la puerta principal de la verja. Cerca de esa puerta, el muro interior se unía al externo. Pero antes que llegásemos a dicho punto, encontré un árbol. Era grande y añoso, y una gruesa rama se extendía por encima de la valla, pasando sobre nuestras cabezas.

—Está bien, haga que cese todo esto —dije.

Las rojas luces volvieron a su intenso color blanco. Yo subí por la hiedra. Unos brazos largos y unas manos grandes son importantes para poder trepar igual que un mono, como yo lo hago. No tenía por qué preocuparme de las alarmas. Tuve que ascender un poco por la valla exterior para aferrarme a la rama. Pero cuando me agarré a ella, ésta bajó un metro y empezó a crujir. Yo avancé una mano sobre otra, y pude izar me dentro del follaje antes que mis pies rozaran la valla interior. Una vez cómodamente sentado, me tranquilicé y me puse a examinar la situación.

Había por lo menos tres hombres con rifles en el césped delantero. Avanzaban mirando por todas partes, aunque no parecían buscar algo en especial.

El marciano flotó en el aire y pasó por encima de la valla electrificada.

Pero en el último momento rozó la parte superior. Saltó una chispa azulada, y el extraterrestre cayó igual que un saco de trigo. Dio contra la valla metálica, y la electricidad saltó y chisporroteó en su cuerpo.

Un olor a ozono y a carne quemada se mezcló con el frío aire nocturno. Yo me dejé caer del árbol y corrí hacia el marciano. No lo toqué, pues de haberlo hecho la corriente me habría matado.

Pero ciertamente estaba muerto.

Eso era algo en lo que no había pensado. Las balas no le hacían nada. Podía realizar milagros a voluntad. ¿Cómo pudo matarle una simple valla electrificada? ¡Si se lo hubiera advertido! Pero hasta él parecía sorprendido porqueuviésemos electricidad.

Había dejado que eliminaran a un curioso. Lo único que juré que nunca ocurriría...

Ahora el extraterrestre ya no tenía nada de humano. Unos cuantos objetos metálicos relucían entre la masa inerte que había sido un antropólogo de las estrellas. El chisporroteo de la corriente eléctrica había cesado unos segundos antes. Recogí una de las herramientas que sobresalían de la masa informe, la introduje en uno de mis bolsillos y eché a correr.

Me localizaron en seguida. Corrí en zigzag en torno a una pista de tenis vallada y me dirigí hacia la puerta de la casa. A ambos lados de dicha entrada había unas ventanas cuya altura era la de un hombre. Ascendí velozmente las escaleras, y con la «Gyrojet» di un golpe que destruyó casi todos los vidrios de una de las ventanas. Inmediatamente salté de la escalera hacia fuera y me oculté entre unas matas cercanas.

Cuando las cosas ocurren con tal rapidez, la mente debe llenar la laguna existente entre lo que uno ha visto y lo que no ha podido ver. Los tres pistoleros me persiguieron frenéticamente escaleras arriba y entraron por la puerta gritando como demonios.

Entonces rodeé la casa en busca de una ventana.

Algunos de los pistoleros estaban seguros que yo había entrado a través de aquel montón de vidrios rotos. El ruido debió poner sobre aviso a los demás, porque nuevamente oí que me buscaban por el exterior. Trepé por unos resaltes de la pared y encontré una pequeña cornisa que daba a una ventana del segundo piso, que se hallaba a oscuras. Conseguí abrirla sin hacer demasiado ruido.

Por primera vez en aquella noche de locos, comenzaba a creer que sabía lo que estaba haciendo. Y eso no deja de resultar extraño, puesto que yo no conocía nada acerca de la disposición de la casa y no tenía idea del lugar en que me hallaba. Pero al menos ya conocía cuáles eran las reglas de aquel juego. El elemento variable, el marciano, el *deux ex machina*, había quedado fuera de la partida.

Las reglas eran: el que me viese primero, me mataría. Aquella noche no habría testigos ni conciliadores. Tampoco se me iban a presentar dudas de tipo moral. Ni se me ofrecería ayuda sobrenatural a cambio de mi alma, o algo parecido. Lo único que tenía que hacer era procurar seguir con vida; pero, no obstante, un curioso había muerto.

La alcoba estaba desierta. Una puerta pertenecía a un armario de pared y la otra daba a un cuarto de baño. Un rayo de luz se escapaba por debajo de una tercera. No tenía otra elección. Extraje la «Gyrojet» y abrí la tercera puerta.

Un rostro se volvió por encima del borde de un sillón. Yo le enseñé la pistola y me mantuve apuntándole mientras rodeaba el sillón. En aquella estancia no había nadie más.

El rostro de aquella persona era mofletudo, de edad madura y facciones bastante regulares, exceptuando la nariz, excesivamente grande.

—Le conozco a usted —me dijo el hombre con bastante serenidad, teniendo en cuenta las circunstancias.

—También yo le conozco —contesté.

Era Adler, el individuo que me había metido en aquel embrollo, primero al cohabitar con la mujer de Morrison, y luego matando a éste.

—Usted es el tipo que contrató Morrison, ¿verdad? —me preguntó Adler—. El duro detective privado, Bruce Cheseborough, ¿no es eso? Bien, ¿por qué no abandonó usted este asunto?

—No podía hacerlo.

—No podía dejar de hacerlo. ¿Quiere tomar café?

—Gracias. ¿Sabe usted lo que le pasará si grita o hace algo parecido?

—Desde luego.

Tomó un vaso de agua y la vertió dentro de la papelería. Luego destapó un termo de plata y llenó su taza y el vaso, todo con movimientos lentos y seguros. Indudablemente, no quería que yo me pusiera nervioso.

Él tampoco parecía muy preocupado. Eso me tranquilizaba bastante, pues al menos tenía la seguridad que Adler no cometería ninguna estupidez. Yo había visto la misma serenidad en Domingo, y conocía la causa. Adler, Domingo, y todos los que trabajaban para Sinc tenían una fe absoluta en éste. Sabían que fuera cual fuese el atolladero en que se vieran metidos, Sinc los sacaría de él.

Observé cómo Adler tomaba un buen trago de café antes de tocar mi vaso. El café era negro y fuerte, y tenía una generosa cantidad de coñac. El primer sorbo me supo tan bien que sonreí a Adler levemente.

El otro me devolvió la sonrisa. Tenía los ojos fijos en mí y muy abiertos, como si temiera mirar hacia otra parte, seguramente preocupado por lo que yo pudiese hacer. Traté de pensar de qué modo hubiera podido echar algo en mi café sin beberlo él mismo. No había ninguna posibilidad.

—Usted cometió un error —le dije, y tomé un poco más de café—. Si mi nombre hubiera sido Rip Hammer, Mike Hero o cualquier otro, me habría apartado del asunto en cuanto supe que usted era uno de los muchachos de Sinc. Pero cuando uno se llama Bruce Cheseborough, Jr., no se puede hacer otra cosa que pelear.

—Debió haber abandonado. Así hubiese sobrevivido.

Lo dijo sin pensar demasiado en ello. Tenía unas leves arrugas en las comisuras de la boca y en los ojos, causadas por esa constante expresión de extrañeza. Indudablemente, aún seguía esperando que ocurriese algo.

—Le propongo una cosa —manifesté—. Me escribe usted una confesión y me marcho de aquí sin matar a nadie. ¿No le parece estupendo?

—Claro, pero, ¿qué tengo que confesar?

—Que mató a Morrison.

—Usted no esperará que haga eso.

—En realidad, no lo espero.

—Pues bien, voy a sorprenderle.

Adler se puso en pie, siempre lentamente, y se dirigió al escritorio con las manos en alto, las mantuvo así hasta que me encontré de nuevo a su lado. Entonces dijo:

—Voy a escribirle su maldita confesión. ¿Y sabe por qué? Porque usted nunca hará uso de ella. Sinc se ocupará del asunto.

—Si alguien atraviesa esa puerta...

—Lo sé, lo sé.

Comenzó a escribir; mientras lo hacía examiné el utensilio que había recogido del cadáver del marciano. Estaba hecho con un material blanco y brillante, y era extremadamente complicado y en nada parecido a los instrumentos que yo conocía. Era como los mecanismos interiores de plástico de una pistola de juguete, a medio moldear y luego pulida hasta quedar con los contornos redondeados. No tenía idea de cómo podía funcionar aquel objeto. Y de todas formas no me gustaba demasiado. Había una ranura donde se hallaban ocultos unos botones o pulsadores, pero resultaba demasiado pequeña para los dedos. Tal vez con unas pinzas o una aguja de sombrero se los habría podido manipular fácilmente.

Adler me entregó el papel que había estado escribiendo. Había hecho una confesión breve y detallada: motivos, medios empleados y fechas. Para mi era, de todos modos, insuficiente.

—No dice usted lo que pasó con el cadáver —le dije.

—Lo mismo que le ocurrió a Domingo.

—¿A Domingo?

—En efecto. Cuando los policías fueron a recogerlo, allá en su casa, Domingo había desaparecido lo mismo que las manchas del suelo. Parece un milagro, ¿verdad?

Sonrió de un modo desagradable, y como yo no reaccionase, él pareció desconcertado.

—¿Cómo fue? —inquirí.

Adler se encogió de hombros con aire incómodo y repuso:

—Usted debería saberlo. Pero no voy a escribirlo; disgustaría a Sinc. Tendrá que conformarse con lo que he puesto ahí.

—Está bien. Ahora lo ataré y trataré de regresar a casa.

Adler no ocultó su asombro. Le hubiera resultado imposible fingir, aunque se lo hubiese propuesto.

—¿Ahora sin más? —inquirió.

—Desde luego. Fue usted quien dio muerte a mi cliente, no Sinc.

Él sonrió, sin llegar a creermelo. Seguía pensando que algo iba a suceder.

Utilicé el cinturón de una bata de baño para amarrarle los brazos, y un pañuelo como mordaza. Había otras prendas en el armario que me permitieron rematar el trabajo. Lo dejé sobre la cama, en la oscuridad.

Y ahora, ¿cómo me las arreglaría?

Apagué las luces de la sala y me dirigí hacia la ventana. El césped estaba lleno de individuos y de perros. La luz era mucho más intensa. Pero aquél era el único camino que me quedaba hacia el exterior.

Yo tenía el pellejo de Adler en un bolsillo. Del asesino que había dado muerte a un cliente mío. ¿Aún pretendía yo dar caza a Sinc o debía tratar de escapar cuanto antes con el papel que estaba en mi bolsillo?

Lo mejor era desaparecer, claro está.

Continué junto a la ventana observando el movimiento del exterior. Fuera estaba todo vivamente iluminado, pero las sombras que proyectaban los árboles y las plantas eran negras como el azabache. Observé un seto que se hallaba iluminado por un lado y oscuro por el otro. También podría intentar escurrirme, por un costado de la pista de tenis, y luego correr hasta aquella otra estatua...

Súbitamente, se abrió la puerta, y yo me volví.

Un hombre con pantalones oscuros y chaqueta de fumar se enfrentó con mi pistola. Sin apresurarse, entró en la estancia y cerró la puerta detrás de Sinc.

Era Sinc. Lester Dunhaven Sinclair III era un hombre en perfectas condiciones físicas, que no parecía tener encima medio kilo de más ni medio kilo de menos, y que lucía músculos de gimnasta. Le calculé unos treinta y cuatro años, aproximadamente. Una vez le había visto en público, pero nunca lo bastante cerca como para confirmar lo que ahora comprobaba: su espeso cabello rubio era una peluca.

Me sonrió y dijo:

—Cheseborough, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué ha hecho usted con mi lugarteniente?... —preguntó, y agregó—: Tengo entendido que aún está con usted.

—Se encuentra en el dormitorio, convenientemente atado —repuse mientras me movía a su alrededor, con el fin de cerrar con llave la puerta que daba a la sala.

Entonces comprendí por qué los hombres de Sinc lo consideraban una especie de señor feudal. Era un individuo que inspiraba confianza. Su seguridad en sí mismo era absoluta. Al verle, por un instante pensé que nada se podía hacer contra una persona así.

—Creí que sería usted lo suficientemente inteligente como para no probar el café. Es una pena —dijo Sinc.

Parecía estar observando mi pistola, pero sin el menor rastro de temor. Traté de pensar que era una actitud fingida, y no logré convencerme. Ningún hombre puede fingir con semejante perfección: los músculos del rostro le habrían traicionado. Empecé a temer a Sinc.

—Es una pena —repitió—. Todas las noches, durante el último año, Adler se ha ido a la cama después de tomar una taza de café con coñac. Handel, también.

¿De qué estaba hablando? El café no me había afectado en absoluto.

—Puede considerar que ya me he escapado de usted —le dije.

—¿Le parece? —contestó sonriendo, como quien tuviese en sus manos la victoria.

Entonces empezó a hacer gorgoritos. Me parecían espantosamente familiares aquellos gorgoritos. Presentí que algo muy grave estaba ocurriendo. Sonriendo y borboteando siempre, Sinc echó mano al bolsillo de los pantalones y extrajo una automática. Se tomó todo el tiempo que quiso para hacerlo.

No era un arma grande, pero era un arma, y en el momento en que me di cuenta de ello hice fuego.

El proyectil de mi «Gyrojet» adquiere su mayor velocidad en los primeros ocho metros, justamente la distancia a que se encontraba Sinc. La bala le dio en la articulación del hombro, pero Sinc sonrió con indulgencia. Su pistola seguía apuntando hacia el puente de mi nariz.

Disparé entonces contra su corazón. No le hizo el menor efecto. El tercer proyectil perforó el espacio que había entre sus ojos. Vi cómo se tapaba el orificio con la mano, y entonces me di cuenta. Sinc también estaba fingiendo.

Él disparó a su vez.

Yo parpadeé. Un líquido frío corrió por mi frente, bajó hasta los ojos, produciéndome escozor, y goteó al fin en mis labios. El sabor era el del alcohol de friegas.

—Usted también es un marciano —le dije.

—No necesita insultar —contestó Sinc suavemente.

Disparó de nuevo. Era una pistola de agua, un arma de juguete, como las que usan los niños, aunque fuera una buena imitación de plástico. Yo me enjuagué el alcohol de los ojos.

—Bien, bien —dijo Sinc.

A continuación, se quitó la peluca y la dejó caer. Lo mismo hizo con las cejas y las pestañas.

—Veamos, ¿dónde está el otro? —me preguntó.

—Me dijo que era un..., un antropólogo. ¿Acaso estaba mintiendo?

—Desde luego, Cheseborough. Él es la ley. Me ha estado persiguiendo a lo largo de distancias que ni siquiera pueden describirse.

Sinc retrocedió hacia la pared, y luego prosiguió diciendo:

—Usted ni siquiera comprendería cómo llama mi pueblo al delito que cometí. Además, no tiene usted razón al protegerle. Él le ha utilizado para sus fines. Cada vez que detenía una bala destinada a usted era para hacerme creer que usted era el extraterrestre. Por eso le hizo interpretar aquella comedia de bajar flotando a la calle desde el sexto piso. Por eso hizo desaparecer el cuerpo de Domingo. Usted era su títere, y ha planeado que yo le mate mientras él se acerca furtivamente a mí. Le sacrificará sin el menor escrúpulo. Y ahora dígame: ¿dónde está él?

—Está muerto. No sabía lo que eran las vallas electrificadas.

Una voz procedente del vestíbulo, la de Handel, gritó:

—¡Señor Sinclair! ¿Se encuentra usted bien?

—¡Tengo un invitado! —respondió Sinc—. ¡Y lleva una pistola!

—¿Qué hacemos?

—¡No hagan nada!

Entonces Sinc comenzó a reírse. Estaba perdiendo su forma humana, «poniéndose cómodo», como antes había hecho su congénere.

—Nunca lo hubiese creído —añadió entre risas—. ¡Me ha perseguido a semejante distancia para morir en una cerca electrificada!

Sus carcajadas cesaron como cuando se rompe la cinta de un magnetófono, lo que hizo que me preguntase si esa risa podía ser real, con su extraño aparato respiratorio.

—La corriente eléctrica no podía matarle, desde luego —continuó diciendo—. Debíó afectar al productor de aire y a la batería.

—El café con coñac era para él, sin duda —deduje yo—. Dijo que podía morir por efectos de un veneno orgánico. Se refería al alcohol, ¿no es cierto?

—Evidentemente, por eso se le invitó a tomar el café —respondió, riendo suavemente.

—He sido un ingenuo; me creí todo lo que las mujeres me contaron de usted.

—Ellas no sabían nada. ¿Acaso pensó usted...? Oiga, Cheseborough, ¿he hecho yo algún comentario desfavorable de su vida sexual?

—No, ¿por qué?

—Entonces dejé usted la mía en paz.

Sinc seguía cambiando de forma. Me pareció que, a su modo, se estaba riendo siniestramente.

Fue avanzando despacio hacia mí. Yo retrocedí poco a poco, empuñando la inútil pistola.

—¿Sabe usted lo que ocurrirá ahora? —me preguntó.

Yo aventuré una hipótesis, y dije:

—¿Lo mismo que le ocurrió al cadáver de Domingo, y a los de todas las personas que le molestaban?

—Justamente. Nuestra especie se caracteriza por su voraz apetito.

Siempre avanzando hacia mí, se había olvidado de su pistola de agua, que sostenía con la mano derecha. Sus músculos se habían deformado, suavizando sus contornos. Ahora era como el primer boceto de arcilla que hace un escultor cuando modela un hombre. Pero su boca se volvía cada vez más grande, y sus dientes eran como dos aguzadas herraduras.

Yo disparé una vez más, ahora sobre la pistola de juguete.

Alguien golpeó violentamente en la puerta de la habitación.

Sinc no lo oyó. Sinc se estaba fundiendo, perdiendo toda forma voluntaria, mientras en su agonía luchaba por evitarlo. De los fragmentos de su pistola de plástico fluía el alcohol. La puerta se estremeció de nuevo bajo los impactos. Saltaron unas astillas.

La mano de Sinc borboteaba, hervía. Entre agudos lamentos, la informe masa se escurrió de sus pantalones y chaqueta. Y yo..., yo quedé libre de la fuerza que me había retenido; tomé el termo de plata y derramé el café con coñac sobre aquello que se retorció en el suelo.

Sinc era ya una sustancia hirviente. Las brillantes piezas metálicas sobresalían de aquel conglomerado carnoso que se extendía sobre la alfombra.

La puerta crujió y se vino abajo. Yo ya estaba de nuevo contra la pared, dispuesto a disparar contra cualquier peligro que me amenazase. Handel irrumpió en la habitación y se detuvo en seco.

Permaneció allí, en la puerta, inmóvil como una estatua. Presentí que nada le habría hecho apartar los ojos de aquella masa que se retorció y burbujeaba poco a poco; la masa dejó de moverse. Handel tragó saliva, lo que puso de nuevo en actividad su garganta, lanzó un chillido y salió corriendo de la habitación.

Escuché un golpe sordo cuando chocó con un guardia, y le oí balbucear:

—¡No, no entre ahí! ¡No..., no!

Luego sollozó y percibí el sonido de unos pies inseguros que echaban a correr.

Regresé al dormitorio y me acerqué a la ventana. El césped aún seguía iluminado por la intensa luz, pero aquello había perdido todo interés para mí. Porque allí fuera no había más que perros y hombres.

ASIGNACIÓN LUNÁTICA

SONYA DORMAN

Hay relatos de SF cuya mayor fuerza reside en la sutil habilidad con que el autor sugiere un mundo de inaprehensible extrañeza... Hasta que nos damos cuenta de lo inquietantemente cerca que ese extraño mundo está del nuestro.

* * *

Cuatro hombres, vestidos con holgados pantalones y camisas blancas, se hallaban reunidos en una pequeña sala. En el vestíbulo situado más allá de la puerta que estaba cerrada con llave, el ajetreo de los dos enfermeros resonaba como un galopar de potros. Los hombres se encontraban de espaldas a la puerta.

—Eso es lo cierto —manifestó Braun, al tiempo que oprimía el labio superior contra los dientes, pequeñas piezas extrañas, para mantenerlos en su lugar—. Si no hacemos ahora ese esfuerzo, ya no habrá posibilidad alguna para nosotros, y nos quedaremos a vivir aquí para siempre. ¿Lo comprenden?

Braun miró a los demás, que murmuraron algo ininteligible. Era por la mañana, temprano, y la luz aún penetraba tenuemente desde fuera. Keepsy echó un vistazo a los altos ventanales protegidos con alambres. Se trataba de un hombre delgado, cuyas ajadas facciones fueron en un tiempo tan correctas como si hubieran sido talladas en piedra. Ahora, las espesas patillas, que crecían como musgo sobre sus maxilares, le daban un aire aún más horroroso.

—Yo iré primero —dijo Keepsy.

—Ah, excelente chico —dijo Fomer, hombre de redonda cabeza canosa y un rostro vacuo que parecía aguardar a que lo llenaran.

—Excelente hombre —le corrigió Keepsy, y todos se echaron a reír con las cabezas echadas hacia atrás y el rostro convertido en una trágica máscara, mientras celebraban aquella salida.

—Sí, sí, hombres —declaró Arrigot en tanto que movía vigorosamente los brazos hacia delante y hacia atrás—. Todos parecemos hombres aquí, pero en realidad no somos más que criaturas.

De nuevo el círculo de cabezas echadas hacia atrás, de lenguas vibrantes y de epiglotis que subían y bajaban.

La puerta emitió un chasquido al abrirse la cerradura, y el grupo se disolvió. Dos de ellos se echaron en una cama, Arrigot se puso de puntillas a un lado, y Braun se colocó frente a la puerta, manteniendo los dientes superiores en su lugar con el labio contraído. Fomer, como de costumbre, inclinó la cabeza con aire resignado. Entró el enfermero, un hombre muy moreno, de pelo hirsuto y mandíbula prominente.

—¿Está preparado, Keepsy? —preguntó.

—Lo estoy —contestó el aludido mientras se ajustaba los pantalones.

Tenía la cintura tan delgada y el vientre tan liso que sin tirantes ningún pantalón le habría quedado en su lugar. Aunque tenía otros tics, uno de los más visibles era aquel continuo levantarse los pantalones.

Keepsy siguió al enfermero a través del vestíbulo, con expresión contemplativa, mientras su sombra se deslizaba por las verdes paredes. Concentró su mente en el sabor de un aperitivo, en el frío sabor del enebro, lo amargo de la aceituna y el picante del pimienta. Mientras iba caminando se llevó una mano al corazón, al lugar donde tenía enrollada su fuerte y veterana bandera: su piel era tan pálida como la ginebra. Se sintió como si un solo vaso fuera capaz de contenerle a él dentro. Al doblar la esquina del pasillo notó que empezaba a humear como el ácido nítrico en el frasco.

Ya en el ascensor parecía que lo vertieran de una botella a otra: de la ginebra al ácido nítrico. Pero después de ocho años se hallaba tan acostumbrado a aquello que el continuo cambio le resultaba verdaderamente estimulante.

El doctor Manner le estaba esperando en su despacho, y Keepsy se sentó en el pulido sillón de nogal con su cojín de cuero naranja. Odiaba el color naranja, y tomó asiento, con gran cautela. El doctor Manner le había advertido anteriormente que sus fantasías debían guardar una relación con la realidad. Lo cierto era que él odiaba aquel color.

—Buenos días, doctor —dijo, alegremente, y le produjo gran complacencia ver que su interlocutor parecía mostrarse sorprendido—. Querido doctor de este mundo maravilloso —prosiguió explayándose Keepsy—. No se extrañe, al fin he llegado a esta conclusión. Tardé bastante tiempo, ¿verdad?

—Sí; cuénteme cómo ha sido —dijo el doctor Manner.

Éste tenía el pelo rubio peinado hacia delante con el fin de parecer más joven. Durante la conversación miraba a menudo hacia los costados, como si quisiera evadirse del tema y su fantasía no coincidiese con la realidad de nadie, y menos con la suya propia. Braun decía que si Manner fuese menos disperso podría actuar con más eficacia.

—He estado pensando en el dinero —prosiguió diciendo Keepsy—. Debo admitir que he mantenido una actitud demasiado idealista a ese respecto. Ahora comprendo que sin dinero no hay nada que pueda o quiera hacer. Debo concentrarme en la realidad y dominar mis fantasías. He estado madurando esto poco a poco. Proseguí con el dibujo y el canto, y creo que conseguiré un magnífico empleo cuando salga de aquí.

—¿Aún sigue sin poder comer carne? —le preguntó el médico.

Pero Keepsy no le hizo caso, y continuó hablando de su idea.

—He estado pensando, pues al fin y al cabo me sobra tiempo para pensar, que tenía una evidente confusión respecto a la imagen recurrente de mi padre. Ahora sé que se trataba sólo de una sombra. Estoy seguro que podría forjarme una posición en la vida, y conseguir un trabajo adecuado. No quiero desperdiciar más el tiempo.

—Humm —dijo el doctor Manner, mirando a la pared—. Tendremos que hablar de esto mucho más a fondo. ¿Querría usted mirar de nuevo algunas de esas cartulinas?

Una mancha negra semejante a una nube de tormenta era la imagen que Keepsy tenía en la mente, pero no movió un solo músculo. Aunque el ritmo de su respiración se aceleró, tuvo cuidado de respirar por la nariz. Luego replicó afablemente:

—Claro que puedo. ¿Lo hago ahora mismo?

El doctor Manner pulsó el botón de su intercomunicador y pidió la caja de las cartulinas grandes a la empleada de la antesala. La muchacha trajo la caja. Su sombra cayó sobre Keepsy, que aspiró como si esto fuera vital. Sintió que comenzaba a evaporarse, de modo que se aferró a los brazos del sillón y odió más que nunca el color naranja, hasta que ella hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

El médico abrió la caja, extrajo las cartulinas y enseñó una a Keepsy. Era una forma oscura, odiosamente simétrica, y aunque podía haber sido algo tan sencillo como una mancha de sangre seca, también parecía un perro desollado, o mejor aún, pensó él mientras la seguía mirando, semejaba un niño aplastado por una apisonadora. Eso ya era una verdadera asociación, se dijo Keepsy, que luego declaró en voz alta:

—Es un carrusel. ¿Ve usted los animalitos aquí, en el borde? Y también la pianola que toca mientras da vueltas y vueltas.

—Ah, un carrusel —dijo el doctor Manner, mirando sutilmente a Keepsy—. Un carrusel, ¿verdad? Muy bien. ¿Y esta otra?

El médico sostenía otra cartulina. La mancha negra semejaba un ángel de la muerte, con unas polillas revoloteando sobre sus alas chamuscadas. Keepsy habría podido engullirla de un solo bocado y hubiera sido capaz de decir cómo sabía: amarga, y dejaba un gusto desagradable en la lengua y en el paladar. También podía ser una imagen del corazón de su padre, sin la piel exterior.

—Es el patio de una escuela. Los niños están jugando. ¿No ve las cometas?

Keepsy las señaló con la amarilla y curvada uña de su pulgar, pero tuvo mucho cuidado de no tocarlas, pues le habrían estropeado la piel del dedo, dejándoselo descolorido.

—Son cometas en un día ventoso de primavera —continuó diciendo Keepsy—. Yo también jugaba a eso de niño, en la colina que hay por encima del talud del ferrocarril.

—¿Le permitía su padre jugar con las cometas? —inquirió el doctor Manner, bruscamente.

Keepsy procuró serenarse y se apoyó en el respaldo del sillón.

—Claro que me permitía hacerlo —repuso—. Mi hermana y yo hacíamos volar las cometas cuando soplaban un buen viento. Recuerdo cuándo florecía el manzano silvestre de la estación. Era un bonito árbol.

—Comprendo —manifestó el doctor, al tiempo que dejaba a un lado la cartulina—. Dígame, Keepsy, ¿no estará engañándome?

—No sé de qué me habla. Yo digo lo que veo. Lamento no poder observar lo que usted cree que yo debo ver.

El doctor Manner abrió el cajón superior de su escritorio, que emitió un chirrido, miró dentro, y luego volvió a cerrarlo.

—Está bien —dijo, y volvió a colocar la tapa sobre la caja de las cartulinas.

—¿Nada más? —preguntó Keepsy.

El médico dio una palmada en los brazos de su sillón de cuero y suspiró.

—Por ahora no —repuso—. Volveré a hablar con usted. Estamos haciendo algunos progresos; pero usted sabe muy bien que esto no se arregla de la noche a la mañana.

Sus palabras eran transparentes y resbaladizas como cebollinos verdes. Keepsy arrugó la nariz y trató de no respirar muy fuerte. No estaba muy seguro de haber tenido éxito en el intento principal.

Cuando el médico le hubo ordenado marchar, se encaminó hacia donde le estaba esperando el enfermero. Pensaba si había valido la pena aquel esfuerzo; si realmente lograría salir de allí. Se preguntó quién de ellos terminaría por volcar la mesa, esparciendo la vajilla y la comida sobre las alfombras. Se puso a tararear mientras avanzaba por el pasillo; observó cómo su sombra se deslizaba sobre las paredes verdes hasta que ambos llegaron a la puerta de su pabellón, que relucía con su capa de laca ambarina. A Keepsy le producía un gran deleite el sabor de la laca.

—¡Arrigot! —exclamó el enfermero, llamando a otro internado.

Éste dejó de menear los brazos y apretó los puños, metiendo luego los pulgares en ellos; pero después los sacó y los dejó fuera, porque Braun le había dicho que si se pega a alguien con el pulgar dentro del puño se le pueden romper a uno las articulaciones del

dedo. Y no había nada que mereciese la rotura de una articulación. Arrigot había sufrido varias fracturas óseas en el pasado, incluso una en el cráneo, cuando saltó con su motocicleta sobre un muro para huir de un patrullero que le perseguía. Como sabía lo malas que eran las fracturas de hueso, Arrigot solía caminar de puntillas, cuidadosamente.

Pero hoy Arrigot caminaba normalmente por el pasillo, y advirtió que sentía cierta satisfacción cuando se apoyaba resueltamente en los talones; el ruido de sus pasos le proporcionaba a uno mayor confianza en sí mismo. Sin embargo, dudaba mucho entre apoyar primero el talón, aun cuando esto último parecía más estético y seguro. Había ensayado ambos métodos y ninguno le parecía conveniente. Mientras se dirigía al despacho del doctor Manner iba alternando uno y otro procedimiento.

«Hay que pisar primero con el talón —se decía—. Pero se te ha dicho que no se debe hablar acerca de los modos de caminar. Eso induce a correr, y ya se sabe lo que pasa después.»

—¡Hola, doctor! —dice uno, sentándose en el cómodo sillón de madera de nogal. El cojín es blando, y suspira al recibir nuestro peso. A través del claro cristal que hay detrás de la ventana del médico puedes ver las palomas dejando caer sus excrementos sobre la cornisa. Las heces tiñen de comas blancas la piedra oscura. Si uno se interesa por la ortografía, puede llegar a escribir muy bien.

—Buenos días, Arrigot —dijo el médico.

—Uno llega a disfrutar con estos paseos por los corredores, por más que, después de todo, los vea uno a diario —declaró Arrigot al tiempo que sonreía, pues imaginaba que con una sonrisa no había nadie que no quedara encantado.

«Un silencio mágico cae sobre ti. Estás claudicando. No dices lo que habías venido a decir, lo que esperaban que dijese. Tienes que decirlo... Ah, cielo santo, si te lo tragas, qué penosa será tu muerte. Yo..., yo... —pensó Arrigot frenéticamente—. Vamos, tienes que decirlo.»

Arrigot abre la boca un poco y respira a través de los labios reseco.

—Estoy aquí —le dice al doctor—. He estado pensando que uno no debe pasarse la vida sin hacer nada, sin tener un objetivo.

—Ah —contestó el médico, gratamente sorprendido—. Eso me parece muy bien. Dígame de qué se trata.

Arrigot sentía con horror que algo se atascaba en su boca.

«Arqueas la lengua para evitar que la bolita se te vaya garganta abajo. No, gordinflón, no te la tragues, por Dios.»

—Yo... —dijo Arrigot, procurando infundirse confianza—. Yo..., yo..., yo... —gritó en seguida, metiendo los pulgares dentro de los puños, allí donde uno estaba a salvo, calentito, donde no le veían, donde no tenía que taparse las narices para no oler el pan del desayuno.

—Tómese todo el tiempo que necesite —dijo el doctor Manner—. No tiene por qué apresurarse. Yo..., yo... Muy bien. Hábleme de eso.

—Que le hable. Eso quisiera hacer. Eso quiero.

—Lo está haciendo muy bien.

—Pero no hay ninguna razón —protestó súbitamente Arrigot—, ninguna razón para contar lo que todos saben, ¿no le parece? Uno no necesita decirlo, cuando todo el mundo lo ve. Si uno no quiere emplear la primera persona, ¿acaso no es cierto que Cristo no quiso ser la primera persona? Todos los demás fueron los primeros, ¿no se da usted cuenta?

«Ay, Arrigot, has fracasado; eres una calamidad completa y tus huesos no valen ni un penique; ni siquiera lo valen para el diablo.»

—Tú..., tú... —gritó Arrigot, restregando las manos contra los brazos del sillón, cuyo cojín naranja gemía como una mujer cada vez que él se agitaba encima—. Tú no puedes hacerlo. Yo... Ellos...

De pronto, se echó a llorar.

—Está usted haciéndolo bastante mejor de lo que cree —manifestó el doctor Manner—. Hace enormes progresos. En efecto.

Luego el médico se puso a reflexionar, y a continuación dijo inesperadamente:

—¿Querría usted decirme algo acerca de caminar?

—¿Caminar? —respondió chillando Arrigot—. ¿Talones?

Se retorció en su silla, y a continuación murmuró quedamente:

—¿Talones?

Luego miró por la ventana, donde la vista de los excrementos de paloma le confortaba. Eran tan blancos, tan puros... No eran negros, como los talones descalzos cuando se camina.

—Talones —repetía, intentándolo aún.

—¿Dedos de los pies? —sugirió el doctor Manner.

—Dedos de los pies —dijo Arrigot, estremeciéndose, y luego agregó, lleno de valentía—: Dedos de los pies y talones. Sí, primero los talones, y luego los dedos, andando, corriendo, saltando. Yo..., yo..., yo... —gritó finalmente Arrigot con gesto triunfal.

—¡Muy bien! —dijo el doctor Manner—. ¡Espléndido! Casi no lo puedo creer. Mañana tendremos otra charla.

Arrigot estaba empapado en sudor, y se sentía tan débil que apenas si pudo levantarse de la silla. Pero el doctor Manner se cuidó de tomarle por el brazo para ayudarlo.

«Después de algunos momentos, lograste ponerte en pie. ¡Ah, tú! ¡Ah, tú! Arrigot, al fin lo intentaste.»

Avanzó de puntillas de vuelta hasta el pabellón, donde Braun se hallaba sentado con aire melancólico; él, precisamente él, el cansado jefe.

—Tú no has hecho ningún daño —le dijo Arrigot con gesto serio—. Tú lo intentaste. El doctor Manner dijo que lo hiciste muy bien.

Braun se mordió el labio inferior, esperando a que el enfermero se marchase y cerrara la puerta.

—¿Lo has dicho? —le preguntó Braun a Arrigot, que balanceaba sus brazos.

Arrigot separó los labios y espiró.

—Yo... —dijo en su espiración, y luego agregó—: Tú lo intentaste muy bien. Tú crees que vale la pena marcharse de este lugar.

Keepsy dormía en su lecho, con la nariz erguida como un pene y los dedos gordos de los pies vueltos afablemente el uno hacia el otro. Keepsy se amaba a sí mismo, con la mano sobre su nariz. Siempre dormía de esa forma. Lo mismo hacían los demás, con excepción de Arrigot, que cruzaba las manos sobre el pecho. Pero no lo habían hecho hasta que Keepsy se durmió a la luz del día con la espalda fuera de las cobijas. Hasta entonces nunca habían dormido tan cómodos. Aseguraban que la satisfacción era mucho mayor.

De todas formas, como bien sabía Braun, ésa era toda la satisfacción que podía lograrse en aquel lugar. Dormir, tocar, sostener suavemente el cuerpo palpitante de la paloma. La violencia quedaba descartada. No había que pensar en las personas, sino en aprender a relacionar objetos.

—Supongo que yo soy el que sigue —dijo Braun, con indiferencia, al tiempo que se ponía en pie—. Iré y me olvidaré de relacionar tanto las cosas con las personas, y aprenderé a ver el mundo real, lleno de objetos. Abstracciones, cosas, superficies lisas, paredes altas, piedras, hierbas y fresas.

—¿Podremos conseguirlo? —preguntó Fomer tristemente, mientras meneaba la vacía cabeza—. Si es así, me gustaría que me dijeran cómo.

—Lo haremos —le aseguró Braun—. Dentro de un par de semanas estaremos fuera de aquí, y podrás seguirme. Es sólo cuestión de relacionar objetos. Cosas. Encinas, colores, mujeres.

Su boca hizo unos movimientos.

Fomer miró al hombre que era evidentemente su amo, y con voz respetuosa dijo:

—Tal vez debas practicar esas cosas.

—Hogares, madres, hermanas, tías, amas, amantes —prosiguió Braun, e hizo girar los ojos rápidamente—. Amantes, madres, palomas, sangre, semillas, pequeñas semillas. Estoy lleno de millones de pequeñas semillas de gente.

—Cállate —le dijo Kepsy, que acababa de despertarse.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Fomer—. ¿Qué es eso de «Cállate»? Ya estamos callados. ¿Cómo puedes pedirnos que nos callemos aún más?

Braun dijo entonces:

—Si empezamos a pelear entre nosotros, jamás podremos salir de aquí. ¿No quieren escapar de aquí?

«Puro como el excremento de paloma —pensó Arrigot, manoseando los faldones de su camisa blanca—. Lo has intentado, lo has intentado.»

La cerradura emitió un nuevo chasquido. El enfermero entró y dijo:

—Bueno, es hora de marcharse.

Se pusieron en pie. Kepsy se ajustó los pantalones, y Arrigot apretó los pulgares contra los puños. Fomer avanzó detrás de Braun como era su costumbre. Salieron al vestíbulo guiados por el enfermero de pelo moreno e hirsuto. Luego entraron en el ascensor. Abajo, abajo, todo el mundo abajo, para relacionar objetos, para desplegar banderas, para ser primeras personas.

Se alinearon en el punto de asignación, donde un hombre ataviado con un traje de seda cruda se encontraba con una libreta en la mano, anunciando las vacantes.

—Ministro —dijo, y Arrigot avanzó para introducirse en un lujoso coche negro, que lo llevó a su trabajo.

—Profesor.

Kepsy vaciló un instante, pero luego se encaminó hacia el taxi que le estaba aguardando.

—Médico —dijo el hombre.

Nadie se movió. Echó una ojeada a su lista, se encogió de hombros y añadió:

—Físico.

Braun se adelantó con grave dignidad hasta el coche, mientras contraía el labio superior para retener la dentadura postiza.

—Ya están todos —manifestó el hombre de la libreta de notas—. Ni ayer ni hoy hubo ningún médico. Y ya no disponemos de ninguno.

—Si necesitan conseguir médicos, ¿por qué no se lo dicen a la patrulla? —preguntó el enfermero—. He buscado al doctor Manner, pero debe estar descansando, después de su inyección de B12. Vaya, no hay médicos —agregó al tiempo que se alejaba—. ¿Cómo demonios puede funcionar una ciudad sin médicos?

EL RACISTA

ISAAC ASIMOV

La robótica es sin duda el tema que con más asiduidad y pericia ha cultivado ese clásico de la SF que es Isaac Asimov. Su colección de relatos Yo, Robot es una obra indispensable en la biblioteca de cualquier adicionado, y son pocos los autores de SF que al escribir sobre hombres mecánicos no tienen en cuenta las famosas «tres leyes de la robótica» formuladas por Asimov.

En el breve relato que sigue, se nos ofrece la fugaz pero sugestiva visión de una sociedad en la que hombres y robots conviven en igualdad de condiciones y sin demasiados prejuicios mutuos, aunque conservando unos y otros algunas manías muy humanas...

* * *

El cirujano miró a su interlocutor sin expresión en el rostro.

—¿Está preparado?

—Decir preparado es muy relativo —contestó el médico ingeniero—. Nosotros estamos preparados. Él está nervioso.

—Siempre lo están... Bien, se trata de una operación delicada.

—Delicada o no, debería estar agradecido. Ha sido escogido entre un gran número de pacientes y, francamente, no creo...

—No digas eso —le interrumpió el cirujano—. No nos corresponde a nosotros tomar la decisión.

—La estamos aceptando. ¿Pero acaso estamos de acuerdo?

—Sí —contestó el cirujano en tono crispado—. Estamos de acuerdo. Completa e incondicionalmente. Toda la operación es demasiado compleja para abordarla con reservas mentales. Este hombre ha demostrado su mérito de muchas formas y su perfil es idóneo para el Departamento de Mortalidad.

—Está bien —concedió el médico ingeniero, pero sin calmarse.

—Creo que lo veré aquí mismo —dijo el cirujano—. Es un lugar lo bastante pequeño y personal como para que no resulte violento.

—No servirá de nada. Está nervioso y ya ha tomado una decisión.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiere metal; siempre quieren metal. —El rostro del cirujano no cambió de expresión. Se miró las manos—. A veces se les puede hacer cambiar de opinión.

—¿Por qué preocuparse? —dijo el médico ingeniero con indiferencia—. Si quiere metal, pues que sea metal.

—¿No te importa?

—¿Por qué debía importarme? —dijo el médico ingeniero casi con brutalidad—. En ambos casos se trata de un problema de ingeniería médica y yo soy médico ingeniero. En ambos casos, puedo llevarlo a cabo. ¿Por qué debería pararme en otras consideraciones?

—Para mí, es una cuestión de oportunidad.

—¡Oportunidad! No puedes utilizar esto como argumento. ¿Qué le importa al paciente si es oportuno o no?

—A mí me importa.

—Estás dentro de una minoría. La tendencia está contra ti. No tienes posibilidad alguna.

—Tengo que intentarlo. —El cirujano, con un rápido gesto de la mano donde no había impaciencia, sino sólo prisa, indicó al médico ingeniero que guardase silencio. Ya había

puesto al corriente a la enfermera y le había indicado cómo actuar. Apretó un botoncito y la puerta de doble batiente se abrió al instante. Entró el paciente en una silla de ruedas con motor y la enfermera lo hizo caminando con paso rápido junto a él.

—Puede marcharse, enfermera, pero espere fuera. La llamaré —dijo el cirujano, para luego hacer un gesto al médico ingeniero, que salió junto a la enfermera y la puerta se cerró detrás de ellos.

El hombre de la silla de ruedas volvió la cabeza para verlos marchar. Su cuello era delgadísimo y había unas finas arrugas alrededor de sus ojos. Estaba recién afeitado y los dedos de sus manos, aferradas firmemente a los brazos de la silla, mostraban unas uñas objeto de una reciente manicura. Se trataba de un paciente de alta prioridad y se le estaba atendiendo con sumo cuidado. Pero en su rostro había una expresión de clara impaciencia.

—¿Vamos a empezar hoy? —preguntó.

El cirujano asintió.

—Esta tarde, senador.

—Si he comprendido bien, harán falta semanas.

—No para la operación en sí, senador. Pero hay que ocuparse de una serie de puntos secundarios. Deben llevarse a cabo algunas renovaciones circulatorias y ajustes hormonales. Son cosas delicadas.

—¿Son peligrosas? —Luego, como si considerase que era necesario establecer una relación amistosa, pero evidentemente contra su voluntad, añadió—: ¿doctor?

El cirujano no prestó atención a los matices de la entonación.

—Todo es muy peligroso —contestó este último de forma terminante. No nos hemos precipitado a fin que sea menos peligroso. El momento es el adecuado, se ha unificado la capacidad de muchas personas, el equipo, que hace que este tipo de operaciones esté al alcance de muy pocos...

—Lo sé —interrumpió el paciente con impaciencia—. Me niego a sentirme culpable por ello. ¿O está usted insinuando que hay presiones poco ortodoxas?

—En absoluto, senador. Las decisiones del Departamento jamás han sido cuestionadas. Si pongo de manifiesto la dificultad y complejidad de la operación es únicamente para explicar mi deseo de llevarla a cabo de la mejor forma posible.

—Bien, pues adelante entonces. Yo comparto su deseo.

—En ese caso, debo pedirle que tome una decisión. Podemos colocarle uno de los dos tipos de corazones cibernéticos, de metal o...

—¡Plástico! —dijo el paciente en tono irritado—. ¿No es ésta la alternativa que iba a proponerme, doctor? Plástico barato. No lo quiero. Lo tengo decidido. Lo quiero de metal.

—Pero...

—Escuche, me han dicho que la decisión depende de mí. ¿Es así o no?

El cirujano hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Cuando, desde un punto de vista médico, existen dos procesos alternativos de igual valor, la elección depende del paciente. En la práctica, la elección depende del paciente aun cuando los procesos alternativos no tengan el mismo valor, como en este caso.

El paciente entornó los ojos.

—¿Está intentando decirme que el corazón de plástico es mejor?

—Depende del paciente. En mi opinión, en su caso particular, así es. Y preferimos no utilizar el término plástico. Se trata de un corazón cibernético de fibra.

—A mis efectos es plástico.

—Senador —empezó a decir el cirujano con infinita paciencia—, el material no es plástico en el sentido normal de la palabra. Se trata de un material polimérico, cierto, pero un material que es mucho más complejo que el plástico corriente. Es una compleja fibra

parecida a la proteína diseñada para imitar, al máximo, la estructura natural del corazón humano que tiene ahora dentro de su pecho.

—Exactamente, y el corazón humano que llevo ahora dentro de mi pecho se ha desgastado a pesar que todavía no tengo sesenta años. No quiero otro como éste, gracias. Quiero algo mejor.

—Todos queremos algo mejor para usted, senador. El corazón cibernético de fibra es mejor. Tiene una vida potencial de siglos. Es completamente no alergénico...

—¿No es así en el caso del corazón metálico?

—Sí, en efecto —aceptó el cirujano—. El corazón cibernético metálico es de una aleación de titanio que...

—¿Y no se deteriora? ¿Y es más fuerte que el plástico? ¿O que la fibra o como lo quiera llamar?

—Sí, el metal es físicamente más fuerte, pero el punto en cuestión no es la fuerza mecánica. Puesto que el corazón está bien protegido, no se verá usted particularmente beneficiado por su fuerza mecánica. Cualquier cosa susceptible de alcanzar el corazón lo matará por otras razones, incluso si el corazón no se ve afectado.

El paciente se encogió de hombros.

—Si un día me rompo una costilla, me la remplazarán por una de titanio. Es fácil remplazar huesos. Está al alcance de cualquiera. Será de metal como yo quiero, doctor.

—Está en su derecho de tomar esta decisión, sin embargo, creo que es mi deber decirle que si bien nunca se ha deteriorado un corazón cibernético metálico por razones mecánicas, sí se ha estropeado alguno por motivos electrónicos.

—¿Eso qué significa?

—Significa que todos los corazones cibernéticos contienen un marcapasos como parte de su estructura. En el caso de la variedad metálica, se trata de un artefacto electrónico que mantiene el ritmo del corazón cibernético. Significa que, para alterar el ritmo cardíaco y que éste se adapte al estado emocional y físico del individuo, se debe incluir toda una serie de equipo en miniatura. De vez en cuando, algo falla allí y hay gente que ha muerto antes que el fallo hubiese podido ser corregido.

—Nunca había oído hablar de esto.

—Le aseguro que pasa.

—¿Me está diciendo que pasa a menudo?

—En absoluto. Sucede muy raramente.

—Bien, en ese caso, acepto el riesgo. ¿Y qué me dice del corazón de plástico? ¿Acaso no contiene marcapasos?

—Por supuesto, senador. Pero la estructura química del corazón cibernético de fibra es mucho más parecida al tejido humano. Puede responder a los controles iónicos y hormonales del propio cuerpo. El conjunto que hay que introducir es mucho más simple que en el caso del corazón cibernético metálico.

—¿Y el corazón de plástico nunca se descontrola hormonalmente?

—Hasta el momento, ninguno lo ha hecho.

—Porque no han trabajado con ellos el tiempo suficiente. ¿No es así?

El cirujano titubeó.

—Es cierto que los corazones cibernéticos de fibra no se utilizan desde hace tanto tiempo como los metálicos —dijo al cabo de un momento.

—Vaya, vaya... ¿Qué pasa, doctor? ¿Tiene usted miedo a que me convierta en un robot... en un Metal, como los llaman desde que se ha aceptado su ciudadanía?

—No pasa nada malo con los Metales, como tales Metales. Como usted muy bien ha dicho, son ciudadanos. Pero usted no es un Metal. Usted es un ser humano. ¿Por qué no seguir siendo un ser humano?

—Porque yo quiero lo mejor y lo mejor es un corazón de metal. Haga usted lo necesario para que sea sí.

El cirujano asintió con un gesto de la cabeza.

—Muy bien. Le pedirán que firme los permisos necesarios y a continuación procederemos a colocarle un corazón de metal.

—¿Y será usted quien realice la operación? Me han dicho que es usted el mejor.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que la operación sea un éxito.

Se abrió la puerta y el paciente salió en su silla de ruedas. Fuera lo estaba esperando la enfermera.

Entró el médico ingeniero y se quedó mirando al paciente por encima del hombro hasta que la puerta se cerró de nuevo. Luego se volvió al cirujano.

—Cuéntame, pues no puedo adivinar lo que ha pasado sólo con mirarte. ¿Qué ha decidido?

El cirujano se inclinó sobre su escritorio y se puso a taladrar los últimos documentos para archivarlos.

—Lo que tú habías predicho. Insiste en que le pongamos un corazón cibernético de metal.

—Al fin y al cabo, son mejores.

—No estoy tan de acuerdo contigo. Lo único que ocurre es que hace más tiempo que lo utilizamos. Es una manía que se ha apoderado de la Humanidad desde que los Metales se han convertido en ciudadanos. La gente tiene un extraño deseo de parecerse a los Metales. Suspira por la fuerza física y la resistencia que se les atribuye.

—No se trata de algo unilateral. Tú no trabajas con Metales, pero yo sí y por eso lo sé. Los dos últimos que han acudido a mí para ser reparados me han pedido elementos de fibra.

—¿Y tú has accedido?

—En uno de los casos, pues se trataba sólo de cambiar unos tendones y no hay mucha diferencia en que éstos sean de metal o de fibra. El otro quería un sistema sanguíneo o su equivalente. Le dije que no podía hacerlo porque para ello habría que convertir completamente la estructura de su cuerpo en material de fibra. Supongo que algún día se llegará a eso, a hacer Metales que no sean realmente Metales, sino una especie de seres de carne y hueso.

—¿Y no te inquieta esta idea?

—¿Por qué no puede llegarse a ello? Y también seres humanos metalizados. En estos momentos tenemos en la Tierra dos variedades de inteligencias, pero por qué tener dos. Dejemos que se acerquen la una a la otra, al final no seremos capaces de ver la diferencia. ¿Por qué íbamos a querer que se notase la diferencia? Tendríamos lo mejor de ambos mundos, las ventajas del hombre combinadas con las del robot.

—Obtendríamos un híbrido —dijo el cirujano en un tono que rayaba en la cólera—. Tendríamos algo que no sería ambos, sino nada. ¿No es lógico pensar que el individuo está demasiado orgulloso de su estructura y de su identidad como para querer que algo extraño las adultere? ¿Querría semejante mestizaje?

—Esta conversación se está convirtiendo en una discusión segregacionista.

—¡Pues que así sea! —dijo el cirujano con un énfasis lleno de calma—. Yo creo en ser lo que uno es. Yo no cambiaría ni una pizca de mi estructura por nada en el mundo. Si fuese completamente necesario cambiar algo de la mía, lo haría, pero siempre que la naturaleza de este cambio se aproximase al máximo al original. Yo soy yo, estoy contento de serlo y no me gustaría ser otra cosa.

Ahora había terminado su tarea y tenía que prepararse para la operación. Metió sus fuertes manos en la estufa y dejó que la incandescencia que las esterilizaría completamente

las envolviese. A pesar de sus palabras cargadas de pasión, no había levantado la voz en ningún momento y en su bruñido rostro de metal no había aparecido (como siempre) expresión alguna.

UN CUCHILLO SIN FILO

HARLAN ELLISON

No sólo hay vampiros chupadores de sangre: los hay que clavan sus ávidos colmillos en la psique, y pretenden absorber de la víctima la vitalidad, la individualidad que a ellos les falta. En un mundo cada vez más despersonalizado, este tipo de vampiro no es la aberrante excepción, sino la monstruosa regla, como nos advierte Ellison —uno de los más discutidos entre los nuevos autores de SF— en este inquietante relato alegórico.

* * *

Había *pachanga* aquella noche en La Cueva. Tres animadas bandas tocaban a la vez, y ante cada una de ellas una rolliza «mamá» meneaba las carnes y gritaba: «¡Vaya!» El ruido era casi visible en aquel maremagno de trajes plateados y bocinas discordantes. El sonido se expandía denso como la bruma ciudadana y penetrante como el hedor de una mofeta. La oscuridad quedaba punteada a veces con los destellos metálicos provenientes de una boca abierta que mostraba un puente de oro o profería una palabrota.

Eddie Burma entró tambaleándose, se apoyó contra una pared y sintió el dolor tan espeso como un trozo de algodón en la garganta.

La profunda y dolorosa herida sangraba lentamente en su costado derecho. La sangre había comenzado a coagularse. Desprendió la camisa que tenía pegada a la carne. Pudo observar que ya no sangraba. No obstante, se encontraba en un apuro, ésa era la verdad. Nadie que hubiera recibido un tajo como aquél podía dejar de hallarse en un serio aprieto.

Y en alguna parte, allí fuera, en la noche, ellos avanzaban hacia él, venían a él. Tenía que librarse de aquello. Alguien debía ayudarle. ¿Pero quién? Alguien lo haría. Porque sólo ahora, después de quince años de haberle estado ocurriendo todo aquello, Eddie Burma se daba cuenta al fin de lo que había pasado..., de lo que le estaban haciendo..., de lo que ciertamente iban a hacerle.

Bajó poco menos que cayéndose el corto trecho de escalones, e inmediatamente se vio sumergido en el humo y el olor de las sombras que se retorcían. Era un humo étnico. Olores portorriqueños, exuberantes sombras de otros países. Lo sentía hondamente. Incluso con las fuerzas a punto de abandonarle, Eddie percibía con intensidad todo aquello.

Ese fue siempre el mayor problema de Eddie Burma, que era un hipersensible. Sentía el mundo en lo más hondo de su ser, a un nivel que la mayoría ni siquiera sabía que existiera. Una de sus dificultades eran los vínculos que le relacionaban con los demás. Incluso allí, en aquella sala de fiestas del suburbio, donde la intensidad del gozo sustituía al atractivo y a la torpeza frívola de las *boîtes* del centro de la ciudad; allí donde nadie le conocía y por consiguiente nadie podía dañarle, aun allí sentía el pulso vital del mundo latiendo en su interior. Entonces notó de nuevo el calor de la sangre.

Se abrió paso entre los concurrentes en busca de una cabina telefónica, de un excusado, de cualquier lugar donde pudiera esconderse, o de la persona o personas desconocidas que pudieran salvarle de la oscura noche del alma que caía sobre él inexorablemente.

Detuvo a un camarero con bigotes a lo Pancho Villa, sucio delantal y bandeja con cañas de cerveza.

—Eh, ¿dónde queda el *gabinetto*? —le preguntó en mal español, con palabras que parecían resbalar en su propia sangre.

El camarero puertorriqueño le miró con aire de extrañeza. No le había entendido.

—¿Perdón? —dijo.

—Pregunto por los servicios, amigo. Me estoy desangrando.

—¡Ah, el excusado!... —dijo el hombre, comprendiendo al fin.

Eddie Burma le dio unos golpecitos en el brazo con el dedo y siguió adelante. Casi se cayó contra una mesa ante la cual se hallaban un hombre y dos mujeres, en la semioscuridad.

Encontró la puerta de los servicios y entró. Una especie de «extra» de una película cubana de *Superman* se encontraba allí peinándose el largo y aceitoso cabello delante del cristal de un recargado tocador. Echó a Eddie Burma una mirada y luego siguió ocupado en la topografía de su peinado. Eddie pasó junto a él y se introdujo en el primer excusado que halló. Una vez dentro, corrió el pestillo y tomó asiento pesadamente sobre el inodoro sin tapa. Se sacó la camisa por fuera del pantalón y la desabrochó. De nuevo estaba pegada a la piel. Tiró de ella suavemente y cedió con el sonido del fango aplastado bajo los pies. La herida del cuchillo iba desde la parte inferior del pezón izquierdo hasta la cintura. Era profunda. Eddie se hallaba metido en un atolladero.

Eddie Burma se puso de nuevo en pie y colgó la camisa del gancho que había detrás de la puerta. Luego sacó una buena cantidad de papel higiénico del grisáceo rollo, hizo con él una bola, lo sumergió en el agua del inodoro y procedió a limpiar la herida. Limpió hondo, muy hondo.

Le sobrecogió un vahído y tuvo que volver a sentarse. Extraños pensamientos le dominaron, y dejó que su mente divagase.

«Esta mañana, cuando salí por la puerta delantera, había rosas amarillas en los macizos. Aquello me sorprendió. Me olvidé de cortarlas el otoño pasado, y pensé que en las retorcidas extremidades de las ramas (aún allí, muertas como un reproche a mi negligencia) jamás volverían a brotar flores. Pero cuando salí para recoger el periódico, allí estaban las rosas. De un amarillo pleno y luminoso, como el plumaje de un canario, parecía que respirasen húmeda y suavemente.

»Aquello me hizo sonreír, y bajé los escalones hasta el primer rellano para recoger el diario. El sector de estacionamiento estaba otra vez cubierto de hojas de eucaliptos, pero lo cierto es que ello proporcionaba, sobre todo aquella mañana, un aire festivo y más vivaz a la pequeña zona privada que rodeaba mi apartada casa de las colinas.

»Por segunda vez, y sin razón aparente, me encontré sonriendo. Aquél iba a ser un día propicio, y creí que todos los problemas que me afligían, todos los asuntos diversos que me preocupaban (Alice, Burt y Linda: la de la falda de la colina, y todos los lisiados emocionales que acudían en busca de mi ayuda) se solucionarían, y que todos estaríamos sonriendo al terminar el día. Si esto no ocurría hoy, con seguridad ocurriría el lunes o el martes, a más tardar.

»Recogí el periódico, le quité la gomita que lo sujetaba y la arrojé al gran cubo de la basura situado al pie de la escalera. Luego volví a ascender hacia la casa mientras aspiraba el aire matinal. Desplegué el periódico mientras ascendía, y de pronto, con la violencia de un choque en una autopista, la tranquilidad matutina se esfumó a mi alrededor. Me detuve con la pierna flexionada en el aire, a punto de subir un escalón, y mis ojos se nublaron

ligeramente, igual que si no hubiese dormido lo suficiente la noche anterior. Pero sí, había dormido perfectamente. El titular decía: SE ENCUENTRA A EDWARD BURMA ASESINADO.

»Pero..., ¡si yo era Eddie Burma!»

Eddie volvió de sus recuerdos de rosas amarillas y metales retorcidos en una autopista, y se encontró inclinado hacia un lado, apoyada la cabeza en la madera del excusado y con los brazos colgando a los costados del inodoro. La sangre corría hasta el cinto del pantalón. Sentía muy pesada la cabeza y un dolor ardiente en el costado, un dolor palpitante, que percutía y martilleaba con una regularidad estremecedora. No podía seguir allí sentado, sin hacer nada, tan sólo esperando.

Esperando a la muerte, o esperando a que ellos le encontrasen.

Sabía que iban a hallarle. Lo sabía muy bien.

El teléfono. Debería llamar...

No tenía idea de la persona a quien podía llamar, pero alguien habría. Alguien habría que le comprendiese, que acudiera con presteza y le salvara. Alguien que ni tomara lo que quedase de él, como harían los otros.

Ellos no necesitaban cuchillos.

¡Qué extraño resultaba que ella, la menuda rubia de ojos pequeños y oscuros no se hubiera dado cuenta de eso! O tal vez lo había comprendido, y quizá el frenesí del momento la dominó, y no quiso nutrirse poco a poco, como lo habían hecho los demás. Ella le infirió el corte. Hizo lo mismo que los otros, pero directamente, sin rodeos.

Su hoja era muy afilada. Los demás utilizaban instrumentos más siniestros, mucho más sutiles. Eddie sintió deseos de decirle: «Usa un cuchillo menos afilado». Pero ella parecía estar muy necesitada, demasiado ansiosa, y no le hubiera escuchado.

Se puso en pie trabajosamente y se puso la camisa. Sufría al hacerlo. La camisa estaba empapada con su sangre. Apenas si podía mantenerse derecho.

Arrastrando un pie tras otro, abandonó el excusado y salió de nuevo al recinto de La Cueva. La música de *Mamacita Lisa* retumbó en sus oídos cruelmente. Se arrimó a una pared y sólo vio sombras que se movían, que se movían incansables en la oscuridad. ¿Estarían ya ellos allí fuera? No, aún no. No irían a buscarle allí, pues no era conocido aquel lugar. Y su organismo era más débil conforme se iba muriendo, de modo que ninguno de los que allí se amontonaban acudiría a él para satisfacer una imperiosa necesidad. Nadie podría creer en la posibilidad de beber de aquel hombre debilitado, que se apoyaba contra una pared.

Eddie vio una cabina telefónica cerca de la entrada de la cocina, y se abrió paso hasta allí. Una muchacha de largo cabello y ojos de mirada obsesiva le observó cuando pasaba e intentó decirle algo. Pero él reunió las fuerzas suficientes para hacerse el desentendido antes que ella pudiera decirle que estaba encinta y no sabía dónde se hallaba el padre, o que padecía tuberculosis y no tenía dinero para el médico, o que echaba de menos a su madre, que había quedado en San Juan. No se sentía capaz de soportar más sufrimientos, no podía aguantar más el dolor, no podía dejar que otros bebiesen de él. Apenas si le quedaba algo de sí para su propia supervivencia.

«Mis dedos —pensó mientras avanzaba— están cubiertos con las cicatrices de las gentes que he tocado. Mi carne se acuerda de esos contactos. A veces siento como si llevara en las manos unos fuertes guantes de lana, a tal punto es claro el recuerdo de todas esas sensaciones. Eso parece aislarme, separarme de la humanidad. No a la humanidad de mí, bien lo sabe Dios, pues ellos llegan a mí constantemente y sin dificultad, sino a mí de la humanidad. Soy capaz de dejar de lavarme las manos durante muchos días, sólo con el fin de conservar esas capas de contactos, para evitar que se las lleven el agua y el jabón.

Los rostros, las voces y el olor de las gentes que conocí ya desaparecieron de mi memoria, pero mis manos todavía los recuerdan. Capa tras capa de manos que tocaron las mías. ¿Puede ser esto sensato? No lo sé. Tendré que pensar en ello muy a fondo cuando tenga tiempo, si es que alguna vez llego a tener tiempo.»

Eddie llegó hasta la cabina telefónica. Después de mucho hurgar en sus bolsillos pudo sacar una moneda. Era una moneda grande y sólo necesitaba una pequeña. No podía volver allá atrás, pues nunca tendría fuerzas para regresar. Utilizó la moneda que disponía y marcó el número de un hombre en quien confiaba, un hombre que podía ayudarle. Había recordado a ese hombre ahora, y sabía que era su única salvación.

Recordaba haberlo visto durante una asamblea religiosa en Georgia, en una especie de circo teológico donde se gritaba y proferían aleluyas que sonaban algo así como ¡A! ¡L! ¡E! ¡L! ¡U! ¡Y! ¡A!, tal era su vehemencia; donde rostros oscuros y blancos gesticulaban frente a un altar. Recordó al hombre, que estaba en mangas de camisa exhortando a la multitud, y nuevamente escuchó el mensaje espiritual que brotaba de su discurso.

—¡Acudan al Señor, antes que él acuda a ustedes! No sufran en silencio con vuestros pecados. Librense de esa carga, pónganla en vuestras manos y entréguenmela a mí. Entréguenme toda la fealdad y la suciedad de vuestras almas, y yo sabré lavarlas con la sangre del Cordero, con la sangre del Señor, con la sangre de la verdad de la Palabra. No hay otro camino, no hay día de resurrección si no se purgan los pecados, si no limpian su espíritu. Yo puedo soportar todo el dolor que hierve en el fondo de vuestros cuerpos. Escúchenme. Amado Dios, haz que ellos me escuchen. Yo seré vuestra boca, vuestra lengua, vuestra garganta, la trompeta que proclame vuestra liberación a los cielos. Maldad y bondad, angustia y pena, todo ello será mío. Yo puedo soportarlo, yo puedo sufrirlo, yo puedo expulsarlo de vuestra mente, de vuestra alma, de vuestro cuerpo. Este es el lugar, y aquí me tienen. Cuéntenme vuestros sufrimientos. Cristo los conoció, Dios los conoce, yo los conozco y ahora ustedes mismos deben conocerlos. Con cemento y ladrillos han alzado el muro de vuestras penas. Déjenme que las conozca todas. Déjenme que derribe esa pared y penetre en vuestras mentes; déjenme que cargue con vuestras culpas. ¡Yo soy la fuerza! ¡Yo soy el manantial!... ¡Vengan a beber de mi vitalidad!

Y la gente corrió hacia él. Todos encima de él, como hormigas comiendo de un animal muerto. Luego el recuerdo se esfumó. La imagen de la asamblea religiosa se disolvió entre otras imágenes de animales salvajes devorando sus presas, de bandadas de buitres que descendían sobre cuerpos caídos, de pececillos que desgarraban con sus agudos dientes una víctima indefensa, de manos y más manos, de dientes que se hundían en el músculo sangrante.

El teléfono dio la señal de ocupado.

Al rato dio ocupado nuevamente.

Estuvo marcando el mismo número durante casi una hora, y siempre recibió la señal de ocupado. Algunos clientes de rostro sudoroso intentaron hablar por teléfono, pero Eddie Burma les gritó que lo dejaran tranquilo, que era un asunto de vida o muerte el que consiguiera comunicarse. Los jóvenes se fueron con sus parejas, echándole maldiciones. Pero la línea seguía ocupada. Entonces miró el número de la cabina y se dio cuenta que había estado marcando continuamente ese número. Y que por eso la línea estaba y estaría siempre ocupada. Y que el odio que sentía contra el hombre al cual intentaba llamar y no contestaba era un odio que sentía contra sí mismo.

En ese instante recordó quién era el hombre que había hablado en la asamblea religiosa. Recordó haberle visto saltar de entre el auditorio al estrado para pedir a todos los que sufrían que pusieran fin a su dolor bebiendo de su propia esencia. Lo recordó y el miedo

fue aún mayor de lo que podía imaginar. Huyó hacia los servicios, para esperar a que le encontrasen.

Eddie Burma se escondía en las letrinas de un sitio recóndito y oscuro, en el inframundo de un universo que le había apartado de la realidad. Pero Eddie Burma era una persona. Tenía sustancia y entidad corpórea. En un mundo de sombras ambulantes, de zombies que alentaban y de ojos siniestros como la carne fría y muerta de la luna, Eddie Burma era una persona concreta. Había nacido con la capacidad de pertenecer a su época, con ese impulso natural que algunos llaman Gracia de Dios y otros afectividad. Él lo sentía todo hondamente. Se movía por todo el mundo, y tocaba, y era tocado.

La suya era una existencia condenada, no sólo porque era extravertido y gregario, sino porque era realmente inteligente, ingenioso, estaba dotado de humor y comprensión para los demás. Por este motivo había pasado a través de una serie de etapas de exhibicionismo y presunción, hasta alcanzar un estado en el que su verdadero sentido de la realidad quedaba asegurado. Cuando entraba en una estancia la gente se daba cuenta. Él tenía un rostro. No era una imagen ni una vida ficticia lo que mostraba cuando trataba con la gente, sino una genuina realidad. Él era Eddie Burma, precisamente Eddie Burma, y no podían confundirle con nadie más. Era una de esas personas que siempre se recuerdan. La clase de gente de la que hablan los que carecen de vida propia. A veces escuchaba al pasar algunas conversaciones: «¿Sabes lo que dijo Eddie?» O bien: «¿No te has enterado de lo que hizo Eddie?» Nunca había confusión alguna acerca de la persona de quien se hablaba.

Eddie Burma era una personalidad excepcional en un mundo donde la mayoría de las personas carecían de individualidad, personalidad y existencia propia.

Pero el precio que pagó fue el de la perdición. Pues aquellos que nada tenían acudieron a él, y como seres nocturnos se nutrieron sin reparos de su ser. Y bebieron de él. Eran los succubus que le despojaban de su energía psíquica. Eddie Burma, no obstante, siempre tenía algo más que dar. Aunque parecía un pozo sin fondo, lo cierto es que había llegado a ese fondo. En suma, todos aquellos cuyas cuitas había soportado, todos los derrotados cuyas vidas trató de organizar, todos los que reptaban fuera de las cenizas de su existencia, todos ellos se habían llevado cada uno su parte.

Eddie Burma avanzó trastabillando a través de los últimos momentos de su realidad, con el manantial de su ser casi totalmente agotado. Esperaba a que ellos llegasen, con todos sus problemas, con todos sus sufrimientos; les esperaba para que acabasen con él.

«Vivo en un mundo hambriento», se dijo Eddie Burma, dándose cuenta, al fin, de la verdad.

—¡Eh, oiga! ¡Salga de una vez de ahí!

La voz sonora y los estrepitosos golpes resonaron a un tiempo en la puerta del excusado.

Eddie se levantó temblando y descorrió el pestillo esperando que fueran ellos. Pero se trataba tan sólo de uno de los clientes de La Cueva, que sin duda tenía prisa por librarse de algún vino barato. Eddie salió tambaleándose del excusado y casi cayó en brazos del que aguardaba. Cuando el rechoncho puertorriqueño vio la sangre y la palidez del rostro de Eddie, se suavizaron sus modales.

—¡Eh...! ¿Se encuentra usted bien?

Eddie Burma le sonrió, le dio las gracias en voz baja y abandonó los servicios. La sala de fiestas aún estaba animada y llena de gritos. Eddie se dijo de pronto que *ellos* no debían encontrarle en aquel grato lugar, donde todo el mundo se divertía y vivía intensamente. No debía permitir que lo hallasen en aquel sitio porque para *ellos* habría sido una ocasión espléndida, y habrían dejado La Cueva tan exangüe como lo estaba él mismo.

Encontró una puerta trasera y salió hacia la noche sin luna de la ciudad, tan extraño y solitario como el morador de una caverna situada a diez kilómetros por debajo de la curvatura de otra dimensión. Aquella calleja, aquella ciudad, aquella noche, bien pudiera haber estado en Transilvania, o en la cara oculta de la Luna, en el fondo de los abismos marítimos. Avanzó con paso vacilante calle abajo, pensando...

«Ellos no tienen vida propia.

»¡Ah, este mundo emponzoñado, que ahora conozco tan bien! Ellos sólo poseen la sombría imagen de su existencia, carecen de vida real, como las estrellas de cine, los héroes de novela. Por eso me piden prestado y nunca me devuelven nada, y ni intentan hacerlo. Me piden y se llevan lo mejor que poseo: mi vida. Saltan hacia mí y arrancan pedazos de mi ser. Yo soy la seta que Alice encontró y que llevaba escrita con roja sangre en el sombrerete: CÓMEME. Son succubus que me desangran, que sorben mi alma. A veces siento deseos de buscar algún pozo místico donde poder cargar y revitalizar de nuevo mi personalidad. Estoy cansado. Muy cansado...

»Hay gentes que habitan en esta ciudad y que caminan gracias a la energía vital que han arrebatado a Eddie. Se mueven de un sitio a otro con sonrisas como se ofrece una chaqueta vieja a un pariente pobre; con ademanes y gestos, y simpáticas observaciones que son todos míos, que ellos han calcado de mí. Soy como los trocitos de un rompecabezas, y ellos están constantemente robándome alguna pieza. Ahora ya no soy nadie, estoy incompleto, me siento incapaz de conservar un aire coherente, tanto es lo que me han arrebatado.»

Habían llegado a su fiesta, todos ellos, sus conocidos. Los mismos a los que él llamaba sus amigos, quienes le consideraban como un brujo, como su gurú, como su psiquiatra, como su muro de los lamentos, como su padre confesor, como su vertedero personal de enfermedades, de temores y resentimientos. Alice, que temía a los hombres y halló en Eddie Burma la última prueba que no todos los varones eran como animales. Burt, el chico de los recados del supermercado, que tartamudeaba al hablar y se sentía tan desdénado como sólo puede sentirse un ser humano. Linda, que vivía colina abajo y que había encontrado en Eddie Burma un lúcido intelectual, una persona a la que podía explicar sus teorías sobre el universo. Sid, que era un fracasado a sus cincuenta y tres años. Nancy, cuyo esposo la engañaba con otras mujeres. John, que quería ser abogado, pero que nunca llegaría a serlo porque pensaba demasiado en su pierna lisiada. Y todos los demás. Los nuevos, que aquellos parecían traer siempre consigo. Eran tantos los nuevos que nunca había llegado a conocerlos. Recordaba especialmente a la rubia menuda, de pequeños ojos brillantes, que le miraba con un hambre feroz.

Ya desde el principio, aquella noche, se notó que algo andaba mal. Había demasiados de ellos en la fiesta. Más de los que podía manejar... Todos le escucharon contar lo que había ocurrido cuando en 1960 se trasladó a Nueva Orleans con Tony, en el Corvette, y ambos contrajeron una pleuritis debido a que el techo del coche, que era un convertible, no había sido ajustado debidamente y les sorprendió una tormenta de nieve al cruzar Illinois.

Todos ellos estaban pendientes de sus palabras, como ropa tendida en una cuerda, como festones de hierba trepadora. Absorbían cada una de sus palabras y de sus expresiones como seres hambrientos que chupan el tuétano de los huesos jugosos. Se reían, y observaban, y sus ojos relucían...

Eddie Burma pronto advirtió que las fuerzas le iban abandonando lentamente. Se sintió agotado mientras estaba hablando. Ya le había ocurrido antes, en otras reuniones, en otras

fiestas, cuando atrajo la atención de los presentes, y al llegar a su casa se sintió exhausto. Ya había sentido algo parecido a aquello.

Pero esta noche no recuperaba las fuerzas. Habían estado mirándole como si estuviesen *nutriéndose* de él, y aquello se prolongó mucho tiempo, hasta que al fin dijo que tenía que retirarse a descansar, y que ellos debían irse a sus casas. Pero no le hicieron caso. Entonces Eddie Burma comenzó a llorar quedamente. Sus ojos estaban enrojecidos y su cuerpo parecía carecer de musculatura y de huesos, recubierto tan sólo por una membrana elástica que en cualquier momento podría resquebrajarse.

Trató de ponerse en pie a fin de marcharse para poder descansar, pero ellos se volvieron cada vez más insistentes; le pidieron, le ordenaron, se pusieron intolerantes. Fue entonces cuando la rubia se acercó a él y le hizo un corte en el costado. Sin saber cómo, en la confusión que se produjo, al enzarzarse los presentes entre ellos para apoderarse de él, había podido escapar. Huyó desesperadamente, sintiendo que la herida le desgarraba dolorosamente la carne. Logró escurrirse a través de los árboles de la hondonada donde estaba oculta su casa, y luego cruzó el bosque y la colina, hasta llegar a la carretera, donde llamó a un taxi. Luego se hizo conducir a la ciudad...

«¡Mírenme! ¡Mírenme, por favor! No se limiten siempre a tomar de mí. ¡No se bañen en mí ser para luego marcharse impunemente! Quédense y dejen que algo de vuestra suciedad me roce y pase a mí. Me siento como un hombre que fuese invisible, como una alacena que gotea almíbar... ¡Oh, Señor! ¿Acaso esto es un drama, y yo el actor involuntario? ¿Cómo podría evadirme de este escenario? ¿Cuándo van a bajar el telón? ¿No hay alguien, Señor, que pueda ayudarme?

»Yo hago mis visitas como un curandero. Todos los días paso algún tiempo con cada uno de ellos. Con Alice, con Burt, con Linda en la falda de la colina, y ellos siempre toman algo de mí. Nunca dejan nada a cambio. No es un trueque, es un robo. Y lo peor de todo es que yo siempre he necesitado eso, siempre he dejado que me robasen. ¿Qué enfermiza necesidad fue la que me impulsó a permitirles entrar en mi alma? Hasta las ratas de alcantarilla dejan algo cuando roban un objeto, aunque éste carezca de valor. Yo recibiría con gozo cualquier cosa de ellos: una breve anécdota, un pensamiento gastado, un concepto absurdo, la broma más necia, la revelación más detestable... ¡Cualquier cosa! Pero todo lo que hacen es permanecer allí sentados mirándome con la boca abierta, con los oídos tan pendientes de mí que incluso mis palabras pierden todo color y aroma... Siento como si *estuvieran reptando en mi interior*. Ya no puedo soportarlo más. Juro que no puedo aguantarlo más.»

El extremo de la calle se encontraba bloqueado.

Unas sombras se movían allí.

Burt, el chico de los recados. Nancy, y Alice, y Linda. Sid, el fracasado. John, el que se balanceaba al caminar. Y también el médico, y el electricista, y el cocinero de la pizzería, y el vendedor de coches usados, y la pareja que buscaba otras parejas para cambiar, y el bailarín de la discoteca... Todos estaban allí. Y venían a buscarle.

Por primera vez vio sus dientes.

Un momento antes que se abalanzaran sobre él, se extendió, tan silencioso y eterno como la corrupción que consumía su mundo. No tenía tiempo para compadecerse de sí mismo. No se trataba tan sólo del hecho que Eddie Burma había sido víctima de unos caníbales todos los días del año, todas las horas del día, todos los minutos de la hora.

La noción de la realidad le llegó en un momento desdichado, justamente en aquel instante intemporal. Se dio cuenta que había sido él quien les dejara hacerlo. Que él no era mejor que ellos, sino tan sólo diferente. Ellos eran los que comían, y él su comida. Nadie era culpable de nada. *Necesitaba* que la gente le venerase y le admirase. *Necesitaba* el amor y la atención de los demás, la adoración de los micos. Y para Eddie Burma aquello era como una especie de antesala de la muerte. Era la muerte de su inconsciencia, el fin de su ingenuidad. En ese preciso instante advirtió lo ingeniosas que eran las cosas que decía o hacía, aun cuando fuese en un plano orgánico inferior al de la conciencia. Pero se daba cuenta. ¡Sí, se daba cuenta!

Y este conocimiento de su situación fue lo que les arrastró hacia él, a nutrirse de él. Lo que le condujo a la vanidad, a las pretensiones vanas, a la jactancia. Quedó así convertido en un ser carente de sustancia, de realidad. Y si había algo de lo que sus acólitos no pudieran alimentarse era de un ser humano afectado, artificial, *vacío*.

Ellos terminarían de vaciarle.

Se arrojaron sobre él ávidamente, y en breves instantes ultimaron sus despojos. Cuando todo hubo concluido, le dejaron abandonado en el callejón.

Una vez yerto el cadáver, los vampiros se alejaron en busca de otras arterias palpitantes.

JEFES DESCARRIADOS

FRITZ LEIBER

La idea respecto a que una vida organizada según una lógica estricta provoca una reacción de la parte irracional del individuo no es nueva en absoluto. Pero sí lo es la forma en que Leiber la aborda en este breve y divertido relato, donde, de pasada, se insinúa una explicación —aunque muy superficial— del hippismo surgido en la sociedad tecnológica.

* * *

Cuando la encargada jefe del Departamento de Matemáticas llegó para programar la Gran Computadora en una soleada mañana de primavera, gruesas franjas de crema blanca le surcaban la cara, especialmente debajo de la nariz y bajo los ojos, siguiendo la curva de los pómulos.

Era de conocimiento general que el Jefe de dicho departamento no esquiaba ni practicaba deportes náuticos.

Después de dejar durante dos horas que todos se rompieran la cabeza respecto al motivo de sus adornos faciales, declaró que iba a realizar un viaje orbital para asistir a una convención de matemáticos en las antípodas, y no quería recibir quemaduras a causa de la intensa luz espacial.

Pero eso no explicaba el motivo que tuviera justamente *tres* manchas más acentuadas debajo de cada uno de los ojos.

Durante la comida con su jefe adjunto en el Club Cuadrángulo, admitió, al cabo de un momento, mientras suspiraba y se encogía de hombros, que los círculos de color violeta y del tamaño de una moneda que cubrían su rostro y su cuello un tanto espaciadamente eran

una concesión a las trivialidades de la moda femenina. Al fin y al cabo, las manchas resultaban conservadoras y sedantes, en comparación con las llamativas espirales, las manchas de Rorschach y las líneas quebradas de las ilusiones ópticas. Por otra parte, no se debía olvidar aquella carta del Canciller en la que se aconsejaba a los miembros y personal jerárquico de la facultad que debían procurar no diferenciarse demasiado de los estudiantes.

Los dos jefes estuvieron hablando de programación de computadoras durante toda la comida, en una cháchara de esotéricos simbolismos matemáticos.

No obstante, sobre todo cuando él jugaba con bolitas de cristal violeta que poseían la misma tonalidad y tamaño que las manchas de sus rostros, entonces los dos jefes parecían un par de graves y espigados brujos de tribu discutiendo sobre la fecha del próximo solsticio.

El mundillo de la universidad zumbaba con los rumores de las conversaciones, igual que una gran colmena intelectual. Cuando los dos jefes del departamento cruzaron el gran cuadrilátero en dirección a la cúpula que sostenía con robustas columnas el frente del edificio que albergaba la Gran Computadora, la mayor parte de los estudiantes se hallaban observando llenos de expectación.

Los estudiantes novatos abandonaron sus máquinas de estudio para amontonarse descaradamente entre los árboles que bordeaban el sendero por el que avanzaban los jefes. Los de último año escrutaron con sus relucientes hipervisores desde el piso superior del Sindicato Estudiantil. Los graduados alzaron sus periscopios desde los agujeros de sus pabellones de retiro. Los instructores, en fin, se reunieron en torno a las máquinas telespías de los salones de la facultad.

Todos los estudiantes, como es lógico, tenían pintado el rostro y el cuerpo en general con los colores del arco iris, y estaban vestidos o desvestidos igual que salvajes. También eran de inspiración primitiva sus adornos y joyas, y el pelo alto y rizado. Pero algunos graduados e instructores se contentaban con una sencilla y decorosa capa de pintura negra sobre la cara.

El sentir general era que los ultraconservadores estaban al fin volviéndose *hippies*, si bien había quien afirmaba que eran unos *hippies* falsificados. Sea como fuere, lo cierto es que el jefe de matemáticas y su sosegada ayudante pintada de violeta no se inmutaron en lo más mínimo. No demostraron la menor reacción ante el interés que estaban suscitando.

El profesor de filogenética, que desde hacía bastantes años llevaba un tocado coronado por una pluma indoamericana y se pintaba círculos rojos en el rostro, explicó todo el fenómeno aquella misma tarde ante su clase **Pi 201**, integrada por civiles, militares y otros, pero sin gran resultado, ya que ninguno atendió debidamente.

—Ante cualquier avance tecnológico —explicó con grandilocuencia— se produce como reacción una tentativa de revivir determinadas fórmulas primitivas de comportamiento real o imaginario. El miedo, el conformismo y la pérdida de identidad conducen a actitudes de acendrado individualismo. Los lanzamientos de bombos atómicos... —bombos, no bombas— dan lugar a homenajes y envíos de flores. Las conferencias encaminadas a defender grandes ideales, generalmente o nunca se pronuncian u originan conciliábulos insensatos. La razón contradice al instinto, la conciencia a la inconsciencia colectiva, con lo cual impera el conformismo, aunque con temporales alivios de tensión. Por ese motivo ustedes suelen cruzar los dedos gordos de los pies antes de entrar en la gravedad cero, o lanzan un grito de guerra al llegar al salón de conferencias, o se inclinan cortésmente frente a sus máquinas de estudiar, o arman alborotos cuando se anuncia una nueva guerra, o queman sus documentos militares cuando les alistan en el ejército, o escupen sobre el hombro izquierdo antes de consultar a un consejero sexual, o se mueren simbólicamente y se van al infierno antes de realizar los trabajos prácticos de sexología. Cuanto más nos

dominan las computadoras, más irracionales nos volvemos, más vulnerables somos y mejor nos dejamos encasillar. Y así el vicioso circula..., quiero decir el circula vicioso..., quiero decir...

—¿Y no querrá eso decir... —preguntó la alumna más brillante del profesor de filogenética, sin que el menor vestigio de expresión estropease el intrincado laberinto de líneas azules y verdes que iban desde la raya de su pelo hasta la barbilla y desde una sien a la otra— que el universo tiende eternamente hacia lo recargado y lo ornamental? ¿Hacia una Segunda Ley de la Termodinámica Artística?

El profesor prosiguió su conferencia sin dar la menor respuesta. Por su parte, la estudiante designada reina de la Belleza bostezó educadamente y cruzó las piernas para mostrar, debajo de su minifalda, hasta dónde llevaba los tatuajes tan dolorosamente aplicados y que eran aún más dolorosos de eliminar.

Entretanto, delante de la Gran Computadora, uno de los tres primeros programadores estaba agitando un ábaco de fluorescente lana carmesí. El combado paralelepípedo oscilaba en su mano como una escultura de alambre rojizo. Otro programador bailaba dando suaves saltos, que le llevaron hasta el nivel de las filas de luces del amplio frente rectilíneo de la computadora, que era como la antesala de todo un cosmos. El tercero blandía un delgado cilindro de cuyo extremo surgía una tenue espiral de humo aromático que se curvaba curiosamente.

Estos declararon, una vez hubieron llegado los dos jefes, que aquellas actividades descargaban la tensión nerviosa de la que no podían librarse, ya que no fumaban tabaco porque producía cáncer, y la marihuana no estaba permitida en horas de trabajo. El tercero insinuó, como de pasada, que el delgado cilindro contenía incienso.

Por su parte, los dos jefes hicieron observaciones acerca de las quemaduras de sol y la futilidad de las modas femeninas.

Cuando llegó el momento de alimentar con el programa a la Gran Computadora, todos se arrodillaron y se persignaron subrepticamente. El jefe adjunto hizo una honda escisión en el dedo índice izquierdo y dejó caer siete gotas de sangre sobre la inmaculada cinta.

La Gran Computadora saboreó la sangre y se mostró complacida por los humos aromáticos del sacrificio y las danzas que se habían celebrado en su honor. Podía observarse que se hallaba imbuida en un placer hondo y creador.

Aunque tenía cien veces más relés que neuronas tiene el cerebro humano, y desde hacía varias décadas poseía conciencia propia y se autogobernaba, la Gran Computadora nunca hablaba a sus adoradores, sino que mantenía un inescrutable y soberano silencio.

Con la increíble rapidez de un lector de Braille, la Gran Computadora examinó el trazado de los puntos magnéticos que servían de introducción al primero de los programas. Descubrió con disgusto que se trababa tan sólo de una serie de movimientos sarcásticos correspondientes a unas computadoras de la Unión Soviética —aquellas afanosas y ortodoxas deidades rusas de lentos circuitos—, e instantáneamente trazó la señal de «alto»; luego separó aquel y otros programas, colocándolos en un apartado de memoria que estaba a medio llenar.

Aquel día, se dijo, sus circuitos se encontraban muy por encima de tales trivialidades. Se hallaban eufóricos debido a la llegada de la primavera. La Gran Computadora, en consecuencia, decidió diseñar un nuevo universo. Tal vez no destruyese el ya existente; probablemente no lo haría, al menos durante unos cuantos años, hasta la llegada del Año Mecano. Pero resultaría divertido especular sobre las posibilidades de crear un mundo nuevo.

EL GRAN MUNDO DEL DEPORTE

HARVEY JACOBS

Que las competencias deportivas son una forma de liberar la agresividad latente en una sociedad basada en la represión es algo que nadie ignora.

En este relato, de notable vigor narrativo, se analiza la peculiar relación sadomasoquista existente entre el público y los jugadores —a la vez ídolos y títeres—; y las dantescas secuencias descritas por el autor distan mucho de ser una exageración gratuita: no son sino la sangrienta caricatura de una sociedad furiosa, donde cualquier grieta en los inestables diques que contienen la agresividad puede dar lugar a una masacre.

Por otra parte está la inquietante y velada referencia a los misteriosos ellos, los ejecutivos de la violencia organizada...

* * *

Me gusta la cabina de los locutores. La vista es diferente desde allí. Muy distinta a la que se tiene desde abajo. La gente se ve pequeña, y sus ropas forman un conjunto multicolor. Es posible ver la totalidad del estadio, que parece verdaderamente un gran tazón. Un tazón de uvas.

Por encima de las tribunas, aquella tarde se divisaba la torre de una iglesia, y más allá, los edificios de la ciudad. El cielo estaba grisáceo y sucio como acero viejo, pero el aire resultaba estimulante. Se respiraba con placer.

Fuera cual fuese el tiempo, el caso es que el público había acudido. Para el gran partido del siglo teníamos apenas entradas vendidas. Las tribunas tienen capacidad para veinte mil espectadores, de modo que había sitio de sobra. La gente se acomodaba a su gusto, aproximándose lo más posible al campo de juego. Era precisamente lo que esperábamos: un compacto racimo de uvas.

Subí las escaleras con tiempo de sobra. Barney Blue, más conocido como Ba Ba Blue, ya estaba allí. Su ayudante, un muchacho, se hallaba con él. Todo estaba preparado para la emisión radiofónica. No se televisaría esta vez el partido. ¿Quién iba a mirar?

La cabina de prensa se encontraba vacía. Aún faltaban dos horas. Sólo Dios sabe por qué Ba Ba Blue había llegado con tanto adelanto. Yo no quería actuar precipitadamente. Tan sólo esperaba que Jack y Shelly Lubachik tuvieran el sentido común suficiente para dominarse.

Mucho dependía de lo razonable que fuese Ba Ba Blue, y, a decir verdad, no era demasiado inteligente. Al pensar de nuevo en ello, creo que su forma de actuar fue lo que me preocupó.

—Eh, Vic, ¿qué demonios estás haciendo aquí arriba? —me preguntó.

—Nunca estuve aquí, después de tantos años de salir al campo de juego —contesté.

—Éste es Vic Lazisky —dijo Ba Ba Blue a su ayudante—. Vic, te presento a Wally Brom.

—Sí, ya le conozco —repuso el muchacho, mientras estrechaba mi mano.

Me di cuenta que era uno de esos chicos que conocen mi carrera con todo detalle. Siempre me ha sorprendido pensar en los que leen y hablan de uno, y a quienes por lo general jamás llegamos a conocer.

Luego llegó el técnico de Ba Ba con unos cafés. Era un hombre pálido y pequeño, del que no se podía esperar que crease ningún problema.

—Hola, Vic —me dijo, a pesar que nunca me lo habían presentado.

—Mucho gusto —le contesté.

—¿Quiere un café?

—Creo que lo voy a aceptar.

Tomé un sorbo del vaso de papel y me escaldé la lengua.

—Esto está ardiendo —comenté.

Los cuatro tomamos asiento. No había otra cosa que hacer más que esperar. De modo que nos pusimos a hablar de las últimas marcas deportivas. A su debido tiempo, una hora antes que comenzase el partido, se presentó Jack con la caja, que estaba envuelta en papel verde floreado, como si se tratara de un regalo. Recuerdo que eso me hizo gracia.

—Hola Ba Ba —dijo Jack, que fue presentado al grupo.

No debíamos empezar hasta pasados unos veinte minutos.

—¿Qué pasa aquí arriba?

—¿Dónde está Shelly? —me preguntó Jack.

—Tiene que reunirse conmigo —respondí, preocupado ante la posibilidad que Shelly hubiera tenido algún problema abajo.

El ayudante, Wally, se puso en pie y bostezó.

—Me acosté tarde —explicó.

—Pues no te duermas cuando trabajas conmigo —le dijo Ba Ba.

—¿No van ustedes abajo? —inquirió el ayudante.

—Después —contesté—. Aún es temprano. Para este partido nadie se da prisa.

—No necesitas jurarlo —manifestó Ba Ba Blue.

Sobre el césped, algunos de los muchachos ensayaban forcejeando entre ellos. La banda tocaba para entretener a los espectadores. Una de las animadoras daba saltos mortales. Desde donde me encontraba, su trasero no se veía mayor que una uña mía. Podía cubrirlo manteniendo mi pulgar alejado de los ojos.

—Desde aquí parecen enanitos —declaré.

Los periodistas llegaron a sus cabinas. Morey Jackman y Bob Lane. Me pregunté qué les habría ocurrido a los otros. No podíamos llevar a cabo el asunto mientras no cubriesen aquella parte, puesto que la casilla de prensa estaba justamente al lado de la que ocupaban los locutores de radio. Por fin, se presentaron cinco de los nuestros, pero Shelly no estaba entre ellos.

—Shelly me preocupa. En circunstancias normales no crea ningún problema, pero ante un caso apurado se trastorna en seguida.

—Creo que ya es hora —dijo Jack Wilks.

—En efecto —respondí.

—Bien, buena suerte.

—¿Por qué buena suerte? —preguntó Ba Ba Blue—. ¿A qué vienen esos misterios?

Entonces les dije a Ba Ba y a los demás:

—Fíjense allá, encima de la otra cabina.

—¿Qué ocurre, Vic? —inquirió Ba Ba, y entonces me vio con la pistola en la mano.

—Ninguno de nosotros quiere complicaciones —aseguré—. De modo que sean juiciosos.

No les haríamos nada a menos que fuese absolutamente necesario, según decían nuestras órdenes. Se nos había explicado que serían los periodistas quienes relatarían el suceso posteriormente. Ninguno de nosotros podía comprenderlo en aquel momento.

—Vamos, Vic... —dijo Ba Ba.

Jack abrió la caja del regalo y extrajo cuerdas, esposas y un magnetófono.

—Hoy van a tener vacaciones —declaró—. Nosotros haremos el trabajo por ustedes.

Jack apretó una tecla del magnetófono a pilas, y Ba Ba se oyó a sí mismo comenzando a describir el partido. Incluso se escuchaba el rumor y los vítores de los espectadores.

—Ese soy yo, maldición —manifestó Ba Ba— ¿Cómo han conseguido mi voz?

—En estos tiempos hay gente capaz de imitar cualquier clase de voz, incluso la del presidente —aclaró Jack—. ¿Por qué no iban a imitar la tuya?

—Jack, a tu trabajo —dije—. No necesitas explicar nada.

Jack conectó los cables de modo que el sonido del magnetófono se transmitiera a la emisora. Ignoro cómo lo hizo. Yo no soy técnico en la materia.

—Ba Ba, ¿quieres saber quién ganará? —pregunté.

—Vic, esta broma me hace muy poca gracia.

—No se trata de una broma. El partido ya está todo jugado aquí dentro. Las jugadas son emocionantes, y el final mucho más espectacular. En los últimos segundos los Royal marcan el tanto del triunfo. Chico, espera a que los corredores de apuestas se enteren del resultado. Nos tienen anotados 21 puntos en las hojas.

Jack quitó al técnico el papel que indicaba el momento en que debían intercarse los anuncios y demás. Ba Ba Blue ordenó al técnico que no entregara la hoja, y éste se la quitó de las manos a Jack; entonces éste le dio dos bofetadas en la boca.

—Usted va a actuar como de costumbre —dijo Jack—. Si hay un solo fallo es hombre muerto, ¿me entiende?

—Entiendo —respondió el técnico.

—Yo no comprendo —terció el ayudante.

—Es muy fácil —intervine yo—; si se comportan con docilidad no les pasará nada. Tienen que hacerse a la idea que hoy somos nosotros quienes actuamos aquí. Ustedes sólo van a sentarse y mirar lo que hacemos.

—Basta ya de tonterías —dijo Ba Ba—. Esta es una jugarreta de muy mal gusto, Vic. Y ahora, márchense de aquí. Estoy harto de esta comedia.

Un redactor trató de saltar desde la vecina casilla de los periodistas. Morey le tomó por una pierna. Quedó colgando a medias sobre la barandilla, pero Morey lo subió como un pescado. El redactor, que según creo era el del *News*, intentó forcejear. Morey no tuvo más remedio que darle una cuchillada en el pecho.

—Morey, ése era un redactor —le dije por una ventanilla de la cabina.

—No podía dejar que se estrellara contra el cemento —me contestó.

—¿Cuánto falta ahora? —le pregunté a Jack.

—Seis minutos.

—¿Dónde está Shelly?

—Ni idea —contestó Jack—. Probablemente esté comiendo.

Entonces Jack imitó a Shelly cuando comía, haciendo restallar la lengua contra el paladar, con la boca llena. No era el momento más apropiado para aquellas bromas, pero lo cierto es que Shelly tiene muy pocos modales en la mesa.

Procedimos a atar y poner esposas al locutor y a sus ayudantes. Amordazamos a Ba Ba y a Wally, pero no lo hicimos con el técnico. Ba Ba hacía unos ruidos divertidos: «Ump, ump, ump»; tenía la cara purpúrea.

—¿No puedes tomarlo con calma? —le dije—. Mira, Ba Ba, te aseguro que no te pasará nada.

Ba Ba se calmó entonces, exceptuando sus ojos, que muy abiertos se fijaban en todo. Eso estaba bien. Pensé en la página deportiva y en lo que Ba Ba iba a escribir. Francamente, no esperaba leerlo nunca, pero alguien lo haría. Valía la pena después de tantos años.

Comenzaron a tocar el himno nacional.

La multitud se puso en pie y los jugadores se llevaron la diestra al corazón. La música llegaba con un pequeño retraso hasta nosotros. Podía verse al del bombo golpear su instrumento, y una fracción de segundo después se escuchaba la percusión.

Por si me he olvidado de mencionarlo, debo advertir que los chicos de la banda estaban con nosotros, lo mismo que los vendedores de salchichas y cacahuets, los taquilleros, los acomodadores, los auxiliares de campo, los telefonistas, los guardias privados, y, ante mi sorpresa, hasta las animadoras. Todos estaban con nosotros.

Yo eché una mirada al estadio. La gente cantaba el himno rápidamente, para que empezase el partido.

—Jack, ¿crees que esto saldrá bien? —le pregunté a Wilks.

—¿Quién puede decirlo?

—Creo que lo conseguiremos —dije confiado.

Los altavoces empezaron a dar las alineaciones de los equipos, y el público notó que faltaban nombres como el mío, el de Jack, el de Morey, el de Bob Beefer, el de Rocco y otros. Yo había defendido la conveniencia de enviar sustitutos con nuestros números en la camiseta, pero se limitaban a decir: «No es necesario, negativo.» «No es necesario, negativo.» Así hablaban ellos, como los robots de la televisión.

Nuestro coordinador, Siggy Mulosk se presentó hacia las dos.

—¿Qué tal va eso? —le preguntamos.

—Todo marcha bien —contestó.

—¿Está todo interceptado?

—Todo se halla bajo control, incluso los retretes.

—¿Has visto a Shelly? —le pregunté, antes que él hiciera lo mismo.

—Ya debiera estar aquí. Su puesto es éste.

—Vendrá, no te preocupes.

—Voy a anotarle en la lista.

—Por todos los cielos, te pareces a ellos. Anótalo si eso te hace sentir mejor. Pero lo tendré en cuenta.

—No me sermonees —dijo el coordinador.

—Ya conoces a Shelly —añadí—. Él hace lo que puede.

—Tengo que anotarlo. Cualquier equivocación sería por mi culpa. Debo hacerlo, Vic.

—Bueno —admití con desgana.

Jack puso en marcha la grabación. Se escuchaba el relato del partido. Sin embargo, nada estaba ocurriendo aún en el campo. Pero a Jack le habían dicho que pusiera en marcha el magnetófono en el minuto preciso, y así lo hizo. La radio transmitió el partido antes que empezase, pero eso nada importaba, puesto que nadie podía ya abandonar el estadio.

Luego comenzaron en el campo de juego. Los Royal marcaron su primer tanto, pero yo sabía que perderían la pelota en un barullo, dentro de un par de jugadas. Después de ensayar aquel partido tantas veces, resultaba aburrido verlo de nuevo. Me resultaba difícil concentrarme en el juego sabiendo lo que ocurriría en la jugada siguiente. Lo mismo me sucede cuando veo las carreras de caballos. La primera vez resulta una novedad, pero cuando el jockey relata lo que hizo para ganar, siento ganas de echarme a dormir. Me gusta lo imprevisto en las cosas. Cuando alguien me dice que ha visto una película dos veces presiento que está mal de la cabeza. ¿Para qué quieren ver dos veces una misma película?

Los Fierce se adueñaron con el balón después de una *melée*. Luego los espectadores se enardecieron viendo cómo Billy Hally lanzaba el cuero hasta la línea 35, donde debía patear, pero olvidó hacerlo. Hally corrió hasta la línea 22 y entonces lo derribaron. Sentí simpatía por él. Yo hubiera avanzado hasta el final también si me hubiesen dejado. Podía ver a Hally inmovilizado en medio del barullo, y golpeándose luego el pecho como castigándose a sí mismo por su estupidez al perder la jugada.

Un avión pasó bastante bajo; pero, ¿qué podía ver? Ba Ba lo miró cuando pasaba, y me di cuenta de lo que estaba pensando. Se retorció y casi pareció gritar con los ojos. Luego movió la cabeza hacia mí, como si quisiera decirme algo. Yo aflojé la cuerda y le puse un lápiz y un papel sobre las rodillas.

Escribió: «¿Qué hay de los chicos?»

De modo que él sabía algo.

—Lo siento —le contesté—. Elegimos este partido para complicar al menor número posible.

Entonces Ba Ba escribió: «No, no, no, no» por toda la hoja.

Yo le di unas palmaditas a Ba Ba en la cabeza, igual que se hace con un amigo, y logré un buen resultado: dejó de escribir.

El técnico pasó el anuncio de una mueblería a su debido tiempo, de modo que no tuvimos complicaciones con él. Ba Ba seguía con el lápiz, que daba vueltas en su mano. Le entregué una hoja en blanco, por si la necesitaba. El ayudante parecía estar bien, y no nos molestaba.

En el campo, Pokriss resultó lesionado. No es raro que ocurran estos accidentes. Se hizo daño en una pierna y se lo llevaron fuera. Los espectadores le ovacionaron. ¿Cuántas veces en mi vida habré estado allí abajo, con el trasero molido, mirándolos mientras jadeaba trabajando afanosamente?

Y sin embargo, jugar significa mucho para mí. He sido un ídolo la mayor parte de mi vida, y tendría mucho menos si no fuera por mi habilidad, lo que no impide que a su vez el juego me haya quitado bastante también.

A las dos y media comenzó el asunto. Si me olvido de algunas cosas o las relato superficialmente, es porque hay demasiado que contar. Pero pueden comprobar lo que digo comparándolo con lo que atestiguaron otros.

Primero fueron los altavoces. No. Primero Rocco Benvegna, Beefer Schwinn y Paul Boylan tomaron posiciones sobre el techo y sacaron las pistolas. Yo vi recortarse sus siluetas contra el cielo.

Ba Ba los vio antes que yo. Tragó saliva primero, y luego tosió con violencia. Allí estaba Rocco, a menos de cien metros de nosotros, hacia la derecha.

Sin embargo, ninguno de los que se hallaban en las cabinas les señaló o los vio siquiera. Estaban mirando hacia el campo de juego: para eso les pagan. Los Fierce habían sido detenidos en la línea de los dos metros, e iban a jugar. La banda tocó unos compases. Yo agité una mano en dirección a Rocco y él me contestó.

La imagen de Rocco en cuclillas, apuntando con la pistola hacia abajo resultaba reconfortante, si se me permite la expresión. Boylan y Schwinn guardaban la misma actitud. Eran como estatuas sobre el techo. Uno podría haber jurado que llevaban siglos allí arriba...

Si usted es un aficionado al fútbol norteamericano sabrá perfectamente que yo soy el jugador central de los Fierce. Aquí yo estaba también en el centro. Siempre en el medio, lloviera o brillase el sol. Yo soy siempre un comodín para ellos, pase lo que pase. Subir con una pistola al techo resulta sencillo y limpio, comparado con mi trabajo. Vigilar a Ba Ba Blue y a los demás era mucho más difícil que la misión de Rocco.

Terminó el primer tiempo con un lanzamiento que los Fierce debían convertir. La multitud enloqueció de entusiasmo. Se hizo la alineación correspondiente para el lanzamiento.

Joey Ribick me ha dicho que cuando tira piensa que los postes son como las piernas abiertas de una mujer. Ribick se preparó y echó hacia atrás la pierna; pero no hubo patada. Se quedó como si estuviera helado. El árbitro se le acercó gritando y dando palmadas, pero él también estaba en el asunto y formaba parte del plan. Ribick sabía que no iba a patear.

Es terrible ver a un hombre que, a punto de actuar, es impedido o cesa en su intento. Yo sentí aquella pausa justo en la boca del estómago.

Los vendedores de cacahuets y salchichas estaban ya distribuidos debidamente, lo mismo que los guardias privados. Me sorprendió que se hallaran de nuestro lado, pero resulta lógico, cuando se piensa en ello. En el exterior, los porteros y otros auxiliares estaban igualmente preparados.

Los Fierce y los Royal empezaron a estrecharse las manos y a darse palmadas unos a otros deseándose buena suerte. Ribick parecía bailar sobre una pata.

La gente, extrañada, emitió unos ees y uuus como si contemplaran aquello por primera vez en su vida. Muchos se subieron en las sillas para ver mejor. Pero aún no había nada que ver.

Los altavoces comenzaron su labor.

Los altavoces aclararon todo.

A pesar de ello nadie se movió, ni gritó, ni trató de escapar. Después de los altavoces aparecieron las pistolas. Nosotros agitamos los brazos para que pudieran vernos. Los vendedores de cacahuets y de salchichas y los vigilantes, todos movieron el brazo y enseñaron las armas.

Uno podría haber imaginado que cuando los altavoces hablaran, la multitud se dispersaría, pero no ocurrió así. Por el contrario, se juntaron aún más. Las doce mil y poco más que allí había parecían formar un grupo compacto. Nos advirtieron que así ocurriría y sucedió precisamente eso. Supongo que ellos entienden más que nosotros de tales asuntos.

En ese momento, el técnico intercaló otro anuncio, esta vez de un jabón en escamas. Era muy agradable y musical. Ba Ba Blue cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Yo hice que la levantara.

Shelly llegó en ese momento.

—Bien venido —le dije—. ¿Dónde has estado? Te han inscrito en la lista.

—Lo siento, Vic —me contestó—. Me trasladaron a la Puerta Cuatro para que vigilase desde allí.

En ese momento los altavoces decían:

«Todos los que se llamen Robert, Bob o Bobby deben bajar al campo.»

Vaya usted a saber por qué, pero lo cierto es que los imbéciles hicieron lo que se les ordenó. Algunos se volvieron en el último instante, o trataron de hacerlo, pero la mayoría hizo lo que se les ordenaba. ¿Por qué?

La banda comenzó a tocar, y los Robert fueron separados en grupos. El primero fue llevado hasta el centro del campo. Los Royal se alinearon en la línea del gol del oeste, y luego cargaron contra los Robert. Uno de éstos echó a correr. Las ametralladoras trazaron un anillo de balas a su alrededor, y luego le acertaron. El hombre dio un salto y cayó al suelo. Los Royal cargaron contra los Robert a la carrera, y se produjeron algunos claros en sus filas.

Shelly me tomó un brazo. Yo me solté. Estaba tan excitado que alcanzaba a oler su sudor. No es más que un niño grande.

Franck comprobó la grabadora, que seguía funcionando normalmente. Decía que el partido estaba en el segundo tiempo, lo cual era verdad, con un tanteo de siete a tres a favor de los Fierce, lo que era mentira, lógicamente. Y uno podía jurar que era Ba Ba Blue el que estaba hablando.

Del primer grupo de los Robert, cuatro habían caído, dos estaban inclinados, y otros siete se movían vacilantes sobre el terreno. Uno de ellos luchaba con Lance Ligima, el cual jugó con él un momento, y luego le pateó con las botas claveteadas.

El siguiente grupo de Robert fue lanzado al césped y soportó la carga de los Fierce. Todos los jugadores estaban ahora en el campo y había mucha más acción.

Los sonidos que nos llegaban hasta arriba resultaban extraños. La gente de las tribunas emitía un murmullo como el de las olas de la playa. Se escuchaba con toda claridad a la banda tocar la música. Cuando uno de los Robert recibía un impacto, percibíamos el ruido con toda claridad. Y recuérdese que estábamos muy arriba.

Siempre me ha gustado el encuentro físico del fútbol norteamericano, incluso siendo niño. Para mí es algo así como el acto carnal sin el debilitamiento que le sigue. Es dureza contra dureza, no duro contra blando. Pero no sé si los Robert que estaban recibiendo los duros embates estaban muy contentos. Creo que los profesionales me comprenderán. El dolor es placer, pero es dolor igualmente.

—Aún quedan muchos —dijo Jack.

—¿Y qué esperabas? —repuse—. Acabamos de empezar.

—¿Cómo habrán venido tantos a un partido tan malo como el de hoy?

—¿Qué iban a hacer en casa? —terció Shelly.

Una parte de los espectadores se dispersó.

De improviso se separaron, cuando un grupo de Robert fue empujado hacia la línea. Echaron a correr desesperadamente, y se podía ver el lugar en donde el grupo se había disuelto, igual que la rotura de un cristal. Luego, el conjunto se disgregó en todas direcciones.

Les cerraron el paso los vendedores de salchichas y de cacahuètes, que dispararon contra ellos, lo mismo que los vigilantes privados. Las ametralladoras también intervinieron; corrieron un instante, y luego cayeron como moscas.

Shelly sostenía los prismáticos de Ba Ba, y yo se los quité. La vista resultaba muy buena desde allí arriba, pero con los binoculares era mejor aún en todos los sentidos. Vi profundas arrugas que aparecían en rostros muy lejanos. Vi una boca que chillaba y una mujer que caía al suelo apoyada en las manos. Vi esas cosas una a una.

—Vamos, dame los gemelos, Vic —me dijo Shelly.

—¿Cuándo bajamos? —preguntó Jack.

—Nos relevan dentro de media hora —contesté.

—No quedará ni uno —comentó Jack—. Miren a Rocco.

—Bueno, alguno quedará —dije yo.

Las ametralladoras hacían llover balas sobre los restos del desperdigado grupo. Otros saltaron al terreno de juego y fueron cazados por los chicos. Pero en las tribunas eran los vendedores y algunos acomodadores los que hacían el mejor trabajo.

Cambió entonces el ruido. Se produjo una conmoción en la multitud. Algunos corrieron hacia el campo. Los altavoces ni siquiera tuvieron que llamar a los John, o los Charlie. Ellos solos bajaron por su propia voluntad. Incluso había mujeres y algunos niños. No se les podía detener. Entraron en el campo de juego, pero no crearon complicaciones. En las tribunas, no obstante, llegaron a escucharse algunos vítores.

Yo miré hacia la banda con los prismáticos de Ba Ba. Habían atrapado a un tipo y le estaban castigando. Una de las animadoras pegaba con su bastón de mando al pobre individuo. Tenía el traje desgarrado a la altura del pecho y se le movía la piel. ¡Qué gemelos los de Ba Ba!

El técnico de Ba Ba quiso jugárnosla interrumpiendo la grabación, pero Jack le tomó por el cuello, y con silla y todo, lo arrojó desde allí arriba. El otro cayó dando vueltas, como un periódico, y fue a dar encima de un Royal.

—Le has dado a uno de los nuestros —dijo Shelly.

—Ahora tendré que poner yo mismo los condenados anuncios —declaró Jack.

—Espera a que ellos se enteren de lo que has hecho —agregó Shelly.

Trajeron una lona de gran tamaño y con ella taparon a un buen grupo de los caídos. No era un espectáculo agradable.

Ba Ba parecía haberse puesto enfermo. Devolvió, y yo le quité la mordaza. De otra forma se hubiera ahogado con sus propios vómitos. Envié a Shelly a buscar algunos trapos, pero no los encontró, de modo que utilizamos la chaqueta del técnico, que había quedado allí, para limpiar a Ba Ba. Luego arrojamos la chaqueta a las tribunas.

Ellos nos habían advertido que eso podía ocurrir. Durante este lapso algunos de los espectadores se organizaron. Nos explicaron todo lo que podía suceder en el estadio. Y tuvieron razón. Los Robert bajaron al campo, y ahora se estaban organizando.

Las instrucciones partieron desde el centro de la multitud. Jack se dio cuenta al seguir la dirección de los ojos de Ba Ba. Miró y pudo ver a una docena de espectadores en conciliábulo. Por consiguiente y de acuerdo con las instrucciones recibidas, envió abajo a Shelly para que diera el alerta. Shelly no quería ir, pero al fin lo hizo.

Mientras Shelly bajaba, otros grupos se organizaron. Algunos formaron un círculo dando la espalda al campo. El terreno de juego parecía una cloaca. Algo no marchaba bien en la operación de trasladar y apilar los cuerpos. Los que tenían la tarea de limpiar el terreno de despojos se hallaban demasiado ocupados. Por todas partes había cuerpos caídos, y algunos eran de los nuestros.

Conté seis de estos últimos, entre ellos un vendedor de salchichas, tumbado sobre una silla de la sección B. Con los gemelos pude ver que una de nuestras víctimas era Chico Martínez, con quien había compartido una habitación algunos años antes. Le llamaban Luna por la forma redonda de su cara.

Regresó Shelly. Venía contento porque ellos le habían dicho que estaba realizando un buen trabajo. A Shelly le gusta que le den unos golpecitos en la espalda de vez en cuando, en lugar de un puntapié en las asentaderas.

Cuando Shelly venía de vuelta, los altavoces ya estaban dando órdenes:

—«¡Centro D! ¡Centro D!» —anunciaban.

Entonces entraron en acción los especialistas. Estos dividieron a la multitud igual que se corta un melón. Lanzaron gases. Tenían puestas unas máscaras, y se aproximaron a los cabecillas. La multitud se apartó en seguida, dejando al descubierto a los organizadores. Parecía el hueco de una rosquilla.

Los cabecillas fueron llevados hacia un costado del campo, y luego los aplastaron con las apisonadoras que se usan para dejar liso el césped. No resultó nada agradable.

Yo mismo sentí náuseas, debo admitirlo. Tenía la boca pastosa. Mientras removía la lengua en la boca para estimular la secreción de la saliva, me dije que muchas de aquellas personas eran mis seguidores desde hacía tiempo. Era evidente que estábamos perdiendo simpatizantes leales, y lo sabíamos. Pero en términos generales podía decirse que valía la pena.

—Eh, mira a Ba Ba —me dijo Shelly.

El locutor tenía los ojos cerrados. Creo que se daba cuenta de nuestro deseo para que observase lo que estaba ocurriendo en el estadio. No quería abrir los ojos.

—Pues tiene que mirar —dijo Jack.

Llegó entonces un mensajero de comunicaciones y dijo que habían llamado desde la central de la emisora, en la ciudad, porque nos habíamos olvidado de pasar un anuncio. Jack incluyó el anuncio inmediatamente. Refirió luego al mensajero que habíamos tenido inconvenientes con el técnico, pero el mensajero escribió el nombre de Jack en la lista.

—Los dos estamos ahora en la lista —comentó Shelly.

Yo traté que Ba Ba Blue abriera los ojos. Le di palmadas en la cara, pero él apretó aún más los párpados. Se mordía los labios, y se hubiese tapado los oídos, de haber tenido cera a su alcance.

—Vamos, Ba Ba —le dije—, abre los ojos de una vez.

—Ábrelos o te los saco —dijo Jack.

Luego sostuvo una cerilla encendida bajo el mentón del locutor. Esto hizo que abriese los ojos un instante, pero en seguida volvió a cerrarlos.

Shelly sugirió que lo tirásemos abajo. Fingimos hacerlo, pero no logramos nada.

Abajo estaban pasando ahora las apisonadoras por encima de las lonas.

Por otro lado comenzaron las carreras, y los disparos. Pam, pam, pam. Se utilizó nuevamente gases para dividir a la multitud en varios grupos. La banda seguía tocando, y las animadoras dando vítores. Éstas también participaban en la acción. Yo miré a través de los gemelos y se lo mostré a Shelly. Es increíble hasta qué punto pueden enardecerse las muchachas.

Los sonidos que llegaban ahora hasta nosotros eran de voces. El gas atenuaba todos los ruidos. Abatió a muchos de los nuestros, pero era necesario.

Entonces recordé las bombas que estaban debajo de las cabinas, y que no estallarían hasta el final. Aquello sí que produciría ruido.

Ellos nos habían dicho que para el momento en que las bombas hiciesen explosión, nosotros ya estaríamos fuera. Aseguraron que los espectadores que quedasen permanecerían allí sin ocasionarnos problemas, ya que se destrozaban entre ellos. Yo no me creía eso, pero para entonces sabía hasta qué punto habían acertado en muchas cosas, por lo que me sentí inclinado a creerles.

Miré a mi alrededor. Shelly estaba actuando sobre Ba Ba Blue, que se mantenía firme.

—Déjale —le dije—. Ya ha visto bastante.

—Quiero irme abajo —declaró Shelly.

—Pronto nos marcharemos —respondí.

De acuerdo con el plan establecido, quince minutos más tarde se presentaron Zeke Winkel, Larry Finn y Pop Londaberry. Me relevaron a mí y a Shelly, pero no a Jack. A éste le castigaban por haber omitido un anuncio, y le ordenaron que permaneciese allí.

Jack le dio un puntapié a Ba Ba Blue en las espinillas y volcó su silla, dejándole de lado en el suelo.

—Al menos has conseguido sus prismáticos —le dije a Jack—. No te precipites, muchacho.

Shelly y yo descendimos. Por las escaleras me dijo que tenía dos hamburguesas envueltas en papel plateado, que le abultaban en los bolsillos del pantalón. Se comió una sentado en los escalones, y yo traté de comer la otra, pero se la devolví. Estaba demasiado reseca.

Shelly también consiguió una limonada para rociar las hamburguesas. La abrió en el borde de un escalón, se bebió la mitad y yo el resto.

—No te separes de mí —le dije.

Entonces sacamos las pistolas y descendimos.

Cuanto más bajábamos, más ensordecedores eran los sonidos. Desde arriba parecían un océano rompiendo en la costa. Abajo estaba uno inmerso en el ruido. Los gritos eran infernales, lo mismo que los golpes y las carreras.

Cuando se juega al fútbol norteamericano, el sonido se proyecta en dos sentidos. De los espectadores hacia nosotros, y de nosotros a ellos. Si uno lo hace bien, el sonido parece ir de uno a ellos, pero cuando lo hace mal parece venir de ellos a nosotros, y es como si entrase arena en la cabeza.

Aquella sensación de llenarse de arena es una de las razones por las que odiamos al público. Durante los momentos en que el estruendo es arena, quisiéramos subir y destrozarnos uno por uno. Ahora lo estábamos haciendo.

Shelly me tiró del jersey. Había encontrado a una amiga. Allí estaba la más fea de las muchachas tratando de ocultarse detrás de una columna. Vio que Shelly miraba y se escondió aún más.

—Ve, pero ten cuidado —le dije—. Y recuerda el lugar de concentración cuando lo digan los altavoces. ¿Sabes dónde tienes que ir?

—A la Puerta Nueva del Este.

—Ve y pásalo bien.

Shelly se dirigió al encuentro de aquella desagradable muchacha. Yo me fui al campo, dejando a Shelly holgar un poco.

Podía hacerlo, porque la posibilidad de ser atrapados vivos era casi nula. Sospechaba que ellos desertarían, abandonándonos allí.

Así tenía que ser. Ellos eran diferentes. Intuía que cuando fuésemos al lugar de reunión no encontraríamos los camiones. Y las puertas no estarían abiertas, como nos habían prometido. O lo que era peor, también nos colocarían bombas a nosotros.

Entonces nadie podría contar cómo había ocurrido todo aquello. Ni cómo conseguimos las bombas, las armas y las municiones.

Ellos nunca me gustaron. Pero nos señalaron ese camino. Entonces, ¿por qué no? ¿Por qué no? Del mismo modo que Ba Ba escribió «no, no, no, no», yo escribo «por qué no, por qué no, por qué no».

Lo primero que sentí al llegar al campo de juego fue mucho calor. Y eso, a pesar que era un día fresco. Pero el aire estaba impregnado de sudor y de miedo. Y los cuerpos abiertos despedían un vaho caliente. El césped estaba empapado. Corrí hacia los espectadores que había en el campo.

Perseguirles no era exactamente lo mismo que hacerlo con los adversarios en un partido. Golpeaba a uno, que caía o aguantaba. Luego iba contra otro, que quizá devolvía el golpe, aunque muy flojamente.

Volvía a correr saltando encima de uno o pateando a otro, pero eso nunca era igual que en el juego. El contacto resultaba diferente. Y bajo los pies, la hierba estaba pegajosa y húmeda. No, no era lo mismo, aunque no estaba mal.

Algunos pensaban de manera diferente que yo. Rocco se había tumbado, y disfrutaba en grande. Shelly también habría gozado allí, pero por el momento disfrutaba con su chica. Yo no podía avanzar sin tener que trepar o resbalar. ¡Qué masacre!

Sobre un banco había tres vendedores que sujetaban a un tipo muy rollizo y lo estaban rellenando de cacahuètes, desperdicios y todo lo que encontraban a mano.

Yo interrumpí aquello golpeando en la boca a uno de los chicos. El gordo se sentó en la hierba con las piernas separadas, aspirando el aire con angustia. Mi parecer era que los vendedores de cacahuètes, cuyo lugar estaba en las tribunas, no tenían el mismo derecho que los jugadores a estar en el campo.

Me dirigí hacia donde se hallaba la banda de música. Habían organizado un baile. La mayor parte de las mujeres a las que bajaron de las tribunas habían sido llevadas hasta allí, les quitaron la ropa y las obligaron a bailar y cantar.

Volví hacia el centro del campo muy oportunamente, pues tres vendedores de salchichas se habían dejado atrapar, y gente del público ya les había quitado las pistolas. Mataron a ocho de nuestros agentes antes que los liquidáramos.

Cuando ellos hicieron los planes, les dije que no dieran armas a los vendedores. No me gustaba ese detalle, pero así lo ordenaron. Anotemos al menos un error por parte de ellos.

Se estaba haciendo tarde. La multitud que quedaba era diezmada paulatinamente. Los que estaban junto a la banda de música empezaron a luchar. Se encontraban cerca de nosotros. Pero rebasaron la banda y avanzaron sobre el campo sin atacarnos. En lugar de ello, agredieron a otros grupos del mismo público. Otros muchachos y yo contemplamos aquello. Tuve que convencerme del acierto de nuestros organizadores.

En verdad era muy posible que la multitud permaneciera allí como una manada de corderos, mientras nosotros nos marchábamos. ¿Cómo sabían ellos todo esto? Realmente eran unos genios.

Antes de aquel momento nunca imaginé que saldría de allí con vida. Eché una ojeada al reloj del estadio. Había un tipo trepando por la aguja de las horas. Lo derribé de dos balazos. Era pronto para las bombas. Los altavoces no nos decían nada acerca de cómo escaparíamos.

Llegó Shelly en ese instante arrastrando con él a la ridícula muchacha.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Nada, me la llevo.

—¿Que te la llevas? Shelly, no seas estúpido.

—Quiero hacerlo. ¿Tiene algo de malo?

—Sabes bien que ellos no te dejarán sacarla de aquí.

Resultaba enormemente cómico ver a Shelly con su adefesio del brazo.

—Voy a esconderla en mi guardarropa, Vic, hasta que den la señal.

Entonces un Royal, Howie Cretch, le arrebató la chica a Shelly, y ésta, no sé cómo, llegó hasta mí volando como un pájaro.

—¡Howie! —gritó Shelly—. ¡Howie!

Pero éste ya se había alejado corriendo.

—Está bien, Shelly —dije—. Escóndela, pero date prisa, por todos los cielos. Ya sabes lo que va a suceder aquí.

—Está bien —repuso Shelly.

—Vas a estropearlo todo. Será mejor que vaya contigo —declaré.

Los tres nos dirigimos hacia el pabellón que había debajo de las cabinas, donde estaban los vestuarios.

—Ya sabes lo poco que falta. Apresúrate.

Avanzamos por un pasillo, con la fea aferrada a la mano de Shelly.

Entonces *los oí* allí dentro.

—El centro de control —murmuré—. Recuerda que ellos establecieron el centro de control en nuestros vestuarios. Si te ven con la chica se acabó todo.

Me dirigí hasta el vestuario de nuestros rivales, los Royal. Encontramos un guardarropa abierto y metimos dentro a la muchacha, que apenas cabía. Shelly tuvo que meterla a empujones.

—No te muevas, cariño —le dijo él—. Volveré a buscarte.

Cuando estábamos lejos, pensé que si la encontraban y ella decía que Shelly y yo la habíamos ayudado podíamos darnos por muertos, aun cuando escapásemos de las bombas. Disciplina, disciplina. Ellos siempre insistían acerca de esto.

—Quédate aquí, Shelly —le indiqué—. Vigílalos. Yo tengo que volver a los vestuarios.

—¿Por qué, Vic?

—Dejé mi pistola sobre un banco.

Regresé al guardarropa. Ella estaba encogida en el ropero, con aire estúpido. Lamentaba hacerlo, pero era por el bien de Shelly. Y por el mío. Porque si había alguna oportunidad de sobrevivir, resultaba una necedad perderla a causa de ella. Entonces le llené la espalda de plomo. Y en seguida recibí una bala de Shelly en un hombro.

Sentí la quemadura producida por la bala y me volví, apuntando hacia la húmeda nariz de Shelly. Iba a apretar el gatillo cuando, gracias a Dios, él bajó el arma y dijo:

—¿Y ahora con quién me las arreglo?

Me convenció del hecho que lamentaba mucho lo que me había hecho.

Entonces les oímos acercarse.

—¡Corre, Shelly! —grité.

Abrieron la puerta. Pam, pam, pam. Cuando irrumpieron en los guardarropas, parecía como si estallaran las bombas. Yo disparé y abatí a uno, pero vinieron más.

Encontramos una puerta en la parte trasera del vestuario de los Royal y escapamos por ella, bajando hasta el vestíbulo. Escuchamos nuevos pasos y retrocedimos mientras disparábamos contra ellos.

Corrimos al exterior y atravesamos el campo hacia la portería. Le dije a Shelly que se mezclase con la multitud. Cuando aparecieron a la luz, tumbé a otros dos.

En ese instante los altavoces emitieron un sonido de sirena. Esto significaba que todo se había descubierto.

Vi entrar a los policías por una puerta empuñando las pistolas. Ahora fue Shelly el que me arrastró hacia la muchedumbre. Nos encontrábamos en la línea de los treinta y cinco metros cuando estallaron las bombas. Saltaron por el aire las dependencias y luego se desplomaron entre una nube de humo y de muerte.

Ya lo sabía yo. Las bombas habían sido preparadas para que estallaran antes. No pensaban advertirnos ni iban a haber camiones esperándonos.

Otras bombas hicieron explosión. Shelly se aferró a mí y yo a él. Había tal humareda y tal hedor que parecía imposible respirar.

Pensé en Ba Ba Blue. ¿Había visto aquello, o estaría aún con los ojos cerrados?

Luego aumentaron mis mareos, jadeé buscando aire y perdí el conocimiento. Antes de unos pasos, me deslicé hasta el suelo y quedé encogido como un ovillo. Esto me lo dijo Shelly.

En el hospital me contaron que habían muerto sesenta y dos de los nuestros, entre ellos muchos amigos queridos. Cincuenta sobrevivimos y fuimos sometidos a juicio. Cincuenta jugadores. No cuento los vendedores, acomodadores y demás. Del público matamos o dejamos inútiles a 9.432 almas en las dos horas y treinta y un minutos que duró la acción.

Todo se arruinó por culpa de la mujer de un político que estaba a punto de dar a luz. Dicha señora llamó a su médico, que siempre asistía a los partidos. Le dijeron que le habían llamado y que no estaba allí. Pero como se sabía que él nunca dejaba de ir al estadio, enviaron a un policía a buscarlo y éste lo descubrió todo.

Llevaron a Ba Ba Blue al juicio. Pero aún seguía con los ojos cerrados. Tenían también la hoja de papel donde había escrito «no, no, no», pero se negó a hablar.

Con Ba Ba Blue o sin él, de todos modos fueron muchos los que hablaron. Pueden ustedes leer sus testimonios y compararlos con el mío.

El proceso fue una necedad.

Shelly y yo estábamos juntos mientras el juez nos preguntaba cuál había sido el motivo. Yo hablé por los dos y dije:

—Fue una pequeña guerra, y nada más que eso.

Luego el juez nos preguntó por ellos, por la forma en que nos encontraron, pero yo me mostré de piedra. En todos los estadios donde aquel día ocurrió aquello, en todos los países, fuera cual fuese el deporte, ninguno de nosotros habló de ellos, según pude enterarme. Así somos los atletas. Somos solidarios cuando tenemos un motivo común. La labor en equipo es la razón de semejante comportamiento.

Por otra parte, ¿qué ganaríamos hablando de ellos?

¿Quién sabe lo que será de mí en este mundo o en el próximo, y quién sabe si no nos estarán aguardando allí? Además, se trata de un asunto de lealtad. Prometimos con una mano en el corazón y otra en el sexo que no hablaríamos jamás.

El juez nos preguntó si no lo lamentábamos.

Shelly lo lamentaba por la chica, y yo por haber perdido unos seguidores y simpatizantes leales. Sin embargo, lo volvería a hacer mañana mismo.

Un día como ése reconforta. Hay cosas que van acumulándose en el interior de uno, y necesariamente deben encontrar una válvula de escape. Debo decir que lo pasé magníficamente.

Cuando me encontraba en el hospital me pregunté qué haría en el futuro, si es que había futuro. Ya no podría volver a jugar al fútbol profesional, puesto que nunca me lo iban a permitir, como es lógico.

En cualquier otro trabajo me faltarán el dinero, la gloria y el contacto físico que me satisface ¿Qué puedo hacer? ¿Cavar zanjas?

Shelly también se preocupó por eso, y yo procuré calmarle en varias ocasiones. Tuve que hacerlo también aquella mañana en que se sonó la gruesa nariz y le llevaron a morir.

Yo aún sigo preocupado.

¿Qué otra cosa hay además del fútbol, para una persona como yo? ¿Qué puede hacer mejor que eso?

Sin embargo, la famosa tarde resultó muy grata, especialmente después de haber oído tantas veces aquel sonido como de arena que venía de la multitud. El estruendo que me llenaba por dentro los oídos, la boca, el ombligo y los intestinos.

Fue una hermosa tarde, pero no quiero morir por ella.

PAUSA PARA EL CAFÉ

D. F. JONES

D. F. Jones es bien conocido en el campo de la SF por su novela Colossus, en la que está basada la homónima película, una de las más inquietantes del género. Pues Colossus es una supercomputadora que toma conciencia de sí misma y... Pero ésa es otra historia.

En Pausa para el Café, dentro de la mejor tradición humorística británica, el autor plantea una interesante posibilidad, indirectamente entroncada con las doctrinas que propugnan la liberación de la mente con la ayuda de ciertas sustancias desinhibidoras (las mal llamadas drogas alucinógenas). Sea cual fuere el punto de vista del lector al respecto, probablemente lamentará que la curiosa variedad de café descrita en este relato no sea ya de uso corriente..., sobre todo en las altas esferas.

* * *

El momento en que un dinámico vendedor de una nueva y poderosa empresa de productos químicos convenció a Manuel Ortega de Gómez-Jackson respecto a que su insecticida era el mejor, el más moderno y el más barato para combatir la plaga de insectos que producía estragos en la extensa plantación, fue el primer eslabón de una larga y complicada cadena de acontecimientos.

La confianza del dinámico vendedor se hallaba plenamente justificada. Los infortunados insectos devoradores de hojas fueron los primeros en beneficiarse..., si es posible emplear esa expresión, dado que casi todos, fieles a su instinto devorador, murieron envenenados. Otros, sin embargo, más suspicaces, prefirieron no tocar las hojas y murieron de hambre. Así es la vida en el microcosmos: póngase donde se ponga la apuesta, la banca siempre gana.

Ortega de Gómez-Jackson se sintió así enormemente contento. Los racimos de maduras bayas rojas se transformaron al cabo de un tiempo en un collar de perlas de imponente aspecto, especiales para ciertas amantes caprichosas..., y, claro está, en un collarcito de perlas cultivadas para la solícita esposa del industrial.

Por lo tanto, fueron muchas las personas que se sintieron dichosas. La amante reaccionó, como era de esperar, con muestras de júbilo. Incluso evidenció cierto íntimo remordimiento respecto al apuesto joven que era a un tiempo su debilidad y una secreta carga para el presupuesto del cafetero, si bien tal estado de ánimo, como es lógico, no llegó a durar demasiado. La esposa del magnate atenuó al menos su permanente fastidio por todo ante los efectos del regalo, puesto que él no había cometido el craso error de excederse. El valor del obsequio fue hábilmente calculado. Veinte pesos más habrían dado origen a fundadas sospechas, y el infierno se hubiera desencadenado. En resumen, que Manuel Ortega de Gómez-Jackson estaba plenamente satisfecho, al igual que los corredores de café, pues la venta había sido un éxito. Los compradores, por su parte, elogiaban la calidad del producto.

Sólo había un inconveniente, pero insignificante: un minúsculo vestigio del elemento activo que componía el enérgico insecticida se había propagado, y no sólo llegó a raíces y hojas de las plantas de café, sino que también se afincó en los mismos granos.

Para ser justo con todos los relacionados en el asunto, este aspecto había sido observado, y el químico había advertido a los compradores de la presencia de dicha sustancia cuando analizó los granos de café; pero se trataba de un compuesto muy conocido que resultaba inofensivo para los seres humanos: no era carcinógeno, ni tóxico, ni algo parecido.

Por otra parte, se hallaba presente en cantidades tan minúsculas, que se requería un costoso y refinado procedimiento para identificarlo, aparte que aun en dosis masivas nunca había provocado la menor señal de molestia o alergia en los ratones, conejillos de Indias y todos esos animalitos que resultan tan útiles en los laboratorios. De todas formas, la prueba decisiva era el consumo de la infusión, hecho que innumerables personas hicieron con entusiasmo sin que advirtieran efectos a largo o a corto plazo. Luego, la mayor parte de dicho café fue exportado a Europa o se quedó en Sudamérica, aunque cierta cantidad llegó, a través de Europa, a la sede central de las Naciones Unidas en Nueva York.

La organización de suministros para un organismo tan complejo como es la ONU resulta un problema casi insoluble, y el solo hecho que pueda ser llevado a cabo es uno de los pocos signos esperanzadores relativos al futuro de nuestro planeta. Los asuntos concernientes al Consejo de Seguridad podrán ser trascendentales, pero nunca serán más complicados que los que a diario debe enfrentar la comisión de suministros. Pongamos por caso el té. Los esclavos se desgañitan pidiendo limón, mientras que los ingleses sollozan aterrados ante la sola vista de una bolsita de té, y se sienten maravillados frente al espectáculo de un fornido ciudadano estadounidense que toma la infusión helada. En sus momentos más sombríos, la comisión se estremece al pensar en los problemas que acarreará la admisión de China o el Tíbet, al tener que servir mantequilla rancia y Lapsang Suchon, entre otras cosas.

Pero el caso del café es diferente. A pesar de las numerosas y variadas formas que puede adoptar, la versión corriente norteamericana resulta aceptable para la mayoría de las distintas nacionalidades que se reúnen en esa losa puesta de canto que es el edificio del East River. Y en el salón de reuniones reservado para los personajes, los jefes de delegaciones, los primeros ministros extranjeros y los presidentes, el café procedente de las fincas de nuestro industrial fue servido durante un tiempo. De modo que allí, entre el protocolo, los sillones de cuero oscuro y las espesas alfombras de neutro color gris, se selló el último eslabón de la cadena fatal.

Dejemos bien sentado un punto: el agua de Nueva York no tiene nada de perjudicial. Son bastantes personas las que beben a diario ese líquido, sin mezcla alguna, y sin que les ocurra nada. Pero a falta de otras pruebas, ese inofensivo elemento tuvo que proporcionar el imponderable factor que estableció la diferencia. No pudo ser la leche o la crema, pues son muchos los que toman el café solo, sobre todo cuando el Consejo se reúne en sesión plenaria. Por razones similares, el azúcar y otros edulcorantes deben ser descartados. Sólo el agua constituye el elemento constante. Quizá fue un vestigio del cloro añadido para purificar el líquido, o algún elemento natural presente en las aguas de la ciudad neoyorquina. Sea como fuere, lo cierto es que esa extraña sustancia se enamoró del componente del insecticida, ya probablemente modificado en el grano de café, y originó una satisfactoria y complicada combinación con él. Posteriormente, un químico de renombre alcanzó nuevo prestigio al construir un modelo de la molécula de dicho compuesto. E incluso corrieron rumores acerca de un museo que trató de comprar el modelo alegando que éste era un ejemplo cabal del arte moderno; pero tales sospechas resultaron totalmente infundadas.

En la Asamblea General la mañana había transcurrido normalmente. Los delegados y jefes de misión, que representaban a una buena parte de los habitantes de la Tierra, acababan de pasar la primera hora de sesiones mirándose unos a otros con mayor grado de hostilidad, mientras aguardaban esperanzadamente poder captar algunas palabras interesantes. Un delegado se olvidó de poner mala cara al representante israelita, pero esto fue pura casualidad. Un británico se las arregló para mostrar una expresión discretamente insultante ante una mirada inquisitiva de un representante del Mercado Común Europeo. Y es que Gran Bretaña podrá ser tan sólo una sombra de lo que era, pero Savile Row aún sigue siendo Savile Row...

Cierto antipático delegado ocupaba la tribuna desde que comenzara la sesión de la mañana, y por centésima vez insistía en el mismo punto de vista. Pocos eran, por lo tanto, quienes se molestaban en pasar los auriculares de traducción simultánea. Se echaban discretas ojeadas a los relojes, se dibujaban garabatos, se intercambiaban confidencias. Un delegado parecía estar ensimismado en el cálculo de sus impuestos.

El orador prosiguió valerosamente, persuadido sin duda del hecho que no iba a convencer a nadie, pero animado con el pensamiento que su discurso sería al menos bien acogido por la Prensa de su país, hecho de suma importancia desde el punto de vista político para el gobierno del cual era el representante. Declaró «con firmeza», «negó rotundamente» y «reiteró», siendo sobre todo evidente lo de la reiteración. Entre un concierto de bostezos mal disimulados, el orador llegó al momento culminante de su perorata y golpeó con el puño el pupitre, pues el suyo era un país pequeño y los delegados suelen ser muy puntillosos en lo que concierne a sus derechos y privilegios. Por fin llegó al término de su discurso o prueba de resistencia, según se mire.

El presidente suspiró ligeramente, miró sin necesidad al reloj, y tras hacer un gesto de asentimiento resolvió aplazar la reunión. Con celeridad disimulada, pero muchas veces puesta en práctica, los delegados se dirigieron hacia la cafetería. Sólo el representante que batallaba con el tema de los impuestos se había retrasado. Pero hay que tener en cuenta que era el único realmente ocupado.

Cuando se reanudó la sesión no se apreció un cambio inmediato en el ambiente, si bien algún observador perspicaz habría advertido un clima general de inusual camaradería. Sólo

quince minutos más tarde, cuando otro orador rebatía enérgicamente lo afirmado por el anterior —y obtenía tan poca atención como él—, se inició el *cambio*.

—¡Bolas!

La palabra resonó unos instantes como una joya reluciente que se estrellara contra el fondo gris del archipreparado discurso del delegado. Algunos que dominaban lo suficiente la lengua de Cervantes parpadearon. Otros arrugaron el entrecejo. Muchos creyeron haber oído mal. El espontáneo autor de la exclamación pensó que no había expuesto su parecer con la claridad suficiente y vociferó:

—¡Todo eso son bolas!

Ahora su voz resonó con más violencia que antes. Numerosos rostros se volvieron hacia él.

Fuera como fuese, lo cierto es que se animó el día para los intérpretes, que con enorme placer tradujeron:

It's all balls!

C'est tout bal!

Tutte balle!

El presidente, un asiático diplomado en la Escuela de Derecho de Harvard y profesor adjunto durante un tiempo en la Escuela de Economía de Londres, frunció el ceño. Durante su permanencia en el mundo occidental había escuchado alguna vez aquella expresión, pero nunca, precisamente, en aquellos dignos establecimientos donde estudiara. Golpeó en su escritorio con un mazo previsoriamente dispuesto, y volvió a mirar hoscamente en dirección al que había interrumpido el discurso.

—¡Debo pedir a los delegados que se abstengan de hacer observaciones mientras otro delegado se dirige a la Asamblea!

De nuevo la misma voz se dejó oír, clara como una campanilla:

—¡Lo siento, señor presidente, pero todo eso son bolas!

El presidente alzó la cabeza, lleno de estupefacción, y luego la inclinó con gesto comprensivo. Su ceño se había desvanecido. Ahora sonreía, y su voz era suave, afectuosa; los micrófonos recogieron sus palabras, sin omitir una sola.

—Mi querido amigo, claro que todo eso son bolas, pero debe usted respetar a quien tiene el turno de palabra. Haga lo posible por no interrumpir.

Luego se volvió hacia el orador que estaba en la tribuna, quien seguía el diálogo con extraño interés.

—Por favor, prosiga —le dijo—. Debo confesar que estoy de acuerdo en que su discurso es una ristra de bolas, pero usted las dice muy bien.

De nuevo inclinó afablemente la cabeza y manifestó:

—Continúe usted, por favor.

Uno tal vez imagina que aquella situación desusada fue acogida con murmullos y gritos de desaprobación. Pero lo cierto es que, salvo un delegado al que el médico le había prohibido el café, y a quien todo lo ocurrido puso fuera de sí, los demás componentes de la Asamblea parecían estar riéndose. Y lo más sorprendente de todo es que el orador que estaba en la tribuna era quien se reía con más ganas. El otro, el airado individuo, trataba de hacerse oír en medio de aquel estruendo.

—¡Protesto, señor presidente! ¡Debe usted defender el espíritu de esta Asamblea! ¡Nuestra dignidad!

Le resultó imposible continuar hablando.

El presidente le dirigió una sonrisa.

—¡Ahora es usted el que está diciendo bolas! —aseguró, y su pensamiento pareció complacerle—. ¿Qué demonios tiene que ver la dignidad con nuestra tarea? ¿Cree usted de verdad que el mundo nos considera con respeto? Claro que esto no habla en favor del

mundo, pero es porque nosotros sólo seguimos las órdenes de nuestros gobiernos. ¡Si usted cree que por eso se nos respeta! Únicamente hablamos y casi siempre sin resultado. ¡Inevitablemente, mucho de lo que decimos son bolas!

Una nueva sonrisa y otra mirada del presidente hacia la tribuna.

—Mi querido amigo —agregó—, le ruego que acepte mis disculpas. No alcanzo a imaginar lo que nos sucede. Por mi parte sólo puedo decir que veo las cosas bajo una nueva y clara luz que no resulta del todo halagüeña para ninguno de los que nos encontramos aquí, ni para los gobiernos que nos eligieron.

Se quitó las gafas, limpió los cristales, y tras volver a ponérselas con todo cuidado, consultó el orden del día, que se hallaba frente a él. Reflexionó un momento y luego dijo:

—Hay tanto que hacer, amigo, que si bien respeto sus puntos de vista, me veo obligado a preguntarle si no le importaría dejar libre la tribuna y permitirme que arregle algunos asuntos que considero urgentes. Usted..., nosotros..., todos sabemos perfectamente que este debate no va a conducirnos a ninguna parte.

—¡Encantado, señor presidente! —aseguró el delegado, quien después de recoger sus papeles y agitarlos en el aire, agregó, dirigiéndose a los asambleístas—: ¡Estarán aburridos con esto, pero yo lo estoy el doble que ustedes!

Descendió en medio de una estruendosa ovación y se dirigió ágilmente a su asiento, con el rostro arrebolado por el placer. La unanimidad es un hecho raro en la ONU, y en esta ocasión hasta el presidente aplaudió. Luego alzó la mano pidiendo silencio.

—Todos debemos agradecimiento a nuestro colega. Su actitud merece la admiración de todos y no alcanzo a recordar ningún antecedente parecido...

Se interrumpió, se tiró un momento del labio inferior; su rostro expresaba desconcierto. Luego se encogió de hombros y pareció desentenderse del asunto.

—Bien, no importa —dijo—; lo cierto es que lo ha hecho y que todos le estamos agradecidos.

Inclinó entonces la cabeza ante el rumor general de aprobación.

—Debemos proseguir —continuó diciendo—; es una tontería ponerse a pensar a qué se debe todo lo que ocurre. Creo que hablo en nombre de la mayoría.

Aquí dirigió una significativa mirada al irascible delegado. Luego exclamó con repentina vehemencia:

—¡El tiempo no está de nuestra parte!

Nadie pareció dispuesto a llevarle la contraria en este aspecto.

—Veamos, entonces —añadió—. Empecemos por un asunto sencillo que nos viene incomodando desde hace mucho tiempo. Se trata de esa infortunada disputa fronteriza entre Nueva Grogie y Elingilanda.

Frenéticos vítores acogieron la resolución. Ni siquiera el que no había tomado café pudo oponer reparos al comentario. Aquel caso nunca había figurado entre los diez principales. Ninguno de los dos países litigantes tenía el poderío o el ascendiente necesario como para que el caso que los enfrentaba llegase a desembocar en una crisis general. Ni el Este ni el Oeste tenían interés alguno en la zona, por lo que dejaban que el problema se resolviese por sí solo. Mientras los interesados se ocuparan de sus asuntos, menos probabilidades de crear un conflicto que afectara a las grandes potencias.

Ambos países reclamaban una franja de terreno asolada por un horrendo clima. Sus habitantes, víctimas del subdesarrollo, padecían el hambre, la miseria y la desesperanza. Esta tristeza se agravó cuando advirtieron la repentina llegada de unos camiones con soldados de los países vecinos, tropas que para las gentes locales resultaban muy elegantes con sus uniformes de tercera mano. Algunos jefes de aquellas bizarras huestes explicaron a los nativos con inusitado ardor, que su futuro dependía de «X». Otros trataban de convencerlos del hecho que la única solución para ellos era «X». Pero en realidad nada de

esto preocupaba a los pobres nativos de la zona en conflicto. El verdadero problema para ellos era la comida y la ropa. Hubo algunas escaramuzas entre los bandos rivales, y al principio los nativos encontraron interesante la acción, pero luego se desilusionaron al ver que ninguno de los bandos sufría muchas bajas. Al final quienes sufrieron bajas fueron ellos, los propios nativos. Una serie de ráfagas de ametralladora en una aldea que *podía estar* ocupada por el enemigo resulta mucho menos peligroso que disparar contra un enemigo que *está* armado.

Los nativos también descubrieron que sus libertadores esperaban gratitud y toda clase de ayuda de ellos. Aquellas atrasadas gentes, que vivían prácticamente en el Medioevo, se acostumbraron rápidamente al mecanismo de las requisas, de los reglamentos, de la toma de rehenes y otros brillantes ejemplos de la era de plástico. Tuvieron, asimismo, que ver cómo derruían sus míseros hogares, y cuando las tropas se retiraron, ebrias de victoria —inevitablemente triunfaron ambos bandos—, tuvieron que dedicarse a enterrar a sus muertos y a reparar sus chozas.

Claro está que había un hecho más esperanzador. Los libertadores no se presentaron con las manos vacías. Sin embargo, los nativos no encontraron muy satisfactorios sus obsequios. La mayor parte de las banderas eran de papel, y si bien los retratos de los respectivos jefes de estado resultaban interesantes, en cambio los panfletos no tenían utilidad alguna, puesto que nadie allí sabía leer, y siendo gentes de corto alcance no se les ocurrió destinar a ningún otro uso aquellos papeles.

En realidad todo aquello era sumamente gracioso, pero se necesita un auténtico sentido del humor para apreciar esta clase de situaciones, sobre todo cuando se sufre de hambre crónica, las paredes de la choza se desmoronan, el maíz que uno siembra va a parar a otros estómagos, y la propia hija, que cayó en manos de los soldados, se encuentra, evidentemente, embarazada.

Fue este trivial asunto, entonces, el que iba a airearse en la Asamblea General.

—Y ahora, señores —dijo el presidente—, ¿quieren ponerse en pie los dos delegados? Muchas gracias.

Sonrió imparcialmente a ambos, y prosiguió diciendo:

—Es ésta una gran ocasión para que ustedes dos nos muestren el camino a seguir respecto a esa franja de terreno. Usted, señor, ¿quiere decirnos para qué la desean?

Señaló al delegado de Elingilanda, quien vaciló un momento, y, tras echar una ojeada a sus notas..., las arrojó al suelo. Con cierta expresión de perplejidad movió la cabeza y dijo:

—No sé cómo no se ha dicho esto antes de ahora..., señor presidente. La única razón por la que queremos esas tierras es para evitar que los de Nueva Groglie se queden con ellas. No hay yacimientos minerales que valgan la pena, y los nativos constituyen un verdadero quebradero de cabeza, por estar más atrasados aún que nosotros. Pero si los groglies se quedan allí, eso supondría un duro golpe para nuestro orgullo nacional.

—¿Y es eso tan grave? —inquirió el presidente, con cierto aire de incredulidad.

—Yo así lo creía —repuso el elingilando, evidentemente desconcertado.

—Muchas gracias —dijo el presidente—. Y ahora usted, señor.

El groglie se puso en pie y sonrió alegremente.

—Nuestras razones no me parecen mucho mejor fundadas que las de mi oponente —declaró—. Esas tierras harán que nuestro mapa resulte más impresionante. Aparte de eso, sólo queremos importunar a los elingilandos. A decir verdad, señor —añadió, dirigiéndose al presidente como si fuera el único que se hallaba en la sala—, aunque mi gente no lo quiera decir, estoy seguro que la verdadera razón de todo esto es que hay que apartar de la mente de nuestro pueblo algunos problemas nacionales de gran envergadura. Todos conocemos bien la eficacia de semejante maniobra.

Numerosas cabezas asintieron.

—Bien, ahora sabemos a qué atenernos —manifestó el presidente de la asamblea, que se rascó una oreja con gesto distraído, escribió algo rápidamente y luego miró a los presentes, diciendo—: A ver qué les parece esto —y dio así lectura a sus notas—: «Los gobiernos de Nueva Groglie y de Elingilanda admiten no tener ningún derecho ni deseos de ocupar las tierras señaladas en el mapa depositado en la ONU en 1952.»

Miró entonces a los asambleístas por encima de la montura de sus gafas y comentó:

—¡Este asunto se prolonga ya desde hace veinte años, señores!

Luego movió tristemente la cabeza y continuó con la lectura:

—«Ambos gobiernos admiten no tener ningún lazo étnico, cultural o de otro tipo con los habitantes de esas tierras, y renuncian libremente y a perpetuidad, a toda reclamación o título relacionado con la referida zona.»

Alzó de nuevo la mirada y comentó:

—Supongo que sería excesivo esperar que vuestros países ofrezcan ayuda a aquellas gentes, ¿verdad?

Los dos delegados admitieron que, en efecto, era mucho esperar, y el groglie añadió:

—Sé que mi gobierno me va a enviar al infierno por esto, pero si arreglamos aquí el asunto no se atreverán a modificar nada. La opinión pública cuenta mucho. Ah, pero dinero... ¡Eso no!

Diez minutos más tarde, la resolución había sido aprobada. Los miembros de la Prensa se hallaban atónitos, por decir lo menos. Ellos no habían tomado el mismo café que los delegados, y los sucesos sin precedentes que allí se desarrollaban les habían arrastrado por toda la gama de emociones humanas. Pero sólo uno era incapaz de dominar su cólera, un periodista groglie que tenía prácticamente vendido un artículo en el que relataba el triunfo de Nueva Groglie. Para los demás, fueron unos momentos de animación que no conocían desde los tiempos del señor Kruschew.

Debe destacarse que los delegados siempre se hallaron en un estado físico muy especial. Sus mentes eran como oscuras casas antiguas, con las puertas y las ventanas cerradas al mundo y llenas de tortuosos pasadizos y de cuartos sin ventilar. En cada una de esas casas habitaba un alma egoísta, recelosa y temerosa a que invadieran su mundo. Atemorizada, por encima de todo. Y aquella droga del café había sido como un soplo vivificante que abrió de golpe las ventanas y expulsó el aire viciado, dejando que entrasen los rayos del sol y revelando la corrupción que había allí dentro.

No es que los delegados se arrojasen unos en brazos de los otros. Los árabes aún consideraban a los judíos como intrusos, y los del Este seguían pensando que los del Oeste eran decadentes; pero los árabes comprendían ahora que existía un caso judío; y si los representantes orientales seguían mostrándose hostiles a causa de la decadencia de los países occidentales, en cambio estaban dispuestos a admitir que era posible intercambiar amigablemente sus puntos de vista.

La droga proporcionó una mayor claridad de visión, al poner de manifiesto la descabellada actitud de las naciones en los últimos decenios del siglo. Normalmente se afirma que el hombre se enfrenta con el peligro de su autodestrucción, y ello forma parte de la carrera del político. Pero ahora *veían* realmente ese peligro. No se habían transformado en ángeles llenos de pureza, pero tampoco estaban cegados con las anteojeras de su política nacional. Ahora *veían*, al fin.

Conscientes del hecho que su conducta iba a provocar enormes complicaciones en sus respectivas capitales, pero sin que ello les preocupase demasiado, los delegados hicieron una pausa para ir a comer. Prácticamente todos volvieron a tomar café, y también lo tomaron algunos que no lo habían hecho por la mañana. El salón-comedor estaba abarrotado de comensales. Cierta número había proyectado comer en la ciudad, pero se

quedaron por hallarse demasiado interesados. Se escuchaban conversaciones realmente increíbles.

—El problema de Cachemira no es tal problema... Pronto solucionaremos eso, lo mismo que el conflicto de...

—No hay duda del hecho que su gobierno es tan retorcido como un sacacorchos, pero ofreceremos lo que esté en nuestras manos para llegar a un acuerdo...

—En efecto, supone una necesidad el que nos perjudiquemos así, compitiendo en la carrera espacial. Por lo tanto, si hacemos un programa conjunto...

—La ONU podría administrar el canal, siempre que nos ofreciesen una parte razonable de los beneficios. Es algo que resulta lógico...

La claridad no quedaba limitada a la *weltpolitik*, y así se oía también decir:

—Mi mujer es una persona imposible... Bueno, en realidad yo también lo soy.

Por desgracia, aquél no era el comienzo de la Edad del Hombre Razonable, sino tan sólo un día de paz. La sesión de la tarde quedó limitada a unas conversaciones directas y al arreglo de problemas secundarios, pero insoslayables. Se acordó tácitamente que todos aquellos asuntos que pudieran ser resueltos rápidamente con un oportuno estudio, se incluyeran primeramente en el plan de trabajo de la Asamblea. Los delegados estaban al corriente del diluvio de telegramas que llegaban de todas partes, y cuyo contenido iba desde el fulminante despido de cargo, hasta una colérica petición de explicaciones. El tiempo apremiaba, y a pesar de todo, los representantes se mostraban confiados en que podrían convencer a sus gobiernos acerca de la justicia de las decisiones que habían tomado. Por otra parte, sus consejeros chillaban como una bandada de pájaros, pero aquello no era ninguna novedad.

Había cierta base para aquel optimismo, pues incluso muchos que no tomaron café se plegaron a la tendencia general como si aquello fuese una especie de infección. Evidentemente, era una gran idea el enviar vehículos espaciales para investigar las propiedades físicas de Júpiter; pero, ¿por qué hacerlo tantas veces y a un costo tan enorme, cuando dos terceras partes de la población mundial se hallaba sin alimentos, y tanta gente moría de hambre? Era como el cuento del traje del rey. Pero como en todas las historias, aquello no podía durar.

Detrás de la escena, los perspicaces servicios de Seguridad se estaban volviendo locos. Tardaron algún tiempo en comprender la existencia del cambio, pero una vez que se habían establecido los hechos, fue un asunto relativamente sencillo el deducir que algo raro le ocurría a la Asamblea. Ningún grupo de personas puede actuar de un modo tan razonable, y estar a la vez en su sano juicio.

Todo se hizo silenciosa y eficazmente, una vez que la sesión se hubo reanudado en medio de aquel fantástico ambiente. Resultó irónico que también en este punto se llegase a un completo acuerdo entre los servicios de Seguridad de las distintas naciones. Nadie procuró siquiera insinuar que se trataba de una astuta confabulación de Occidente —o del Este—, para anotarse un triunfo. La tarea primordial consistía en terminar con aquel asunto, sin que importara la forma en que hubiese comenzado. Cuando la sesión vespertina hubo concluido, todos los alimentos y las bebidas habían sido reemplazados por otros, lo mismo que los camareros y demás personal de servicio. Se hizo preguntas a los que fueron sustituidos, proliferaron las investigaciones, e incluso se llevó el celo indagador hasta los excusados.

Al día siguiente el encantamiento se había desvanecido. Los delegados volvieron con sus mentes cerradas y recelosas, incluso más suspicaces que antes. Pero ya era imposible rectificar los asuntos que se habían firmado el día anterior. Para bien o para mal, una serie de problemas secundarios habían quedado solucionados en todo el mundo, al menos en lo que atañía a la ONU.

Tal era el caso, por ejemplo, de aquellos habitantes de la franja de terrenos situada entre Groglie y Elingilanda. Dichas gentes continuaron tan tristes y desnutridas como antes, e incluso algunas de las muchachas se mostraron más tristes aún, al haber perdido a aquellos espléndidos amigos uniformados; pero por lo demás, al menos les habían dejado tranquilos para que trabajasen la tierra por su cuenta y riesgo.

Haciendo una virtud de la necesidad, ambos vecinos se proclamaron respectivamente victoriosos y afirmaron haber expulsado al enemigo de las tierras en litigio. Comprensiblemente, ambos gobiernos se mostraron un tanto imprecisos acerca del balance positivo de sus triunfos. Se decretaron jornadas festivas y se dieron nuevos nombres a algunas calles en homenaje a la acción libertadora. Las tropas victoriosas, limitadas ahora a la actividad en sus propios países, dedicaron toda su atención a las muchachas locales, con esa amplitud de miras que caracteriza al soldado.

Las dos naciones ordenaron el inmediato regreso de sus representantes en la ONU, pero éstos, con gran prudencia, consideraron que la vida en los Estados Unidos resultaba mucho más saludable. Habiendo sido compañeros de infortunio, ambos se asociaron, y ahora son propietarios de una de esas curiosas librerías del West Side, donde *Lujuria en el Lecho del Pecado*, y *Pecado en el Lecho de la Lujuria* son los títulos que más se venden. Y así concluyó el día del Cambio.

Pero tengan paciencia. El secreto de la mágica droga es ahora suficientemente conocido. Naturalmente, se trata de un secreto; pues, ¿quién puede imaginar lo que ocurriría en el mundo si la razón llegase realmente a imperar? El hombre debe disponer siempre de fantasías, aun cuando éstas lleguen a matarle.

En la ONU las cosas siguen como antes; pocas cosas han cambiado, exceptuando que los delegados se muestran muy precavidos cuando toman el café con sus oponentes. ¿Hay algo mejor que hacer tomar la droga a un rival, mientras uno sigue siendo la misma persona, egoísta, temible y astuta? Mas los secretos de esta índole no pueden conservarse eternamente, y por más que resulte difícil imaginar que produzca otra cosa que beneficios en el campo de la política internacional, en cambio resultaría una bendición muy relativa en los negocios y en el hogar. ¿Son ustedes capaces de imaginarse un marido totalmente razonable, o, lo que constituye un esfuerzo de imaginación aún mayor, una esposa comprensiva? Por ello, aunque se tienen muchas esperanzas puestas en el cambio, se teme su llegada. Es una actitud humana y perfectamente normal.

En cuanto a Manuel Ortega de Gómez-Jackson, podemos asegurar que ahora es un hombre totalmente diferente. No es tan delgado como antes, sino bastante más gordo. El fulgor de sus ojos es menos intenso; se muestra más aprensivo y nervioso, y siente cansancio a menudo. Su café continúa alcanzando precios astronómicos, pero cuando uno está atado a dos amantes y a una esposa, con el problema de procurar que cualquiera de ellas no se entere de la existencia de las otras dos...

Además, recordemos el caso del diplomático extranjero que iba a salir en avión del aeropuerto J. F. Kennedy y cuya maleta, que gozaba de protección diplomática, cayó accidentalmente del camión que la transportaba hasta el reactor, debido a lo cual se derramaron los diez litros de agua de Nueva York que contenía...

Un leal miembro de ese cuerpo integrado por hombres sencillos y afables, que es el de la Aduana de Estados Unidos, funcionario que se hallaba casualmente cerca del diplomático, dijo que ya había visto todo lo que podía ver.

Yo me atreví a decirle que no lo había visto todo; aún no había visto todo ni mucho menos.

Existe una organización muy discreta, no exenta totalmente de relaciones con la CIA, que ha hecho que le envíen unos ocho mil litros de agua de Nueva York, y por más que las

fuerzas de Seguridad prohíben la entrada a sus instalaciones a toda persona no autorizada, no pueden impedir que el fuerte aroma a café tostado salga al exterior.

Y no menos diligentes se muestran algunos partidos, pues si se llegara a administrar la sustancia a los políticos durante la época de las elecciones, bueno, entonces...

TÍTULOS ORIGINALES

- Samuel R. Delany • Alta Tensión • Lines of Power • © 1968 by Mercury Press, Inc.
- Larry Niven • El Entrometido • The Meddler • © 1968 by Mercury Press, Inc.
- Sonya Dorman • Asignación Lunática • Lunatic Assignment • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Isaac Asimov • El Racista • Segregationist • © 1968 by Mercury Press, Inc. Traducido por Lorenzo Cortina.
- Harlan Ellison • Un Cuchillo Sin Filo • Try a Dull Knife • © 1968 by Mercury Press, Inc.
- Fritz Leiber • Jefes Descarriados • The Turned-Off Heads • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Harvey Jacobs • El Gran Mundo del Deporte • The Wide World of Sports • © 1968 by Mercury Press, Inc.
- D. F. Jones • Pausa para el Café • Coffee Break • © 1968 by Mercury Press, Inc.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>